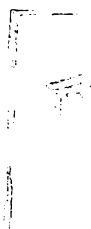


¡Proletarios de todos los países, uníos!

LENIN

La formación de los cuadros

**Recopilación
de artículos y discursos**



Editorial Progreso

Moscú

DE LA EDITORIAL

Los artículos y discursos recopilados en el presente folleto han sido traducidos de la 5ª edición de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Los tomos y las páginas correspondientes están indicados al final de cada trabajo.

© Traducción al español Editorial Progreso, 1979

Impreso en la URSS

Л 10102 - 078 251-79 0101020000
014 (01) - 79

Prefacio

El Partido Comunista es el guía político y el organizador colectivo de la clase obrera y de todos los trabajadores. Ayuda a la clase obrera a tomar conciencia de su misión histórica, así como a cohesionar y organizar sus filas, y la pertrecha con un programa de acción científicamente fundamentado. De este modo, el partido asegura la unión del movimiento obrero revolucionario de masas con el socialismo científico.

A diferencia de las revoluciones sociales del pasado, el movimiento revolucionario comunista no transcurre de manera espontánea, sino consciente, regido por las leyes objetivas, ya descubiertas, del desarrollo histórico de la sociedad. Por su amplitud y por los contingentes multitudinarios que abarca, este movimiento no tiene igual. A este respecto adquiere una importancia de singular magnitud el problema de preparar cuadros políticos dirigentes, organizadores y líderes de las masas de trabajadores.

Lenin desempeñó un relevante papel en la formación y educación de los cuadros revolucionarios del proletariado en la época en que se entablaron los principales combates de clase por el derrocamiento de la dominación burguesa, por el triunfo definitivo del socialismo y el comunismo.

En todas sus obras resalta la preocupación por formar cuadros del partido y de la economía, por mejorar su composición y elevar su papel y su prestigio entre las masas. Para Lenin, la selección de los cuadros y su comprobación en la actividad práctica era una de las tareas más importantes del partido. "Seleccionad a las personas necesarias —decía— y controlad la ejecución práctica, y el pueblo apreciará".

En sus tempranas obras —*Federico Engels, Proyecto de Programa del Partido Socialdemócrata y explicación del mismo, Las tareas de los socialdemócratas rusos, ¿Qué hacer?* y otras—, Lenin ponía en primer plano la necesidad de formar cuadros dirigentes de la lucha revolucionaria de los trabajadores y, ante todo, cuadros de revolucionarios profesionales, sin los cuales la clase obrera no podría vencer a la burguesía. Tenemos el deber, afirmaba, de “ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad para convertirse en un agitador, organizador, propagandista... profesional...”

Al señalar este deber, consideraba tarea importantísima seleccionar y promover cuadros revolucionarios del seno de la propia clase obrera. Los cuadros dirigentes del partido deben estar unidos al pueblo por vínculos irrompibles, deben ser fieles sin reservas a la revolución y gozar de la confianza infinita del pueblo.

Esto no significa, sin embargo, que deban “diluirse” en la masa y limitar su labor a apoyar las reivindicaciones que se planteen espontáneamente en los medios obreros. A fines del siglo pasado, entre los socialdemócratas de Rusia surgió una corriente oportunista conocida con el nombre de “economismo”. Los “economistas” opinaban que la socialdemocracia debía renunciar a la lucha política contra el zarismo y a la educación revolucionaria de los obreros y limitar su actividad a la lucha por las reivindicaciones económicas de los obreros: por la reducción de la jornada de trabajo, por el aumento de los salarios, etc. Lenin condenó duramente el “economismo”. Es indudable que el partido de la clase obrera debe participar también en la lucha por mejorar la situación de los trabajadores. Pero su tarea principal es la lucha política, la lucha revolucionaria, en primer término, por derrocar la autocracia y, después, por acabar con el capitalismo, por hacer triunfar la revolución socialista y la dictadura del proletariado. Debe dirigirse —decía Lenin— nuestra atención *principal* a *eleva*r a los obreros al nivel de los revolucionarios y no a *descender* nosotros mismos indefectiblemente al nivel de la “masa obrera”, como quieren los “economistas”.

Lenin enseñó, ya desde las etapas iniciales de la lucha revolucionaria, a inculcar en los comunistas sobre todo las sublimes cualidades personales que debe poscer el revolucionario profesional, el luchador por la causa del

pueblo. El ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario tradeunionista, sino el tribuno popular que se encuentra constantemente entre las masas. El revolucionario comunista tiene plena conciencia de su deber cívico, de toda su responsabilidad por los destinos del movimiento revolucionario en su conjunto.

Lenin apreciaba en el comunista la capacidad de colocar los intereses de la clase obrera y los intereses del pueblo por encima de los intereses gremiales, de grupo y personales. Luchó por un alto grado de organización y disciplina, por la capacidad de soportar todas las pruebas y adversidades que la historia hace recaer ineluctablemente sobre quienes abren con audacia el camino del porvenir.

Al mismo tiempo, el guía del proletariado mundial advirtió que era necesario inculcar en los comunistas la intolerancia con la ambición de poder, el narcisismo y la grosería con los camaradas. Condenó duramente "cualidades" como el engreimiento y "la presunción comunista", cuya manifestación significa transgredir los principios fundamentales de la democracia del partido y causa un grave daño a los intereses del movimiento emancipador de los trabajadores.

La observancia estricta de los principios leninistas del centralismo democrático, a cuya elaboración consagró Lenin diversas obras incluidas en la presente recopilación, es condición importantísima de la acertada selección y educación de los cuadros del partido.

Lenin indicaba que la democracia del partido está asegurada, en primer término, por el hecho de que el propio partido tiene una estructura democrática de abajo arriba. Esto significa que en los asuntos del partido participan todos sus miembros con los mismos derechos. Todos los funcionarios y organismos dirigentes del partido son elegidos, y no designados desde arriba. Están obligados a rendir cuenta periódicamente de su gestión ante los miembros de base del partido y ante todo el pueblo. Los cuadros del partido promovidos a cargos de dirección desempeñan éstos sólo temporalmente, y al extinguirse el plazo correspondiente pueden ser reelegidos o no.

El centralismo democrático presupone la preparación y adopción colectivas de decisiones, con libertad de crítica y de discusión de las medidas que traza el partido. Todas las cuestiones relacionadas con la dirección del partido

son resueltas por mayoría de votos. Además, el cumplimiento de los acuerdos adoptados por los congresos del partido es obligatorio para los comunistas. De esta forma se aseguran la unidad de acción, la unidad de voluntad y la educación de los militantes en un espíritu de rigurosa disciplina de partido. La importancia de la democracia consiste en que ofrece a cada comunista la posibilidad de participar activamente en todos los asuntos del partido y formarse como un guía auténtico de las masas.

La conjugación orgánica de la amplia democracia con la precisa organización y la rígida disciplina de partido, la libertad de discusión y el fomento a gran escala de la crítica y la autocritica, con plena observancia de la unidad de acción, son las condiciones que aseguran la formación y la labor eficaz de los cuadros dirigentes del partido.

Lenin decía, al definir el contenido de la disciplina del partido obrero: "*Unidad de acción, libertad de discusión y de crítica*: he ahí nuestra definición. Solamente una disciplina así es digna del partido democrático de la clase avanzada".

En todas las etapas de la lucha revolucionaria y de la edificación del comunismo, Lenin exigía que se educase a los comunistas en el espíritu de una organización cabal y una disciplina férrea en el partido. "La fuerza de la clase obrera —enseñaba— reside en la organización. Sin organización de las masas, el proletariado no es nada. Organizado, lo es todo".

Lenin enseñaba, a este respecto, a esforzarse por conseguir no una obediencia ciega, formal, sino una actividad consciente, dictada por el convencimiento de cada miembro del partido de que las acciones que se emprenden son justas y necesarias. Y este convencimiento sólo puede lograrse sobre la base del firme temple ideológico de los cuadros, que ha sido siempre objeto de preocupación singular del Partido Comunista.

El estudio de la teoría revolucionaria marxista-leninista de un modo creador, su profunda intelección y asimilación, ha sido y es un deber primordial de todo revolucionario proletario. Lenin decía que el comunismo científico no es una fantasía, una invención de individuos aislados, aunque sean geniales, sino una concepción armónica del mundo. Esta concepción se asienta en los datos, rigurosamente científicos, de todos los ámbitos del saber humano.

Son conocidas de todos las siguientes palabras de Lenin, que se han hecho proverbiales: "Sólo se puede llegar a ser comunista cuando se enriquece la memoria con todo el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad".

Lenin mostró el nuevo contenido de la labor de educación ideológica cuando los trabajadores han emprendido en la práctica la edificación del socialismo. Para el comunista, subrayaba, "hace falta algo más que nociones rudimentarias". Hay que "aprender el comunismo", aprender a "crear la sociedad comunista". Y esto no se puede conseguir sin una lucha práctica cotidiana por el comunismo, sin la participación personal y constante en su creación. "Sin trabajo, sin lucha —enseña Lenin—, el conocimiento libresco del comunismo... no tiene absolutamente ningún valor".

El problema de los cuadros se planteó con apremio singular cuando la clase obrera conquistó el poder e instauró la dictadura del proletariado. El Partido Bolchevique debía aprender a gobernar el país, es decir, a "orientar y organizar el nuevo régimen, ... ser el maestro, el dirigente y el guía de todos los trabajadores y explotados en la obra de ordenar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía".

En aquel período (desde noviembre de 1917 hasta marzo de 1923), Lenin estudió y dio solución a los problemas relacionados con el papel de los cuadros en la dirección del partido y del Estado y en la edificación del socialismo. Argumentó un programa concreto de organización de la gobernación del Estado, trazó las vías a seguir para resolver el problema de los cuadros y formuló los principios de su formación, selección y distribución.

Lenin exigía que al promover cuadros para cargos de responsabilidad del partido y del Estado se tuvieran en cuenta, ante todo, sus cualidades políticas y profesionales. Esto significa que cualquier dirigente debe ser un comunista convencido y, a la vez, poseer conocimientos, hábitos y dotes especiales.

"Ninguna buena fe, ningún prestigio de partido —indicaba Lenin— puede sustituir lo que es fundamental en este caso: el saber..."

Lenin concedía gran importancia a la observancia estricta de los principios democráticos: la elegibilidad, la re-

vocabilidad y la rendición de cuentas de los principales cuadros dirigentes y el control de su actividad por parte de las masas. Veía en el vasto control desde abajo, en el control de la labor de los dirigentes por las masas, el medio fundamental para acabar con la burocracia y dedicaba gran atención a la lucha contra la misma. Tenía por uno de los males peores, que los comunistas debían combatir constantemente, toda manifestación de burocracia: el afán a concentrar en las propias manos más poder del permitido por los institutos democráticos, el empleo de los métodos de ordeno y mando en vez de educar a las masas, el engreimiento, el apartarse del pueblo, etc. Exigía que los dirigentes hablasen siempre ante el pueblo para explicarle la política del partido y rendirle cuentas de su labor. Deben conocer el estado de ánimo del pueblo y saber influir en él para bien de la causa común.

Los cuadros dirigentes deben ser intransigentes con todo lo que signifique apartarse del marxismo, tener gran firmeza de principios y sentido de lo nuevo y prestar atención a la crítica y la autocrítica.

A Lenin le corresponde el gran mérito de haber denunciado con energía los ataques de los enemigos del partido que trataban de negar el papel dirigente de éste en la edificación del socialismo, así como las tentativas de estreñir la dirección del partido a la labor educativa y cultural. Rechazó los intentos de los revisionistas de colocar las organizaciones estatales y sociales de los trabajadores —y, en particular, los sindicatos— por encima del partido. Lenin concibió las bases científicas de las relaciones entre el partido y las organizaciones sociales de masas de los trabajadores —los sindicatos, las cooperativas, las Juventudes Comunistas, etc.—, mostrando que el debilitamiento de la influencia ideológica y orgánica del partido en dichas organizaciones las priva de una dirección única, de perspectivas en su labor y sólo puede conducir a su desorganización.

Lenin demostró que la edificación del socialismo hace necesario no sólo mantener, sino incluso reforzar el papel dirigente del partido en el Estado y en la sociedad. Sin eso, la clase obrera, triunfante en la revolución, no está en condiciones de cumplir felizmente ni una sola de las nuevas tareas de la lucha de las clases y de la labor creadora que tiene planteadas.

Lenin concedía una atención especial a la educación de todos los comunistas en el espíritu de la fidelidad al internacionalismo proletario. "El capital —decía— es una fuerza internacional. Para triunfar sobre él hace falta la unión internacional de los obreros, su fraternidad internacional. Somos internacionalistas".

Lenin enseñaba que el internacionalismo de hecho significa laborar con abnegación para desarrollar el movimiento revolucionario y la lucha revolucionaria en el país propio y apoyar esa lucha en todos los países. Con la particularidad de que concedía una importancia primordial a la lucha contra el oportunismo de todo tipo. Los principios leninistas del internacionalismo y de la unidad del movimiento comunista mundial, aducidos en la presente recopilación, son el criterio más seguro para comprobar la justedad del rumbo político y rechazar tanto a los oportunistas de derecha como a los aventureros "de izquierda".

Lenin hacía hincapié en la necesidad de superar los errores y las divergencias que surgen entre diversos destacamentos del movimiento obrero, la necesidad de estudiarlos con atención e intercambiar opiniones a escala internacional para lograr la unidad de acción. Al mismo tiempo inculcaba en los cuadros del partido el espíritu de intransigencia frente a la conciliación con los apóstatas y vulgarizadores de las grandes ideas del marxismo revolucionario.

La unidad, enseñaba Lenin, es una gran obra; pero la causa obrera "necesita *la unidad de los marxistas*, y no la unidad de los marxistas con los enemigos y los falseadores del marxismo".

El convencimiento y la pasión leninistas en la lucha contra los escisionistas del movimiento revolucionario mundial son modelo para todo marxista-leninista auténtico.

La presente recopilación está destinada a la gran masa de lectores. En ella se refleja la gigantesca labor realizada por Lenin para crear el partido, cohesionar sus filas y reforzar su influencia entre los trabajadores. Las obras de Lenin, además de tener gran importancia cognoscitiva y educativa para cuantos se interesan por la historia y la teoría del marxismo revolucionario, son una guía para la acción de los marxistas-leninistas.

La Unión de Lucha a los obreros y socialistas de Petersburgo¹

Los revolucionarios de Petersburgo viven momentos difíciles. Parece como si el gobierno hubiese reunido todas sus fuerzas para aplastar el movimiento obrero, nacido hace poco y que ha dado pruebas de tanta energía. Las detenciones han alcanzado proporciones inauditas y las cárceles están abarrotadas. Se atrapa a intelectuales, hombres y mujeres, se atrapa también a obreros, que son desterrados en masa. Apenas pasa un día sin que nos traiga noticias de nuevas y nuevas víctimas del gobierno policiaco, que se ha lanzado rabioso sobre sus enemigos. El gobierno se ha propuesto impedir que se robustezca y afiance la nueva corriente del movimiento revolucionario ruso. Los fiscales y los gendarmes se jactan ya de que han conseguido aniquilar la Unión de Lucha².

Esa jactancia es una mentira. La Unión de Lucha vive, a despecho de todas las persecuciones. Comprobamos con toda satisfacción que las detenciones en masa prestan su servicio convirtiéndose en un poderoso medio de agitación entre los obreros y entre los intelectuales socialistas; que el lugar de los revolucionarios caídos lo ocupan otros nuevos, dispuestos a formar con fuerzas frescas en las filas de los combatientes por el proletariado ruso y por todo el pueblo ruso. No puede haber lucha sin víctimas, y a la feroz persecución desencadenada por los bachibozukes^{*} zaristas respondemos con serenidad: ¡Han perecido unos revolucionarios: viva la revolución!

^{*} *Bachibozukes*: soldados de las unidades irregulares del antiguo ejército turco. (N. del Trad.)

La intensificación de las persecuciones ha podido suscitar hasta ahora sólo un debilitamiento temporal de algunas funciones de la Unión de Lucha, una escasez temporal de agentes y agitadores. Precisamente esta escasez se siente ahora y nos obliga a hacer un llamamiento a todos los obreros conscientes y a todos los intelectuales que deseen poner sus fuerzas al servicio de la causa revolucionaria. La Unión de Lucha necesita agentes. Que todos los círculos y cuantos deseen trabajar en cualquier ámbito de la actividad revolucionaria, por estrecho que sea, se lo den a conocer a quienes tienen contacto con la Unión de Lucha. (En caso de que algún grupo no pueda encontrar a esas personas —cosa muy poco probable—, puede dirigirse a la Unión de Socialdemócratas Rusos en el extranjero.) Hace falta gente para actividades de todo género, y cuanto más estrictamente se especialicen los revolucionarios en diversas funciones de la acción revolucionaria, cuanto más rigurosamente ideen métodos clandestinos y medidas de protección de su labor, cuanto más abnegadamente se encierran en un trabajo pequeño, modesto y parcial, tanto más asegurada estará toda la obra y tanto más difícil les será a los gendarmes y espías descubrir a los revolucionarios.

El gobierno ha envuelto ya de antemano en la red de sus agentes no sólo los focos de elementos antigubernamentales existentes, sino también los focos posibles y probables. El gobierno despliega sin cesar en amplitud y profundidad la actividad de sus esbirros que acosan a los revolucionarios, inventa nuevos métodos, infiltra nuevos provocadores y trata de presionar sobre los detenidos por medio de intimidaciones, presentación de declaraciones falsas y firmas falsificadas, esquelas apócrifas que se hacen llegar a sus manos y otros procedimientos. Sin reforzar y desarrollar la disciplina, la organización y la clandestinidad revolucionarias es imposible luchar contra el gobierno. Y la clandestinidad exige, ante todo, que los distintos grupos e individuos se especialicen en funciones determinadas y se conceda un papel unificador al núcleo central, más insignificante por el número de miembros, de la Unión de Lucha.

Las diversas funciones de la labor revolucionaria son infinitamente variadas: hacen falta agitadores legales, que sepan hablar entre los obreros de tal modo que *sea imposible* entregarlos por ello a los tribunales, que sepan decir

sólo *a*, dejando que otros digan *b* y *c*. Hacen falta distribuidores de publicaciones y octavillas. Hacen falta organizadores de círculos y grupos obreros. Hacen falta corresponsales en todas las fábricas y empresas, que informen de cuanto ocurra. Hacen falta hombres que vigilen a los espías y provocadores. Hacen falta organizadores de domicilios clandestinos. Hacen falta enlaces para la entrega de publicaciones, para la transmisión de encargos y para establecer contactos de todo tipo. Hacen falta recaudadores de fondos. Hacen falta agentes entre los intelectuales y los funcionarios públicos que tienen relaciones con los obreros, con la vida de las fábricas, con la administración (con la policía, la inspección fabril, etc.). Hacen falta hombres para enlazar con distintas ciudades de Rusia y de otros países. Hacen falta hombres para organizar procedimientos diversos de reproducción mecánica de publicaciones de toda clase. Hacen falta hombres para guardar publicaciones y otras cosas, etc., etc. Cuanto más menuda y pequeña sea la función que asuma una persona o un grupo, tanto mayores serán las posibilidades de que pueda organizarla de una manera reflexiva y garantizarla al máximo contra el fracaso, de examinar todos los pormenores de la clandestinidad, empleando todos los medios imaginables para burlar la vigilancia de los gendarmes y desorientarlos; tanto más seguro será el éxito de la obra; tanto más difícil les resultará a la policía y a los gendarmes vigilar a los revolucionarios y descubrir sus vínculos con la organización; tanto más fácil será para el partido revolucionario sustituir con otros, sin daño para toda la causa, a los agentes y miembros caídos.

— Sabemos que esta especialización es una cosa muy difícil; difícil, porque requiere del hombre la mayor firmeza y la mayor abnegación, porque requiere consagrar todas las energías a un trabajo modesto, monótono, privado de trato con los camaradas y que somete toda la vida del revolucionario a una reglamentación fría y rigurosa. Pero sólo en estas condiciones lograron los adalides de la práctica revolucionaria en Rusia ejecutar las empresas más grandiosas, invirtiendo años en la preparación polifacética de la obra, y estamos profundamente convencidos de que los socialdemócratas no tendrán menos abnegación que los revolucionarios de las generaciones precedentes. Sabemos también que, de acuerdo con el sistema que proponemos, a muchas personas deseosas de entregar sus energías a la

labor revolucionaria les resultará muy duro el periodo preparatorio indispensable para que la Unión de Lucha reúna los datos oportunos acerca de los individuos o grupos que ofrezcan sus servicios y ponga a prueba su capacidad en algunas misiones. Pero sin esta comprobación previa es imposible la actividad revolucionaria en la Rusia de hoy.

Al proponer semejante esquema de actividad a nuestros nuevos camaradas, exponemos unos principios a los que nos ha llevado una larga experiencia, profundamente convencidos de que este sistema garantiza al máximo el éxito de la labor revolucionaria.

*Publicado por vez primera como
anexo al folleto de V. I. Lenin "Las
tareas de los socialdemócratas rusos",
aparecido en Ginebra en 1898.*

T. 2, págs. 467-470.

Fragmento del artículo

Una tendencia retrógrada en la socialdemocracia rusa

La historia del movimiento obrero de todos los países muestra que los sectores obreros mejor situados son los que asimilan con mayor rapidez y facilidad las ideas del socialismo. Entre ellos se recluta principalmente a los obreros de vanguardia que destaca todo movimiento obrero, a los obreros que saben ganarse la confianza absoluta de las masas obreras, a los obreros que se consagran por entero a la educación y organización del proletariado, a los obreros que asimilan el socialismo de una manera plenamente consciente y que han concebido teorías socialistas incluso por propia iniciativa. Todo movimiento obrero vital ha promovido a líderes obreros de ese tipo, a sus Proudhon y sus Vaillant, sus Weitling y sus Bebel³. Y nuestro movimiento obrero ruso promete no rezagarse en este sentido del movimiento europeo. En tanto que la sociedad culta pierde el interés por las publicaciones honestas, ilegales, entre los obreros aumenta la vehemente inclinación al saber y al socialismo; se destacan de entre ellos verdaderos héroes, que a pesar de sus horribles condiciones de existencia, a pesar del embrutecedor trabajo de forzados en la fábrica, encuentran en sí mismos carácter y fuerza de voluntad suficientes para estudiar, estudiar y estudiar y hacerse socialdemócratas conscientes, para convertirse en una "intelectualidad obrera". En Rusia existe ya esta "intelectualidad obrera" y debemos hacer todos los esfuerzos para ampliar constantemente sus filas, para que sean satisfechas por completo sus sublimes inquietudes intelectuales, para que surjan de sus filas los dirigentes del

Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Por eso, el periódico que quiera ser órgano de todos los socialdemócratas rusos debe estar al nivel de los obreros avanzados; no debe rebajar su nivel artificialmente, sino, por el contrario, elevarlo sin cesar y seguir con atención todos los problemas tácticos, políticos y teóricos de la socialdemocracia mundial. Sólo entonces serán satisfechas las demandas de la intelectualidad obrera y ella misma tomará en sus manos la causa obrera rusa y, *por consiguiente*, la causa revolucionaria rusa.

El sector poco numeroso de los obreros avanzados es seguido por un vasto sector de obreros medios. También ellos desean con avidez el socialismo, actúan en los círculos obreros, leen los periódicos y libros socialistas, participan en la agitación y sólo se distinguen del sector anterior en que no pueden llegar a ser dirigentes del movimiento obrero socialdemócrata plenamente independientes. El obrero medio no comprenderá algunos artículos del periódico que sea órgano del partido, no tendrá una idea completa de algún problema teórico o práctico complicado. Mas de ahí no se deduce, ni mucho menos, que el periódico deba descender al nivel de la masa de sus lectores. Antes al contrario: tiene el deber precisamente de elevar el nivel de sus lectores y ayudar a promover obreros avanzados del sector de obreros medios. Absorbidos por la actividad práctica *local*, interesados sobre todo por la crónica del movimiento obrero y por los problemas inmediatos de la agitación, esos obreros deben vincular a cada uno de sus actos la idea de todo el movimiento obrero ruso, de su tarea histórica, del objetivo final del socialismo. Y de ahí que el periódico, cuyos lectores son principalmente obreros medios, deba vincular sin falta el socialismo y la lucha política a cada problema local y estrecho.

Por último, tras el sector medio sigue la masa de los sectores inferiores del proletariado. Es muy posible que el periódico socialista sea inaccesible para ellos total o casi totalmente (pues también en Europa Occidental el número de electores que votan a los socialdemócratas es muy superior al de lectores de los periódicos socialdemócratas); pero sería absurdo deducir de ahí que el periódico de los socialdemócratas deba adaptarse al nivel más bajo posible de los obreros. De eso se deduce únicamente que

para influir en tales sectores es preciso utilizar otros medios de agitación y propaganda: folletos escritos en el lenguaje más popular, agitación oral y —lo que es principal— hojas dedicadas a los hechos locales. Los socialdemócratas no han de limitarse siquiera a eso: es muy posible que los primeros pasos encaminados a despertar la conciencia de los sectores obreros inferiores deban ser dados por la actividad educativa legal. Para *el partido* es muy importante aprovechar esa actividad, orientarla precisamente hacia donde es más necesaria, enviar a los militantes legales a roturar las tierras vírgenes que habrán de sembrar después los agitadores socialdemócratas. Como es natural, la agitación entre los sectores obreros inferiores debe conceder el más vasto campo de acción a las cualidades personales del agitador y a las peculiaridades del lugar, la profesión, etc. “No hay que confundir la táctica con la agitación” —dice Kautsky⁴ en el libro contra Bernstein—. “El modo de agitación debe adaptarse a las condiciones individuales y locales. Hay que dejar que cada agitador elija los medios de que dispone: un agitador produce la mayor impresión por su entusiasmo; otro, gracias a su cáustico sarcasmo; otro, por el acierto con que aduce multitud de ejemplos, etc. Al mismo tiempo que se ajusta al agitador, la agitación debe ajustarse también al público. El agitador debe hablar de tal modo que sea comprendido; debe partir de lo que conocen bien sus oyentes. Todo esto se comprende de por sí y es aplicable no sólo a la agitación entre los campesinos. Con los cocheros hay que hablar de distinta manera que con los marineros; y con los marineros, de distinta manera que con los cajistas. *La agitación debe ser individualizada, pero nuestra táctica, nuestra actividad política, debe ser única*” (págs. 2-3). Estas palabras de un representante de vanguardia de la teoría socialdemócrata contienen una excelente valoración de la agitación en la actividad general del partido. Muestran cuán infundados son los temores de quienes piensan que la formación de un partido revolucionario que sostenga la lucha política será un obstáculo para la agitación, la desplazará a un segundo plano o restringirá la libertad de los agitadores. Al revés: sólo un partido organizado puede realizar una agitación amplia, dar a los agitadores la dirección (y el material) necesarios acerca de todos los problemas económicos y políticos, aprovechar cada éxito local de la agitación para

aleccionar a todos los obreros rusos y enviar a los agitadores al medio social o a las localidades en que puedan actuar con el mayor éxito. Sólo en un partido organizado, quienes tengan dotes de agitadores podrán dedicarse por entero a esta labor, con provecho tanto para la agitación como para los demás aspectos de la actividad socialdemócrata. Esto evidencia que quienes, enfrascados en la lucha económica, olvidan la agitación y la propaganda políticas, la necesidad de elevar el movimiento obrero al nivel de lucha del partido político, se privan, además de otras cosas, incluso de la posibilidad de organizar con firmeza y éxito la incorporación a la causa obrera de los sectores inferiores del proletariado.

Escrito a fines de 1899.

T. 4, págs. 268-271.

Tareas urgentes de nuestro movimiento

La socialdemocracia rusa ha declarado ya en varias ocasiones que la tarea política inmediata del partido obrero ruso debe ser el derrocamiento de la autocracia, la conquista de la libertad política. Esto lo declararon hace más de 15 años los representantes de la socialdemocracia rusa, los miembros del Grupo Emancipación del Trabajo⁵; lo declararon también, hace dos años y medio, los representantes de las organizaciones socialdemócratas rusas que en la primavera de 1898 formaron el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia⁶. Pero, a pesar de estas reiteradas declaraciones, el problema de las tareas políticas de la socialdemocracia en Rusia vuelve a plantearse en la actualidad. Muchos representantes de nuestro movimiento manifiestan sus dudas en cuanto al acierto de la mencionada solución del problema. Dicen que la lucha económica tiene una importancia predominante, relegan a un segundo plano las tareas políticas del proletariado, empujando y restringen estas tareas e incluso manifiestan que las disquisiciones sobre la formación de un partido obrero independiente en Rusia son simple repetición de palabras dichas por otros y que los obreros deben sostener de modo exclusivo la lucha económica, dejando la política para los intelectuales en alianza con los liberales. Esta última declaración del nuevo símbolo de la fe (el tristemente célebre *Credo*⁷) se reduce ni más ni menos que a considerar menor de edad al proletariado ruso y a negar en redondo el programa socialdemócrata. En realidad, *Rabóchaya Mysl*⁸ (sobre todo en el *Suplemento*) se ha manifestado de hecho

en el mismo sentido. La socialdemocracia rusa atraviesa un período de vacilaciones y de dudas que la hacen llegar hasta a negarse a sí misma. De un lado, el movimiento obrero se aparta del socialismo: se ayuda a los obreros a librar la lucha económica, pero de ningún modo se les explica a la vez, o se les explica insuficientemente, los fines socialistas y las tareas políticas de todo el movimiento en su conjunto. De otro lado, el socialismo se aparta del movimiento obrero: los socialistas rusos comienzan de nuevo a hablar cada vez más de que la lucha contra el gobierno debe ser sostenida exclusivamente por los intelectuales, pues los obreros se circunscriben a la lucha económica.

A nuestro juicio, son tres las circunstancias que han preparado el terreno a estos lamentables fenómenos. En primer lugar, en los comienzos de su actividad los socialdemócratas rusos se limitaron al simple trabajo de propaganda en círculos. Al pasar a la agitación entre las masas, no siempre pudimos evitar el caer en otro extremo. En segundo lugar, en la base inicial de nuestra actuación tuvimos que defender muy a menudo nuestro derecho a la existencia en la lucha contra los adeptos de Libertad del Pueblo⁹⁾, que concebían la "política" como una actividad divorciada del movimiento obrero y reducían la política a una simple conjura. Al rechazar una tal política, los socialdemócratas caían en otro extremo, relegando a segundo plano la política en general. En tercer lugar, al actuar desperdigados en pequeños círculos obreros locales, los socialdemócratas no prestaron la debida atención a la necesidad de organizar un partido revolucionario que coordinase toda la actividad de los grupos locales y permitiese montar con acierto la labor revolucionaria. Ahora bien, el predominio de una actividad dispersa va unido de modo natural al predominio de la lucha económica.

Todas estas circunstancias dieron lugar a la inclinación hacia un solo aspecto del movimiento. La corriente "economista" (en la medida en que aquí se puede hablar de "corriente") motivó los intentos de erigir esta estrechez de miras en una teoría particular, los intentos de utilizar para este fin el bernsteinianismo¹⁰ en boga, la "crítica del marxismo" en boga, que preconizaba las viejas ideas burguesas bajo una nueva bandera. Estos intentos solos originaron el peligro de debilitar los vínculos entre el movimiento

obrero ruso y la socialdemocracia rusa, como combatiente de vanguardia por la libertad política. De ahí que la tarea más urgente de nuestro movimiento consista en reforzar estos vínculos.

La socialdemocracia es la unión del movimiento obrero con el socialismo. Su cometido no estriba en servir pasivamente al movimiento obrero en cada una de sus fases, sino en representar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, y salvaguardar su independencia política e ideológica. Desligado de la socialdemocracia, el movimiento obrero se achica y adquiere por fuerza un carácter burgués: al sostener exclusivamente la lucha económica, la clase obrera pierde su independencia política, se convierte en un apéndice de otros partidos y traiciona el gran precepto: "La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma"¹¹. En todos los países hubo un período en que el movimiento obrero y el socialismo existieron por separado, siguiendo caminos distintos, y en todos los países esta desvinculación fue causa de la debilidad del socialismo y del movimiento obrero; en todos los países, sólo la unión del socialismo con el movimiento obrero creó una sólida base tanto para el uno como para el otro. Pero en cada país esta unión del socialismo con el movimiento obrero fue lograda a lo largo de un proceso histórico, siguiendo una vía particular, de acuerdo con las condiciones de lugar y tiempo. En Rusia, la necesidad de la unión del socialismo con el movimiento obrero fue proclamada hace ya mucho en el terreno teórico, pero en la práctica esta unión sólo va haciéndose efectiva en nuestros días. Este proceso es muy difícil y no tiene nada de extraño que vaya acompañado de diferentes vacilaciones y dudas.

¿Qué enseñanza se desprende para nosotros del pasado?

La historia de todo el socialismo ruso hizo que su tarea más urgente fuera la lucha contra el gobierno autocrático, la conquista de la libertad política; nuestro movimiento socialista se concentraba, por decirlo así, en la lucha contra la autocracia. Por otro lado, la historia muestra que en Rusia la separación entre el pensamiento socialista y los representantes avanzados de las clases trabajadoras es mucho mayor que en otros países, y que de per-

durar esta separación, el movimiento revolucionario ruso está condenado a la impotencia. De aquí se deduce lógicamente el deber que está llamada a cumplir la socialdemocracia rusa: llevar las ideas socialistas y la conciencia política a la masa del proletariado y organizar un partido revolucionario ligado indisolublemente con el movimiento obrero espontáneo. Mucho ha hecho ya en este sentido la socialdemocracia rusa, pero es aún más lo que queda por hacer. A medida que crece el movimiento, se amplía el campo de actividad de la socialdemocracia, el trabajo es cada vez más diverso y aumenta el número de militantes del movimiento que concentran sus energías en la realización de diferentes tareas parciales planteadas por las necesidades cotidianas de la propaganda y la agitación. Este fenómeno es completamente natural e inevitable, pero obliga a prestar singular atención a que las tareas parciales del trabajo y los distintos procedimientos de lucha no se conviertan en algo que se baste a sí mismo y a que la labor preparatoria no adquiera el rango de trabajo principal y único.

Nuestro cometido principal y fundamental consiste en coadyuvar al desarrollo político y a la organización política de la clase obrera. Quien relega este cometido a un segundo plano y no subordina a él todas las tareas parciales y los distintos procedimientos de lucha, se sitúa en un camino falso e infiere grave daño al movimiento. Relegan este cometido, en primer lugar, quienes exhortan a los revolucionarios a luchar contra el gobierno con las fuerzas de círculos sueltos de conspiradores, desligados del movimiento obrero. Relegan este cometido, en segundo lugar, quienes restringen el contenido y el alcance de la propaganda, agitación y organización políticas; quienes estiman posible y oportuno invitar a los obreros a disfrutar de la "política" solamente en momentos excepcionales de su vida, solamente en casos solemnes; quienes sienten excesivo afán a empobrecer la lucha política contra la autocracia, reduciéndola a reclamar a ésta ciertas concesiones, y se preocupan muy poco de que la reivindicación de concesiones se transforme en una lucha sistemática e irrevocable del partido obrero revolucionario contra la autocracia.

"¡Organizaos!", repiten a los obreros en los más diversos tonos *Rabóchaya Mysl* y todos los partidarios de la

corriente "economista". Como es natural, nos solidarizamos por entero con esta llamada, pero añadiendo sin falta. organizaos no sólo en sociedades de ayuda mutua, en cajas de resistencia y en círculos obreros, sino también en un partido político, para la lucha decidida contra el gobierno autocrático y contra toda la sociedad capitalista. Sin esta organización, el proletariado no es capaz de elevarse hasta el nivel de una lucha consciente de clases; sin esta organización, el movimiento obrero está condenado a la impotencia; con las cajas de resistencia, los círculos y las sociedades de ayuda mutua exclusivamente, la clase obrera no conseguirá jamás cumplir la gran misión histórica a la que está llamada: emanciparse a sí misma y emancipar a todo el pueblo ruso de su esclavitud política y económica. Ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio si no ha promovido a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo. También la clase obrera rusa ha demostrado ya que es capaz de promover a tales hombres: la lucha de los obreros rusos, que en los cinco o seis años últimos ha alcanzado vasto desarrollo, muestra que la clase obrera posee una gran masa de fuerzas revolucionarias y que las persecuciones del gobierno, por feroces que sean, lejos de disminuir, acrecientan el número de obreros que ansian el socialismo, la conciencia política y la lucha política. El Congreso de nuestros camaradas en 1898 planteó con tino la tarea, y no repitió palabras ajenas, no expresó una simple inclinación de "intelectuales"... Y nosotros debemos emprender con decisión el cumplimiento de estas tareas planteando a la orden del día el problema del programa, de la organización y de la táctica del partido. Ya hemos dicho cómo concebimos los puntos fundamentales de nuestro programa, pero, naturalmente, éste no es el lugar para desarrollar en detalle estos puntos. Tenemos el propósito de dedicar a las cuestiones de organización una serie de artículos en los próximos números. Este es uno de nuestros problemas más acuciantes. En este sentido nos hemos quedado muy a la zaga de los viejos activistas del movimiento revolucionario ruso; es preciso reconocer abiertamente esta falla y dedicar nuestras fuerzas a una organización más conspirativa del trabajo, a una propaganda sistemática de las normas de nuestro trabajo y de los procedimientos para desorientar a los gendarmes y para

no caer en las redes de la policía. Hay que preparar hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida; hay que preparar una organización tan numerosa que pueda aplicar una rigurosa división del trabajo en los distintos aspectos de nuestra actividad. Por último, en lo que atañe a las cuestiones tácticas, aquí nos limitaremos a lo siguiente: la socialdemocracia no se ata las manos, no limita su actividad a algún plan previamente preparado o a un solo procedimiento de lucha política, sino que admite todos los procedimientos de lucha con tal de que correspondan a las fuerzas reales del partido y permitan lograr los mayores resultados posibles en unas condiciones dadas. Si existe un partido bien organizado, una huelga puede convertirse en una demostración política, en una victoria política sobre el gobierno. Si existe un partido bien organizado, la insurrección en una localidad aislada puede transformarse en una revolución triunfante. Debemos recordar que la lucha reivindicativa contra el gobierno y la conquista de ciertas concesiones no son otra cosa que pequeñas escaramuzas con el adversario, ligeras refriegas en las avanzadillas, y que la batalla decisiva está por venir. Tenemos enfrente la fortaleza enemiga, bien artillada, desde la que se nos lanza una lluvia de metralla que se lleva a los mejores luchadores. Debemos tomar esta fortaleza, y la tomaremos si todas las fuerzas del proletariado que despierta las unimos a las fuerzas de los revolucionarios rusos en un solo partido hacia el que tenderán todos los elementos activos y honestos de Rusia. Sólo entonces se verá cumplida la gran profecía del obrero revolucionario ruso Piotr Alexéiev: "¡Se alzarán los brazos vigorosos de millones de obreros, y el yugo del despotismo, protegido por las bayonetas de los soldados, saltará hecho pedazos!"¹²

*Escrito en octubre y a principios de
noviembre de 1900.*

T. 4, págs. 371-377

Fragmento del libro

¿Qué hacer?

e) La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia

Hemos visto ya que la agitación política más amplia y, por consiguiente, la organización de denuncias políticas de todo género es una tarea necesaria en absoluto, la tarea *más imperiosamente* necesaria de la actividad, siempre que esta actividad sea de veras socialdemócrata. Pero hemos llegado a esta conclusión partiendo *sólo* de la necesidad apremiante que la clase obrera tiene de conocimientos políticos y de educación política. Sin embargo, esta manera de plantear la cuestión sería demasiado estrecha y daría de lado las tareas democráticas universales de toda la socialdemocracia, en general, y de la socialdemocracia rusa actual, en particular. Para explicar esta tesis del modo más concreto posible, intentaremos enfocar el problema desde el punto de vista más "familiar" al "economista", o sea, desde el punto de vista práctico. "Todos están de acuerdo" con que es preciso desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero *¿cómo* hacerlo y qué es necesario para hacerlo? La lucha económica "hace pensar" a los obreros sólo en las cuestiones concernientes a la actitud del gobierno ante la clase obrera; por eso, *por más que nos esforcemos* en "dar a la lucha económica misma un carácter político", *jamás podremos*, en los límites de esta tarea, desarrollar la conciencia política de los obreros (hasta el grado de conciencia política socialdemócrata), *pues los propios límites son estrechos*. La fórmula de Martínov¹³ es valiosa para nosotros, pero en modo alguno porque ilustre la capacidad del autor para embrollar las cosas. Es valiosa porque pone de relieve el error fundamental de todos los

“economistas”: el convencimiento de que se puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros desde dentro, por decirlo así, de su lucha económica, o sea, partiendo sólo (o, al menos, principalmente) de esta lucha, basándose sólo (o, al menos, principalmente) en esta lucha. Semejante opinión es errónea de raíz; y precisamente porque los “economistas”, enojados por nuestra polémica con ellos, no quieren reflexionar como es debido en el origen de nuestras discrepancias, acabamos literalmente por no comprendernos, por hablar lenguas diferentes.

Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase sólo desde fuera, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de *todas* las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de *todas* las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacer para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica, sin hablar ya de quienes, entre ellos, son propensos al “economismo”, a saber: “Hay que ir a los obreros”. Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército.

Si empleamos adrede esta fórmula tosca y nos expresamos adrede de una forma simplificada y tajante, no es en modo alguno por el deseo de decir paradojas, sino para “incitar” a los “economistas” a pensar en las tareas que desdeñan de manera tan imperdonable y en la diferencia —que ellos no quieren comprender— entre la política tradeunionista y la política socialdemócrata. Por eso rogamos al lector que no se impacienta y nos escuche con atención hasta el final.

Tomemos el tipo del círculo socialdemócrata más difundido en los últimos años y examinemos su actividad. “Está en contacto con los obreros” y se conforma con eso, editando hojas que fustigan los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del gobierno con los capitalistas y las violencias de la policía; en las reuniones con los obreros, la conversación no rebasa o casi no rebasa, por lo

común, los límites de estos mismos temas; sólo muy de tarde en tarde se pronuncian conferencias y charlas acerca de la historia del movimiento revolucionario, la política interior y exterior de nuestro gobierno, la evolución económica de Rusia y de Europa, la situación de las distintas clases en la sociedad contemporánea, etc.; nadie piensa en establecer y desenvolver de manera sistemática relaciones con otras clases de la sociedad. En el fondo, los componentes de un círculo de este tipo conciben al militante ideal, en la mayoría de los casos, mucho más parecido a un secretario de tradeunión que a un jefe político socialista. Porque el secretario de cualquier tradeunión inglesa, por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y disposiciones que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para avisar a todos que en la fábrica dada se han declarado en huelga), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas del pueblo, etc., etc. En una palabra, todo secretario de tradeunión sostiene y ayuda a sostener "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Y jamás se insistirá bastante en que *esto no es aún* socialdemocracia, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario de tradeunión, sino el *tribuno popular*, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policiaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer *ante todos* sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar *a todos* y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado. Compáren, por ejemplo, a hombres como Roberto Knight (conocido secretario y líder de la Sociedad de Obreros Caldereros, uno de los sindicatos más poderosos de Inglaterra) y Guillermo Liebknecht¹⁴ e intenten aplicarles las contraposiciones en que basa Martinov sus discrepancias con *Iskra*. Verán que R. Knight —empiezo a hojear el artículo de Martinov— "ha exhortado" mucho más "a las masas a ciertas acciones concretas" (pág. 39), mientras que G. Liebknecht se ha dedicado más a "explicar desde un punto de vista revolu-

cionario todo el régimen actual o sus manifestaciones parciales" (págs. 38-39); que R. Knight "ha formulado las reivindicaciones inmediatas del proletariado e indicado los medios de satisfacerlas" (pág. 41), mientras que G. Liebknecht, sin dejar de hacer eso, no ha renunciado a "dirigir al mismo tiempo la intensa actividad de los diferentes sectores opositoristas" y "dictarles un programa positivo de acción" (pág. 41); que R. Knight ha procurado precisamente "imprimir, en la medida de lo posible, a la lucha económica misma un carácter político" (pág. 42) y ha sabido muy bien "presentar al gobierno reivindicaciones concretas que prometen ciertos resultados palpables" (pág. 43), en tanto que G. Liebknecht se ha ocupado mucho más de las "denuncias" "unilaterales" (pág. 40); que R. Knight ha concedido más importancia al "desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana" (pág. 61), y G. Liebknecht, "a la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (pág. 61); que G. Liebknecht ha hecho del periódico dirigido por él precisamente "un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro régimen, y sobre todo nuestro régimen político, por cuanto choca con los intereses de los más diversos sectores de la población" (pág. 63), mientras que R. Knight "ha trabajado por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" (pág. 63) —si se entiende por "estrecho contacto orgánico" ese culto a la espontaneidad que hemos analizado más arriba en los ejemplos de Krichevski y de Martinov— y "ha restringido la esfera de su influencia", convencido, sin duda, como Martinov, de que "con ello se hacía más compleja esta influencia" (pág. 63). En una palabra, verán que Martinov rebaja de hecho la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo, aunque, claro está, en modo alguno lo hace porque no quiera el bien de la socialdemocracia, sino simplemente porque se ha apresurado un poco a profundizar a Plejánov¹⁵, en lugar de tomarse la molestia de comprenderlo.

Pero volvamos a nuestra exposición. Hemos dicho que el socialdemócrata, si es partidario, no sólo de palabra, del desarrollo polifacético de la conciencia política del proletariado, debe "ir a todas las clases de la población". Surgen varias preguntas: ¿Cómo hacerlo? ¿Tenemos fuerzas suficientes para ello? ¿Existe una base que permita realizar esta labor entre todas las demás clases? ¿No im-

plicará eso abandonar, o conducirá a abandonar, el punto de vista de clase? Examinemos estas cuestiones.

Debemos "ir a todas las clases de la población" como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores. Nadie pone en duda que la labor teórica de los socialdemócratas debe orientarse a estudiar todas las peculiaridades de la situación social y política de las diversas clases. Pero se hace muy poco, poquísimo, en este sentido, desproporcionadamente poco si se compara con la labor tendiente a estudiar las peculiaridades de la vida fabril. En los comités y en los círculos podemos encontrar personas que incluso estudian a fondo especialmente algún ramo de la siderurgia; pero apenas encontrarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se dediquen de manera especial a reunir datos sobre algún problema actual de nuestra vida social y política que pueda servir de motivo para desplegar una labor socialdemócrata entre otros sectores de la población. Cuando se habla de la poca preparación de la mayoría de los actuales dirigentes del movimiento obrero, es forzoso recordar asimismo la preparación en este aspecto, pues está ligada también a la concepción "economista" del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria". Pero lo principal, por supuesto, es *la propaganda y la agitación* entre todos los sectores de la población. El socialdemócrata de Europa Occidental ve facilitada esta labor por las reuniones y asambleas populares, a las que asisten *cuantos* lo desean, y por la existencia del Parlamento, en el cual el representante socialdemócrata habla ante los diputados de *todas* las clases. En nuestro país no tenemos ni Parlamento ni libertad de reunión; pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a *un socialdemócrata*. Debemos saber también organizar reuniones con los componentes de todas las clases de la población que deseen escuchar a *un demócrata*. Porque no es socialdemócrata quien olvida en la práctica que "los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario"¹⁶; que, por ello, debemos exponer y recalcar *ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales*, sin ocultar en ningún momento nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la

práctica que su deber consiste en ser *el primero* en plantear, acentuar y resolver *todo* problema democrático general.

a) ¿Qué es el primitivismo en el trabajo?

Intentemos responder a esta pregunta trazando un pequeño cuadro de la actividad de un círculo socialdemócrata típico de los años comprendidos entre 1894 y 1901. Hemos aludido ya a la propensión general de la juventud estudiantil de aquel período hacia el marxismo. Claro que esta propensión no era sólo, e incluso no tanto, hacia el marxismo en calidad de teoría como en calidad de respuesta a la pregunta "¿qué hacer?", de llamamiento a emprender la campaña contra el enemigo. Y los nuevos guerreros iban a la campaña con un equipo y una preparación primitivos en extremo. En muchísimos casos carecían casi por completo hasta de equipo y no tenían absolutamente ninguna preparación. Iban a la guerra como verdaderos labradores, sin más pertrecho que un garrote en la mano. Falto de todo contacto con los viejos dirigentes del movimiento, falto de toda ligazón con los círculos de otros lugares o hasta de otros puntos de la ciudad (o de otros centros de enseñanza), sin organización alguna de las diferentes partes de la labor revolucionaria, sin ningún plan sistematizado de acción para un período más o menos prolongado, un círculo de estudiantes se pone en contacto con obreros y empieza a trabajar. Despliega paso a paso una agitación y una propaganda cada vez más vastas, y con su actuación se gana las simpatías de sectores obreros bastante amplios, así como de una parte de la sociedad instruida, que proporciona dinero y pone a disposición del "comité" nuevos y nuevos grupos de jóvenes. Crece el prestigio del comité (o unión de lucha) y aumenta su actividad, que se amplía de un modo espontáneo por completo: las mismas personas que hace un año o unos cuantos meses intervenían en círculos de estudiantes y resolvían el problema de "¿a dónde ir?", que entablaban y mantenían relaciones con los obreros, redactaban e imprimían octavillas, se ponen en contacto con otros grupos de revolucionarios, consiguen publicaciones, emprenden la edición de un periódico local, empiezan a hablar de organizar una

manifestación y, por fin, pasan a acciones abiertas de lucha (que pueden ser, según las circunstancias, la primera hoja de agitación, el primer número del periódico o la primera manifestación). Y por lo general, en cuanto se inician estas operaciones, se produce un fracaso inmediato y completo. Inmediato y completo precisamente porque dichas acciones de lucha no son el resultado de un plan sistemático, bien meditado y preparado poco a poco, de una lucha larga y tenaz, sino sencillamente el crecimiento espontáneo de una labor de círculo efectuada de acuerdo con la tradición. Porque la policía, como es natural, conoce casi siempre a todos los dirigentes principales del movimiento local, que se han "acreditado" ya en las aulas universitarias, y sólo espera el momento más propicio para hacer la redada, consintiendo adrede que el círculo se extienda y se desarrolle en grado suficiente para contar con un *corpus delicti* palpable, y dejando cada vez intencionadamente unas cuantas personas, de ella conocidas, "como semilla" (expresión técnica que emplean, según mis noticias, tanto los nuestros como los gendarmes). Es forzoso comparar semejante guerra con una campaña de bandas de campesinos armados de garrotes contra un ejército moderno. Y es de admirar la vitalidad de un movimiento que se ha extendido, crecido y conquistado victorias pese a la completa falta de preparación de los combatientes. Es cierto que, desde el punto de vista histórico, el carácter primitivo del equipo era al principio no sólo inevitable, sino incluso legítimo, como una de las condiciones que permitía atraer a gran número de combatientes. Pero en cuanto empezaron las acciones serias de lucha (y empezaron ya, en realidad, con las huelgas del verano de 1896), las deficiencias de nuestra organización de combate se hicieron sentir cada vez más. El gobierno se desconcertó al principio y cometió una serie de errores (por ejemplo, contar a la opinión pública monstruosidades de los socialistas o deportar a obreros de las capitales a centros industriales de provincias), pero no tardó en adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha y supo colocar en los lugares adecuados sus destacamentos de provocadores, espías y gendarmes, pertrechados con todos los medios modernos. Las redadas se hicieron tan frecuentes, abarcaron a un número tan grande de personas y barrieron los círculos locales hasta el punto de que la masa obrera quedó lo que se dice

sin dirigentes, y el movimiento adquirió un carácter esporádico increíble, siendo imposible en absoluto establecer continuidad ni conexión alguna en el trabajo. El pasmoso fraccionamiento de los dirigentes locales, la composición fortuita de los círculos, la falta de preparación y la estrechez de horizontes en el terreno de los problemas teóricos, políticos y orgánicos eran consecuencia inevitable de las condiciones descritas. Las cosas han llegado al extremo de que, en algunos lugares, los obreros, a causa de nuestra falta de firmeza y de hábitos de lucha clandestina, desconfían de los intelectuales y se apartan de ellos: ¡los intelectuales, dicen, originan fracasos por su acción demasiado irreflexiva!

“Es más fácil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos”. Esta magnífica máxima (que les valdrá siempre los aplausos del centenar de bobos) parece evidente sólo porque, en el curso de su razonamiento, han saltado de una cuestión a otra. Comenzaron por hablar, y siguen hablando, de la captura del “comité”, de la captura de la “organización”, y ahora saltan a otra cuestión, a la captura de las “raíces profundas” del movimiento. Está claro que nuestro movimiento es indestructible sólo porque tiene centenares y centenares de miles de raíces profundas, pero no se trata de eso, ni mucho menos. En lo que se refiere a las “raíces profundas”, tampoco ahora se nos puede “cazar”, a pesar de todo el primitivismo de nuestro trabajo; y, sin embargo, todos deploramos, y no podemos menos de deplorar, la caza de “organizaciones”, que rompe toda continuidad del movimiento. Y si plantean la cuestión de la caza de *organizaciones* e insisten en tratar de ella, les diré que es mucho más difícil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos. Y seguiré sosteniéndolo sin hacer ningún caso de sus esfuerzos por azuzar a la multitud contra mi “espíritu antidemocrático”, etc. Como he señalado más de una vez, debe entenderse por “inteligentes” en materia de organización sólo a *los revolucionarios profesionales*, sin que importe si son estudiantes u obreros quienes se forjen como tales revolucionarios profesionales. Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore

espontáneamente a la lucha —y que constituye la base del movimiento y participa en él—, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más restringamos el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será “cazar” a esta organización, y 5) tanto mayor será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de un modo activo.

Invito a nuestros “economistas”, terroristas y “economistas-terroristas”^{*} a que refuten estas tesis, las dos últimas de las cuales voy a desarrollar ahora. Lo de si es más fácil cazar a “una docena de inteligentes” que a “un centenar de bobos” se reduce al problema que he analizado antes: si es compatible *una organización* de masas con la necesidad de observar la clandestinidad más rigurosa. Jamás podremos dar a una organización amplia el carácter clandestino indispensable para una lucha firme y continua contra el gobierno. La concentración de todas las funciones clandestinas en manos del menor número posible de revolucionarios profesionales no significa, ni mucho menos, que estos últimos “pensarán por todos”, que la multitud no

* Este término sería, quizá, más justo que el precedente en lo que se refiere a *Svoboda*, pues en *Renacimiento del revolucionarismo* se defiende el terrorismo; y en el artículo en cuestión, el “economismo”. “No las quiero, no están maduras...”, puede, en general, decirse de *Svoboda*. Tiene buenas aptitudes y las mejores intenciones, pero el único resultado es la confusión; confusión, principalmente, porque, al defender la continuidad de la organización, *Svoboda* no quiere saber nada de continuidad del pensamiento revolucionario y de la teoría socialdemócrata. Esforzarse por resucitar al revolucionario profesional (*Renacimiento del revolucionarismo*) y proponer para eso, primero, el terrorismo excitante y, segundo, la “organización de los obreros medios” (*Svoboda*, núm. 1, pág. 66 y siguientes), menos “estimulados desde fuera”, equivale, en verdad, a derribar la casa propia para tener leña con que calentarla.

tomará parte activa en *el movimiento*. Al contrario: la multitud promoverá de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues sabrá entonces que no basta con que unos estudiantes y algunos obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un "comité", sino que es necesario formarse durante años como revolucionarios profesionales, y "pensará" no sólo en los métodos primitivos de trabajo, sino precisamente en esta formación. La centralización de las funciones clandestinas de *la organización* no implica en modo alguno la centralización de todas las funciones del *movimiento*. La colaboración activa de las más amplias masas en las publicaciones clandestinas, lejos de disminuir, *aumentará* cuando una "docena" de revolucionarios profesionales centralicen las funciones clandestinas de esta labor. Así, y sólo así, conseguiremos que la lectura de las publicaciones clandestinas, la colaboración en ellas y, en parte, hasta su difusión *dejen casi de ser una obra clandestina*, pues la policía comprenderá pronto cuán absurdas e imposibles son las persecuciones judiciales y administrativas con motivo de cada uno de los miles de ejemplares de publicaciones distribuidas. Lo mismo cabe decir no sólo de la prensa, sino de todas las funciones del movimiento, incluso de las manifestaciones. La participación más activa y más amplia de las masas en una manifestación, lejos de salir perjudicada, tendrá, por el contrario, muchas más probabilidades de éxito si una "docena" de revolucionarios probados, no menos adiestrados profesionalmente que nuestra policía, centraliza todos los aspectos de la labor clandestina: edición de octavillas, confección de un plan aproximado, nombramiento de un grupo de dirigentes para cada distrito de la ciudad, para cada barriada fabril, cada establecimiento de enseñanza, etc. (se dirá, ya lo sé, que mis concepciones "no son democráticas", pero más adelante refutaré de manera detallada esta objeción nada inteligente). La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas y, por ello, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros culturales y de lectura de publicaciones clandestinas, círculos socialistas, y democráticos también,

para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios en todas partes, en el *mayor número* y con las funciones más diversas; pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar las fronteras entre ellas, apagar en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente oscurecida, de que para "servir" al movimiento de masas hacen falta hombres dedicados de manera especial y por entero a la acción socialdemócrata, y que estos hombres deben *forjarse* con paciencia y tenacidad como revolucionarios profesionales.

Sí, esta conciencia se halla oscurecida hasta lo increíble. *Con nuestro primitivismo en el trabajo hemos puesto en entredicho el prestigio de los revolucionarios en Rusia*: en esto radica nuestro pecado capital en materia de organización. Un revolucionario blandengue, vacilante en los problemas teóricos y de estrechos horizontes, que justifica su inercia con la espontaneidad del movimiento de masas y se asemeja más a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, carente de un plan amplio y audaz que imponga respeto incluso a sus adversarios, inexperto e inhábil en su arte profesional (la lucha contra la policía política), ¿no es, con perdón sea dicho, un revolucionario, sino un mísero artesano!

Que ningún militante dedicado a la labor práctica se ofenda por este duro epíteto, pues en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He actuado en un círculo que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, sus componentes, sufríamos lo indecible al comprender que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, modificando ligeramente la antigua máxima, podría decirse: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia de sus cimientos! Y cuanto más a menudo he tenido que recordar la bochornosa sensación de vergüenza que me daba entonces, tanto mayor ha sido mi amargura contra los seudosocialdemócratas que "deshonran el nombre de revolucionario" con su propaganda y no comprenden que nuestra misión no consiste en propugnar que se rebaje al revolucionario al nivel del militante primitivo, sino en *eleva*r a este último al nivel del revolucionario.

d) Amplitud de la labor de organización

Como hemos visto, B-v¹⁷ habla de "la escasez de fuerzas revolucionarias aptas para la acción, que se deja sentir no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia". Y es poco probable que alguien ponga en duda este hecho. Pero el quid está en cómo explicarlo. B-v escribe:

"No nos proponemos esclarecer las causas históricas de este fenómeno; sólo diremos que la sociedad, desmoralizada por una larga reacción política y disgregada; por los cambios económicos que se han producido y se producen, promueve *un número extremadamente reducido de personas aptas para la labor revolucionaria*; que la clase obrera, al promover a revolucionarios obreros, completa en parte las filas de las organizaciones clandestinas; pero el número de estos revolucionarios no corresponde a las demandas de la época. Tanto más que la situación del ocupado en la fábrica once horas y media al día, sólo le permite desempeñar principalmente funciones de agitador; en cambio, la propaganda y la organización, la reproducción y distribución de publicaciones clandestinas, la edición de proclamas, etc., recaen ante todo, quiérase o no, sobre un número reducidísimo de intelectuales" (R. Diele, núm. 6, págs. 38-39).

Discrepamos en muchos puntos de esta opinión de B-v. No estamos de acuerdo, en particular, con las palabras subrayadas por nosotros, las cuales muestran con singular relieve que, después de haber sufrido mucho (como todo militante práctico que piense algo) a causa de nuestros métodos primitivos, B-v no puede, agobiado por el "economismo", encontrar una salida de esta situación insoportable. No, la sociedad promueve un número extremadamente *grande* de personas aptas para la "causa", pero no sabemos utilizarlas a todas. En este sentido, el estado crítico, el estado de transición de nuestro movimiento puede formularse del modo siguiente: *nos falta gente, y gente hay muchísima*. Hay infinidad de hombres porque tanto la clase obrera como sectores cada vez más diversos de la sociedad proporcionan año tras año, y en cantidad creciente, descontentos que desean protestar y que están dispuestos a contribuir cuanto puedan a la lucha contra el absolutismo, cuyo carácter insoportable no comprende aún todo el mundo, aunque masas cada día más vastas lo perciben más y más. Pero, al mismo tiempo, no hay hombres, porque no hay dirigentes, no hay jefes políticos, no hay talentos organizadores capaces de realizar una labor

amplia y, a la vez, indivisible y armónica, que permita emplear todas las fuerzas, hasta las más insignificantes. "El crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias" se rezagan no sólo del crecimiento del movimiento obrero, cosa que reconoce incluso B-v, sino también del crecimiento del movimiento democrático general en todos sectores del pueblo. (Por lo demás, es probable que B-v consideraría hoy esto un complemento a su conclusión.) El alcance de la labor revolucionaria es demasiado reducido en comparación con la amplia base espontánea del movimiento, está demasiado ahogado por la mezquina teoría de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Pero hoy deben "ir a todas las clases de la población" no sólo los agitadores políticos, sino también los organizadores socialdemócratas*. No creo que ni un solo militante dedicado a la actividad práctica dude que los socialdemócratas puedan repartir mil funciones fragmentarias de su trabajo de organización entre personas de las clases más diversas. La falta de especialización es uno de los mayores defectos de nuestra técnica que B-v deplora con tanta amargura y tanta razón. Cuanto más menudas sean las distintas "operaciones" de la labor general, tantas más personas capaces de llevarlas a cabo podrán encontrarse (y, en la mayoría de los casos, totalmente incapaces de ser revolucionarios profesionales) y tanto más difícil será que la policía "cace" a todos esos "militantes que desempeñan funciones fragmentarias", tanto más difícil será que pueda montar con el delito insignificante de un individuo un "asunto" que compense los gastos del Estado en el mantenimiento de la policía política. Y en lo que respecta al número de personas dispuestas a prestarnos su concurso, hemos señalado ya en el capítulo precedente el cambio gigantesco que se ha operado en este aspecto durante los cinco años últimos. Pero, por otra parte, para agrupar en un todo único esas pequeñas fracciones, para no fragmen-

* Entre los militares, por ejemplo, se observa en los últimos tiempos una reanimación indudable del espíritu democrático, en parte a causa de los combates de calle, cada vez más frecuentes, contra "enemigos" como los obreros y los estudiantes. Y en cuanto nos lo permitan nuestras fuerzas, deberemos dedicar sin falta la mayor atención a la labor de agitación y propaganda entre los soldados y oficiales, a la creación de "organizaciones militares" afiliadas a nuestro partido.

tar junto con las funciones del movimiento el propio movimiento y para infundir al ejecutor de las funciones menudas la fe en la necesidad y la importancia de su trabajo, sin la cual nunca trabajará*, para todo esto hace falta precisamente una fuerte organización de revolucionarios probados. Con una organización así, la fe en la fuerza del partido se hará tanto más firme y tanto más extensa cuanto más clandestina sea esta organización; y en la guerra, como es sabido, lo más importante es no sólo infundir confianza en sus fuerzas al ejército propio, sino hacer que crean en ello el enemigo y todos los elementos *neutrales*; una neutralidad amistosa puede, a veces, decidir la contienda. Con semejante organización, erigida sobre una firme base teórica, y disponiendo de un órgano de prensa socialdemócrata, no habrá que temer que el movimiento sea desviado de su camino por los numerosos elementos "extraños" que se hayan adherido a él (al contrario, precisamente ahora, cuando predominan los métodos primitivos, vemos que muchos socialdemócratas lo llevan a la trayectoria del *Credo*, imaginándose que sólo ellos son socialdemócratas). En una palabra, la especialización pre-

Recuerdo que un camarada me refirió un día que un inspector de fábrica, que había ayudado a la socialdemocracia y estaba dispuesto a seguir ayudándola, se quejaba amargamente, diciendo que no sabía si sus "informes" llegaban a un verdadero centro revolucionario, no sabía hasta qué punto era necesaria su colaboración ni hasta qué punto era posible utilizar sus menudos servicios. Todo militante dedicado a la labor práctica podría citar, naturalmente, casos semejantes, en que nuestros métodos primitivos de trabajo nos han hecho perder aliados. ¡Y los empleados y los funcionarios podrían prestarnos, y nos prestarían, pequeños servicios que en conjunto serían de un valor inapreciable, no sólo en las fábricas, sino en Correos, en ferrocarriles, en aduanas, entre la nobleza, entre los popes y en *todas* las demás instituciones, incluso de la policía y hasta de la Corte! Si contáramos ya con un verdadero partido, con una organización verdaderamente combativa de revolucionarios, no nos precipitaríamos a utilizar a todos esos "auxiliares", no nos daríamos prisa por llevarlos siempre y necesariamente al corazón mismo de la "acción clandestina"; al contrario, los cuidariamos de un modo peculiar e incluso prepararíamos especialmente personas para esas funciones, recordando que muchos estudiantes podrían sernos mucho más útiles como funcionarios "auxiliares" que como revolucionarios "a breve plazo". Pero, vuelvo a repetirlo, sólo puede aplicar esta táctica una organización ya perfectamente firme, a la que no faltan fuerzas activas.

supone necesariamente la centralización y, a su vez, la exige en forma absoluta.

Pero el mismo B-v, que ha mostrado tan bien toda la necesidad de la especialización, no la aprecia bastante, a nuestro parecer, en la segunda parte del razonamiento citado. Dice que el número de revolucionarios procedentes de los medios obreros es insuficiente. Esta observación es del todo justa, y volvemos a subrayar que la "valiosa noticia de un observador directo" confirma por entero nuestra opinión sobre las causas de la crisis actual de la socialdemocracia y, por tanto, sobre los medios de remediarla. No sólo los revolucionarios en general se rezagan del ascenso espontáneo de las masas, sino que incluso los obreros revolucionarios se retrasan del ascenso espontáneo de las masas obreras. Y este *hecho* confirma del modo más evidente, incluso desde el punto de vista "práctico", que la "pedagogía" con que se nos obsequia tan a menudo, al discutirse el problema de nuestros deberes para con los obreros, es absurda y *reaccionaria en el aspecto político*. Este hecho testimonia que nuestra obligación primordial y más imperiosa consiste en ayudar a formar obreros revolucionarios que, *desde el punto de vista de su actividad en el partido*, estén al mismo nivel que los intelectuales revolucionarios (subrayamos: desde el punto de vista de su actividad en el partido, pues en otros sentidos, aunque sea necesario, está lejos de ser tan fácil y tan urgente que los obreros lleguen al mismo nivel). Por eso debemos orientar nuestra atención *principal a elevar* a los obreros al nivel de los revolucionarios y no a *descender* indefectiblemente nosotros mismos al nivel de la "masa obrera", como quieren los "economistas", e indefectiblemente al nivel del "obrero medio", como quiere *Svoboda* (que, en este sentido, se eleva al segundo grado de la "pedagogía" economista). Nada más lejos de mí que el propósito de negar la necesidad de publicaciones de divulgación para los obreros y de otras publicaciones de más divulgación aún (pero, claro está, no vulgares) para los obreros muy atrasados. Pero lo que me indigna es ese constante meter sin venir a cuento la pedagogía en los problemas políticos, en las cuestiones de organización. Pues ustedes, señores, que se desvelan por el "obrero medio", en el fondo más bien ofenden a los obreros con el deseo de hacerles sin falta una *reverencia* antes de hablar de política obrera o

de organización obrera. ¡Yérganse para hablar de cosas serias y dejen la pedagogía a quienes ejercen el magisterio, pues no es ocupación de políticos ni de organizadores! ¿Es que entre los intelectuales no hay también hombres avanzados, elementos "medios" y "masas"? ¿Es que no reconoce todo el mundo que los intelectuales también necesitan publicaciones de divulgación? ¿No se escribe esa literatura? Pero imagínense que, en un artículo sobre la organización de los estudiantes universitarios o de bachillerato, el autor se pusiera a repetir con machaconería, como quien hace un descubrimiento, que se precisa, ante todo, una organización de "estudiantes medios". Por seguro que semejante autor sería puesto en ridículo, y le estaría muy bien empleado. Le dirían: usted denos unas cuantas ideillas de organización, si las tiene, y ya veremos nosotros mismos quién es "medio", superior o inferior. Y si las que tiene sobre organización no son *propias*, todas sus disquisiciones sobre las "masas" y los "elementos medios" hastiarán simplemente. Comprendan de una vez que los problemas de "política" y "organización" son ya de por sí tan serios que no se puede hablar de ellos sino con toda seriedad: se puede y se debe *preparar* a los obreros (lo mismo que a los estudiantes universitarios y de bachillerato) para *poder abordar* ante ellos esos problemas; pero una vez los han abordado, den verdaderas respuestas, no se vuelvan atrás, hacia los "elementos medios" o hacia las "masas", no salgan del paso con retruécanos o frases*.

Si el obrero revolucionario quiere prepararse por entero para su trabajo, debe convertirse también en un revolucionario profesional. Por esto no tiene razón B-v cuando dice que, por estar el obrero ocupado en la fábrica once horas y media, las demás funciones revolucionarias (salvo la agitación) "recaen ante todo, *quíerose o no*, sobre un número reducidísimo de intelectuales". No sucede esto

* *Svoboda*, núm. 1, artículo *La organización*, pág. 66: "La masa obrera apoyará con todo su peso todas las reivindicaciones que sean formuladas en nombre del Trabajo de Rusia" (¡Trabajo con mayúscula sin falta!). Y el mismo autor exclama: "Yo no les tengo ninguna rabia a los intelectuales, pero..." (éste es el *pero* que Schedrín traducía con las palabras: ¡de puntillas no se es más alto!)... "pero me pongo terriblemente furioso cuando viene una persona a contarme una retahíla de cosas muy bonitas y buenas y me hace que las crea por su (¿de él?) lindeza y demás méritos" (pag. 62). También yo "me pongo terriblemente furioso"...

"quíerese o no", sino debido a nuestro atraso, porque no comprendemos que tenemos el deber de ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad para convertirse en un agitador, organizador, propagandista, distribuidor, etc., etc., *profesional*. En este sentido dilapidamos vergonzosamente nuestras fuerzas, no sabemos cuidar lo que tiene que ser cultivado y desarrollado con particular solitud. Fijense en los alemanes: tienen cien veces más fuerzas que nosotros, pero comprenden perfectamente que los agitadores, etc., capaces de verdad, no descuellan con excesiva frecuencia de entre los obreros "medios". Por eso procuran colocar enseguida a todo obrero capaz en condiciones que le permitan desarrollar plenamente y aplicar plenamente sus aptitudes: hacen de él un agitador profesional, lo animan a ensanchar su campo de acción, a extender ésta de una fábrica a todo un oficio, de una localidad a todo el país. De este modo, el obrero adquiere experiencia y habilidad profesional, amplía su horizonte y su saber, observa de cerca a los jefes políticos destacados de otros lugares y de otros partidos, procura ponerse a la misma altura que ellos y unir en su persona el conocimiento del medio obrero y la lozanía de las convicciones socialistas a la maestría profesional sin la que *no puede* el proletariado desplegar su tenaz lucha contra sus enemigos perfectamente instruidos. Así, sólo así, surgen de la masa obrera los Bebel y los Auer. Pero lo que en un país libre en el aspecto político se hace en gran parte por sí solo, en Rusia deben hacerlo sistemáticamente nuestras organizaciones. Un agitador obrero que tenga algún talento y "prometa" *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que sepa pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ampliará su horizonte, no podrá sostenerse siquiera varios años en la lucha contra los gendarmes. Cuanto más amplio y profundo es el movimiento espontáneo de las masas obreras, tantos más agitadores de talento descuellan, y no sólo agitadores, sino organizadores, propagandistas y militantes "prácticos" de talento, "prácticos" en el buen sentido de la palabra (que son tan escasos entre nuestros intelectuales, en su mayor parte un tanto desidiosos y tardos a la rusa). Cuando tengamos destacamentos de obreros revolucionarios (y bien enten-

dido que de "todas las armas" de la acción revolucionaria) especialmente preparados y con un largo aprendizaje, ninguna policía política del mundo podrá con ellos, porque esos destacamentos de hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución gozarán igualmente de la confianza ilimitada de las más amplias masas obreras. Y somos los *culpables* directos de no "empujar" bastante a los obreros a este camino, que es el mismo para ellos y para los "intelectuales", al camino del aprendizaje revolucionario profesional, tirando demasiado a menudo de ellos hacia atrás con nuestros discursos necios sobre lo que es "accesible" para la masa obrera, para los "obreros medios", etc.

En ese sentido, igual que en los otros, el reducido alcance del trabajo de organización está en relación indudable e íntima (aunque no se dé cuenta de ello la inmensa mayoría de los "economistas" y de los militantes prácticos noveles) con la reducción del alcance de nuestra teoría y de nuestras tareas políticas. El culto a la espontaneidad origina una especie de temor de apartarnos un poquitín de lo que sea "accesible" a las masas, un temor de subir demasiado por encima de la simple satisfacción de sus necesidades directas e inmediatas. ¡No tengan miedo, señores! ¡Recuerden ustedes que en materia de organización estamos a un nivel tan bajo que es absurda hasta la propia idea de que *podamos* subir *demasiado* alto!

Escrito entre el otoño de 1901 y
febrero de 1902.

T. 6, págs. 78-83, 100-
102, 123-134.

Carta a P. G. Smidóvich

2. VIII.02

He recibido su carta, querido Ch., y contesto en dos palabras, por ahora: me siento terriblemente mal, guardo cama.

No he visto *ni una sola* carta acerca del punto planteado por usted. Y creo que ha incurrido en una incompreensión. ¿A quién podría ocurrírsele "reorganizar" los círculos, grupos y organizaciones obreros, en vez de multiplicarlos y reforzarlos? Escribe usted que yo no he indicado cómo puede establecer relación con las masas de obreros una organización rigurosamente clandestina. Dudo que sea así, pues (aunque esto y *vient sans dire*) en la pág. 96 cita usted un pasaje sobre la necesidad "de una gran cantidad (NB!) [*¡una gran cantidad!!*] de otras organizaciones" (es decir, además de la organización central de revolucionarios profesionales¹⁸) "*lo más numerosas* (la cursiva es de Lenin), y sus funciones, lo más variadas posible". Pero usted ha visto injustamente una contraposición *indetectible* allí donde yo no hago más que establecer una gradación y señalo los límites de los eslabones extremos de esa gradación. Porque existe toda una cadena de eslabones, *empezando* por el puñado que forma un núcleo muy clandestino y estrecho de revolucionarios profesionales (centro) y *terminando* en una *masiva* "organización sin miembros". Señalo únicamente la orientación en el carácter mutable de los eslabones: cuanto más "masiva" sea la organización, tanto menos reglamentada y tanto menos clandestina deberá ser. Esa es mi tesis. ¡Y usted quiere comprenderla en el sentido de que no debe haber intermediarios entre la masa y los revolucionarios!! ¡Por favor! ¡Pero si toda la esencia de la cuestión radica cabalmente en esos intermediarios! Y puesto que señalo las propiedades de los eslabones extremos y subrayo (y *lo que hago es precisamente subrayar*) la necesidad de los intermedios,

está claro de por sí que estos eslabones intermedios se encontrarán *en medio* de "la organización de revolucionarios" y "la organización de masas", *en medio* por el tipo de su estructura, es decir, serán menos estrechos y clandestinos que el centro, pero más que una "unión de tejedores", etc. Por ejemplo, en el "círculo fabril" (*por supuesto*, hay que conseguir que en cada fábrica haya un círculo de intermediarios) es obligatorio encontrar "el término medio": por una parte, toda o casi toda la fábrica deberá *conocer* de manera inevitable a un determinado hombre de vanguardia y tener confianza en él, obedecerlo. Por otra parte, el "círculo" deberá organizar las cosas de tal modo que *no se pueda* conocer a *todos* sus miembros, que el que tenga mayor relación con la masa *no pueda* ser pillado en flagrante delito, no pueda ser acusado en absoluto. ¿Acaso no dimana todo eso de lo que dice Lenin?

El ideal del "círculo fabril" está completamente claro: cuatro o cinco (lo digo como ejemplo) obreros revolucionarios. La masa no deberá conocerlos *a todos*. A uno, probablemente, deberá conocerlo y habrá que protegerlo para que no sea descubierto; que digan de él: es de los nuestros, es inteligente, *aunque no participa en la revolución* (en apariencia). Uno mantiene contacto con el centro. Ambos tienen un suplente. Ponen en marcha *unos cuantos* círculos (profesionales, educativos, de repartidores, de contraespionaje, armados, etc., etc.); y, como es lógico, la clandestinidad de un círculo dedicado, por ejemplo, a cazar espías o a conseguir armas, será completamente diferente a la de un círculo de lectura de *Iskra*¹⁹ o de un círculo de lectura de publicaciones legales, y etc., etc. La clandestinidad será inversamente proporcional al número de miembros del círculo y directamente proporcional al alejamiento de los objetivos del círculo de *la lucha directa*.

No sé si merece la pena escribir especialmente de esto: si usted cree que sí, devuélvame esta carta y reflexionaré sobre ella, junto con la suya, como material. Tengo la esperanza de entrevistarme y conversar detalladamente aquí con el camarada de Petersburgo.

Un fuerte apretón de manos.

Suyo, Lenin

Remitida desde Londres a Marsella.

T. 46, págs. 210-211.

Fragmento del folleto

Carta a un camarada acerca de nuestras tareas de organización

Más adelante, en el segundo punto, dice usted que el comité debe “dirigir la organización local” (quizá fuera mejor decir “toda la labor local y todas las organizaciones locales del partido”, pero no me detendré en detalles de fórmula) y tiene que estar compuesto tanto de obreros como de intelectuales, pues dividirlos en dos comités sería perjudicial. Esto es total y absolutamente justo. El Comité del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia debe ser uno solo, y en él ha de haber socialdemócratas plenamente conscientes, que se hayan consagrado por entero a la actividad socialdemócrata. Hay que procurar, sobre todo, que el mayor número posible de obreros se conviertan en revolucionarios completamente conscientes y profesionales y formen parte del comité*. La cuestión de que los miembros del comité conozcan *personalmente* a muchos obreros adquiere una importancia particular, a condición de que exista un *solo* comité, y no un comité doble. Para dirigir cuanto ocurre en los medios obreros hay que tener la posibilidad de penetrar en todas partes, hay que conocer a muchos, “tener todos los hilos en la mano”, etc., etc. Por eso, deben pertenecer al comité, en la medida de lo posible, todos *los cabecillas* principales del movimiento obrero surgidos de entre los propios obreros; el comité tiene que dirigir *todos* los aspectos del movimiento local y *todas* las instituciones, fuerzas y recursos locales del partido. Usted no

* Es preciso esforzarse por incorporar al comité a los obreros revolucionarios que tengan mayores relaciones y el mejor “nombre” entre la masa obrera.

habla de cómo debe formarse el comité; es probable que coincidamos en que, en esta cuestión, no son necesarias reglas especiales; la cuestión de cómo formar el comité incumbe, sin duda, a los socialdemócratas de cada localidad. Lo único que podría señalarse, quizá, es que el comité se completa por acuerdo de la mayoría (o de dos tercios, etc.) de sus miembros, que debe preocuparse de enviar sus enlaces a un lugar seguro (en el aspecto revolucionario) y protegido (en el sentido político), así como de prepararse suplentes con antelación. Cuando tengamos un Organismo Central y un Comité Central, los nuevos comités habrán de formarse únicamente con su participación y su conformidad. El número de miembros del comité deberá ser, en lo posible, no muy grande (para que sea más alto el nivel de estos miembros y más completa su especialización en la profesión revolucionaria); pero, al mismo tiempo, suficiente para dirigir *todos* los aspectos de la labor y asegurar la plena asistencia a las reuniones, la eficacia de las deliberaciones y la firmeza de los acuerdos. Si el número de miembros resultara demasiado grande y fuera peligroso para ellos reunirse con frecuencia, habría, tal vez, que designar dentro del comité otro grupo *dirigente* especial, muy pequeño (por ejemplo, cinco personas, o quizá menos), en el que debería incluirse obligatoriamente al secretario y a las personas más capaces de ser dirigentes prácticos de toda la labor en su conjunto. Tendría *singular importancia* para este grupo asegurarse suplentes, a fin de que el trabajo no se interrumpiera en caso de detenciones. Las reuniones generales del comité discutirían y aprobarían las acciones del grupo dirigente, determinarían su composición, etc.

Prosigamos. *Después* del comité, propone usted, como subordinados a él, los siguientes organismos: 1) discusión (conferencia de "los mejores" revolucionarios); 2) círculos distritales, con 3) un círculo de propagandistas adjunto a cada uno de ellos; 4) círculos fabriles, y 5) "asambleas representativas" de delegados de los círculos fabriles del distrito correspondiente. Estoy completamente de acuerdo con usted en que *todos* los organismos posteriores (que han de ser muchísimos y muy diversos, además de los que usted cita) deben estar subordinados al comité y en que son necesarios grupos distritales (para las ciudades muy grandes) y fabriles (siempre y en todas partes). Pero, al pare-

cer, en algunos detalles no estoy de acuerdo con usted. Por ejemplo, en lo que se refiere a la "discusión", creo que ese organismo *no es necesario en absoluto*. "Los mejores revolucionarios" deben estar todos en el comité o en funciones especiales (impresión, transporte, agitación ambulante, organización, pongamos por caso, de una oficina de paquetes, o de un destacamento de lucha contra los espías provocadores, o de grupos en el ejército, etc.).

Las "conferencias" se celebrarán tanto en el comité como en *cada* distrito y en cada círculo fabril, propagandístico, profesional (tejedores, mecánicos, curtidores, etc.), estudiantil, literario, etc. ¿Qué falta hace un organismo especial para las conferencias?

Prosigamos. Usted pide con toda razón que se conceda "a cuantos lo deseen" la posibilidad de mantener correspondencia directamente con *Iskra*. Pero "directamente" no debe ser entendido en el sentido de permitir llegar hasta la Redacción y dar su dirección "a cuantos lo deseen", sino en el sentido de transmitir (o enviar) a la Redacción las cartas de *cuantos lo deseen*. Es necesario, sí, dar las direcciones *con bastante amplitud*; sin embargo, no a cuantos lo deseen, sino sólo a los revolucionarios seguros y destacados por su habilidad clandestina: quizá no una por distrito, como usted quiere, sino varias; es necesario también que todos los participantes en el trabajo, todos y cada uno de los círculos *tengan el derecho* de poner en conocimiento, *tanto del comité como del OC** y del CC, sus acuerdos, deseos y peticiones. Si aseguramos eso, *la plena asistencia a las reuniones de todos los trabajadores del partido* será lograda sin tener que crear organismos tan voluminosos y nada clandestinos como "las discusiones". Está claro que debe procurarse asimismo organizar *conferencias personales* del mayor número posible de dirigentes de todo tipo, mas el quid de la cuestión está precisamente en observar las reglas de la clandestinidad. Las asambleas generales y las reuniones son posibles en Rusia sólo de tarde en tarde como excepción, y hay que ser extremadamente rigurosos en lo que respecta a la admisión en esas reuniones de "los mejores revolucionarios", pues, de ordinario, a un provocador le

* Organó Central. (N. del Trad.)

es más fácil infiltrarse en las reuniones generales, y a un espía, observar a uno de los participantes. Yo creo que sería mejor, quizá, proceder así: cuando se puedan organizar grandes (de 30 a 100 personas, pongamos por caso) asambleas generales (por ejemplo, en verano en un bosque o en un domicilio clandestino preparado especialmente), el comité podrá enviar a ellas a uno o dos de "los mejores revolucionarios" y preocuparse de la buena composición de las mismas, es decir, por ejemplo, de invitar a ellas al mayor número posible de miembros seguros de los círculos fabriles, etc. Pero no hay que reglamentar estas reuniones, no hay que incluirlas en los Estatutos, no hay que hacerlas regulares, no hay que dar lugar a que todos los miembros de la asamblea conozcan a cuantos asisten a ella, es decir, a todos los "representantes" de los círculos, etc. Por eso estoy en contra no sólo de "las discusiones", sino también de las "asambleas representativas". Yo propondría que, en lugar de estos organismos, se estableciera aproximadamente la siguiente regla. El comité se preocupa de organizar grandes reuniones con el mayor número posible de personas que participen prácticamente en el movimiento y de todos los obreros en general. El día, el lugar y el objeto de la reunión y sus componentes los determina el comité, que es responsable de la organización clandestina de dichas reuniones. Se comprende de por sí que esto no limita lo más mínimo la organización por los propios obreros de reuniones menos reglamentadas durante los paseos, en el bosque, etc. Posiblemente sería mejor no hablar de ello en los Estatutos.

Prosigamos. En lo que respecta a los grupos distritales, estoy completamente de acuerdo con usted en que una de sus tareas más importantes es organizar con acierto la *distribución* de publicaciones. Creo que los grupos distritales deben ser, principalmente, *intermediarios* entre los comités y las fábricas, intermediarios e incluso primordialmente *transmisores*. Su tarea principal debe consistir en organizar clandestinamente la buena distribución de las publicaciones recibidas del comité. Y esta tarea es importante en grado sumo, porque si se aseguran relaciones regulares del grupo distrital especial de distribuidores *con todas las fábricas* y con el mayor número posible de *viviendas obreras* del distrito, eso tendrá tam-

bién magna importancia para las manifestaciones y para la insurrección. Poner a punto y organizar la transmisión rápida y acertada de las publicaciones, hojas, proclamas, etc., enseñar esta labor a toda una red de agentes, significa recorrer *más de la mitad* del camino en la preparación en lo futuro de manifestaciones o de la insurrección. En los momentos de agitación, de una huelga y de efervescencia es ya tarde para organizar la distribución de publicaciones; eso se puede aprender sólo poco a poco, haciéndolo *obligatoriamente* dos o tres veces al mes. Si no hay periódicos, se podrá y deberá hacer con hojas, pero no permitir en modo alguno que la red distribuidora permanezca inactiva. Debe procurarse que esta red alcance un grado tal de perfección que en una sola noche se pueda informar y, por así decirlo, movilizar a toda la población obrera de San Petersburgo. Y no será, ni mucho menos, una tarea utópica, si el centro hace llegar sistemáticamente hojas a los círculos intermediarios, más estrechos, y, de ellos, a los distribuidores. A mi juicio, la dirección del grupo distrital no se debería extender a otras funciones, aparte de las de simple intermediario y transmisor. O, más exactamente, deberían extenderse con extraordinaria precaución, pues eso sólo puede perjudicar la clandestinidad y la integridad del trabajo. Como es natural, en los círculos distritales se celebrarán también reuniones acerca de todas las cuestiones del partido, pero todos los problemas generales del movimiento local debe *resolverlos* únicamente el comité. Podría admitirse la autonomía de los grupos distritales sólo en los asuntos relacionados con la técnica de transmisión y distribución. La composición del grupo distrital debe decidirla el comité, o sea, el comité *designa* a uno o dos de sus miembros (e incluso no miembros) como delegados a un distrito determinado y encarga a estos delegados de *formar el grupo distrital*, cuyos componentes son confirmados en sus cargos, digámoslo así, también por el comité. El grupo distrital es una sucursal del comité y sólo de él recibe sus poderes.

Paso al problema de los círculos de propagandistas. Es dudoso que sea posible organizarlos por separado en cada distrito, dada la escasez de fuerzas propagandísticas, y es dudoso también que sea conveniente. La propaganda debe hacerse en un mismo espíritu por todo el co-

mité y estar rigurosamente centralizada. Por eso me imagino las cosas del siguiente modo: el comité encarga a varios de sus miembros que organicen un grupo de propagandistas (que será una sucursal del comité o *uno de los organismos del comité*). Este grupo, que utilizará en el aspecto clandestino *los servicios* de los grupos distritales, deberá hacer propaganda *en toda la ciudad*, en toda la localidad "subordinada" al comité. Si es necesario, este grupo podrá formar también subgrupos, delegar, por así decirlo, tal o cual parte de sus funciones; pero todo eso sólo puede hacerse a condición de que sea ratificado por el comité. El comité debe tener siempre e indefectiblemente el derecho de enviar un delegado suyo a cada grupo, subgrupo o círculo que tenga el menor contacto con el movimiento.

De conformidad con este mismo tipo de misiones, con este mismo tipo de sucursales del comité o de sus organismos, deben ser organizados todos los grupos diversos que sirven al movimiento: los grupos juveniles de estudiantes y liceístas, y los grupos, pongamos por caso, de funcionarios públicos simpatizantes, y los grupos de transporte, de imprentas, de pasaportes, de organización de domicilios clandestinos, y los grupos de vigilancia de los espías, los grupos militares, los grupos de suministro de armas, los grupos organizadores, por ejemplo, de "empresas financieras rentables", etc. Todo el arte de la organización clandestina debe consistir en utilizar *todo y a todos*, en "dar trabajo a todos y cada uno", manteniendo al mismo tiempo *la dirección* de todo el movimiento, manteniéndola, por supuesto, no con la fuerza del poder, sino con la fuerza del prestigio, con la fuerza de la energía, de la mayor experiencia, de la mayor diversidad y del mayor talento. Esta observación se refiere a la objeción posible, y corriente, de que la centralización rigurosa puede estropearlo todo con excesiva facilidad si en el centro figura por casualidad una persona incapaz dotada de un poder inmenso. Eso es posible, naturalmente; pero el remedio contra eso no pueden ser la elegibilidad y la descentralización, absolutamente inadmisibles a gran escala e incluso verdaderamente perjudicial en la labor revolucionaria bajo la autocracia. Los remedios contra eso no los proporcionan ningunos Estatutos: sólo pueden proporcionarlos las medidas de "influjo camaraderil", desde

las resoluciones de todos y cada uno de los subgrupos y sus apelaciones al OC y al CC hasta (en el peor de los casos) *el derrocamiento* del poder absolutamente incapaz. El comité debe esforzarse por dividir al máximo el trabajo, teniendo presente que para los diferentes aspectos de la labor revolucionaria son necesarias facultades distintas, que un hombre completamente inadecuado como organizador puede ser un agitador insustituible, o que un hombre incapaz de resistir la más rigurosa clandestinidad será un excelente propagandista, etc.

A propósito, hablando de los propagandistas, quisiera decir unas cuantas palabras más contra *la tendencia a rellenar* esta profesión con personas poco capaces, a causa de lo cual se rebaja el nivel de la propaganda. A veces, entre nosotros se considera indiscriminadamente propagandista a cualquier estudiante; toda *la juventud* reclama que "se le dé un círculo", etc. Habría que combatir eso, pues causa en ciertas ocasiones mucho daño. Son *muy pocos* los propagandistas con verdadera firmeza de principios y capaces (y para serlo hay que estudiar bastante y adquirir experiencia), y es preciso especializar a esos hombres, aprovecharlos por completo y cuidarlos al máximo. Hay que organizar varias conferencias a la semana para esos hombres y saber llamarlos a tiempo a otras ciudades, organizar en general viajes de hábiles propagandistas a distintas ciudades. En cuanto a la masa de jóvenes principiantes, debe ser empleada más en tareas prácticas, que entre nosotros se ven a veces relegadas en comparación con el ir y venir estudiantil por los círculos, denominado de una manera optimista "propaganda". Está claro que para tareas prácticas serias se necesita asimismo una preparación sólida, pero, pese a todo, en este terreno es más fácil encontrar trabajo también para los "neófitos".

Hablemos ahora de los círculos fabriles. Tienen para nosotros una importancia especial, ya que toda la fuerza principal del movimiento radica en el grado de organización de los obreros en las *grandes* fábricas, pues en las grandes fábricas (y empresas) se encuentra la parte de la clase obrera no sólo predominante por su número, sino, además, más predominante aún por su influencia, desarrollo y capacidad de lucha. Cada fábrica debe ser una fortaleza nuestra. Y para ello, la organización obrera

“fabril” tiene que ser tan clandestina dentro de sí misma y tan “ramificada” fuera, es decir, en sus relaciones externas, y tiene que introducir sus tentáculos, e introducirlos en los ámbitos más diversos, tan lejos como cualquier otra organización revolucionaria. Recalco que el núcleo y el dirigente, “el amo”, debe ser también obligatoriamente el grupo de obreros revolucionarios. Debemos romper por completo con la tradición de las organizaciones socialdemócratas de tipo puramente obrero o profesional, *incluidos* los círculos “fabriles”. El grupo fabril o el comité de fábrica o empresa (para distinguirlo de los demás grupos, que deberán ser muchísimos) ha de estar compuesto de un número muy pequeño de *revolucionarios*, que reciben *directamente del comité* las misiones a cumplir y los poderes necesarios para efectuar toda la labor socialdemócrata en la fábrica. Todos los miembros del comité fabril deben considerarse agentes del comité, obligados a someterse a todas sus órdenes, obligados a observar todas “las leyes y costumbres” del “ejército de operaciones” en que se han enrolado y que no tienen derecho a abandonar en tiempos de guerra sin la autorización del mando. Por eso, la composición del comité fabril tiene una importancia muy grande, y una de las preocupaciones principales del comité debe consistir en organizar acertadamente estos subcomités. Yo concibo esta labor del siguiente modo: el comité encarga a algunos de sus miembros (más, supongamos, a ciertos obreros que no forman parte del comité por unas u otras razones, pero que pueden ser útiles por su experiencia, su conocimiento de la gente, su inteligencia y sus relaciones) que organicen en todas partes subcomités fabriles. La comisión se reúne con los delegados distritales, señala una serie de entrevistas, prueba bien a los candidatos a miembro de los subcomités fabriles, los somete a un careo “con parcialidad”, los somete, si así se requiere, a una tentación; al mismo tiempo, procura observar y probar ella misma directamente *el mayor número posible* de candidatos al subcomité fabril de la fábrica de que se trate y, por último, propone al comité que apruebe una lista concreta de componentes de cada círculo fabril o faculte a un obrero determinado para formar, proponer y seleccionar todo el subcomité. De esta manera, el propio comité determinará quién de estos agentes debe tener relaciones con él y

cómo tenerlas (como regla general, por conducto de los delegados distritales, pero puede haber adiciones y modificaciones a esta regla). En vista de la importancia de estos subcomités fabriles, debemos tender, en la medida de lo posible, a que *cada* uno de ellos tenga también una dirección para dirigirse al OC y *un depósito* de sus enlaces en un lugar protegido (o sea, que le permita hacer llegar al centro del partido con la mayor regularidad y abundancia posibles los datos necesarios para reconstituir inmediatamente el comité en caso de detenciones, a fin de guardarlos donde no puedan penetrar los gendarmes rusos). Se comprende de por sí que esta entrega de direcciones debe decidirla el comité tomando como base sus consideraciones y datos, y no basándose en el inexistente derecho de distribución "democrática" de dichas direcciones. Por último, quizá no esté de más hacer la salvedad de que, en algunas ocasiones, en lugar del subcomité fabril compuesto de varios miembros será necesario o *será más conveniente* limitarse a nombrar un agente del comité (y un suplente). Una vez formado, el subcomité fabril debe emprender la creación de toda una serie de grupos y círculos fabriles con tareas diferentes y con distinto grado de clandestinidad y reglamentación; por ejemplo, círculos de reparto y distribución de publicaciones (una de las funciones más importantes, que debe ser organizada de tal modo que tengamos nuestro verdadero correo, que sean probados y comprobados no sólo los métodos de distribución, sino también el reparto a domicilio, que se conozcan sin falta todos los domicilios y la manera de llegar a ellos), círculos de lectura de publicaciones ilegales, círculos de vigilancia de los espías*, círculos de dirección especial del movimiento sindical y de la lucha económica, círculos de agitadores y propagandistas que sepan entablar conversación y sostenerla largo tiempo de *una manera completamente legal* (acerca de las máquinas, la inspección, etc.) para hablar sin peligro y públicamente, para sondear

* Debemos inculcar en los obreros que el asesinato de espías, provocadores y traidores puede ser a veces, naturalmente, una necesidad absoluta, pero que sería indeseable y erróneo en extremo convertirlo en sistema; que debemos esforzarnos por crear una organización capaz de *reducir a la impotencia* a los espías mediante su descubrimiento y persecución. Es imposible exterminar a todos los espías, pero *se puede y se debe* crear una organización que los vigile y que *edifique* a la masa obrera.

a la gente y tantear el terreno, etc.* El subcomité fabril debe procurar abarcar toda la fábrica, la mayor parte posible de los obreros, con una red de círculos (o agentes) de todo tipo. El éxito de la labor del subcomité deberá medirse por la abundancia de estos círculos, por la posibilidad de que penetre en ellos el propagandista llegado de otro sitio y, lo que es principal, por el acierto de la labor sistemática de *distribución de publicaciones* y obtención de datos y corresponsalias.

Así pues, el tipo general de organización deberá ser, a mi juicio, el siguiente: todo el movimiento local y toda la actividad socialdemócrata local serán encabezados por el comité. Del comité partirán los organismos y sucursales subordinados a él, que tendrán la forma, primero, de *una red de agentes ejecutivos*, que abarcará (si es posible) a toda la masa obrera y estará organizada como grupos distritales y subcomités fabriles (de empresa). En tiempos de paz, esta red se dedicará a distribuir publicaciones, hojas, proclamas e informaciones clandestinas del comité; en tiempos de guerra, organizará manifestaciones y de más acciones colectivas. En segundo lugar, partirá también del comité una serie de círculos y grupos de todo género que sirven al movimiento en su conjunto (propaganda, transporte, medidas clandestinas de diverso tipo, etc.). Todos los grupos, círculos, subcomités, etc., deberán ser considerados organismos del comité o sucursales suyas. Unos declararán abiertamente su deseo de ingresar en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y pasarán a formar parte de él, si así lo aprueba el comité, asumirán (por encargo del comité o de acuerdo con él) funciones determinadas, contraerán la obligación de someterse a las órdenes de los organismos del partido, se les concederán los derechos que tienen todos los miembros del partido, serán considerados suplentes inmediatos de los miembros del comité, etc. Otros no ingresarán en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y serán considerados círculos organizados por miembros del partido o adheridos a uno u otro grupo del partido, etc.

Por supuesto, los miembros de *todos* estos círculos

* Hacen falta también círculos de combate, que utilicen a obreros que hayan hecho el servicio militar o sean singularmente fuertes y hábiles, para los casos de manifestaciones, liberación de presos, etc.

gozarán de la misma igualdad de derechos en sus asuntos *internos* que los miembros del comité entre sí. La única excepción consistirá en que el derecho de mantener relaciones *personales* con el comité local (así como con el CC y el OC) lo tendrá únicamente la persona (o las personas) designada por este comité. En todos los demás aspectos, dicha persona será igual en derechos que los restantes, los cuales tienen el mismo derecho de dirigir (sólo que no personalmente) declaraciones y solicitudes al comité local, al CC y al OC. De este modo, la excepción señalada no constituirá absolutamente, en esencia, una infracción de la igualdad de derechos, sino sólo una concesión necesaria a las exigencias indefectibles de la clandestinidad. El miembro del comité que no transfiera la solicitud de "su" grupo al comité, al CC o al OC será responsable de flagrante incumplimiento de su deber de partido. En lo que atañe a la clandestinidad y la reglamentación de los círculos de todo tipo, ello dependerá del carácter de sus funciones: de acuerdo con ello, en este terreno existirán las organizaciones más diversas (desde la más "rigurosa", estrecha y cerrada hasta la más "libre", amplia, abierta y poco reglamentada). Por ejemplo, para un grupo de repartidores son necesarias la mayor clandestinidad y disciplina militar. Para un grupo de propagandistas, la clandestinidad también es imprescindible, pero la disciplina militar es mucho menos necesaria. Un grupo de obreros que lean publicaciones legales u organicen charlas acerca de las necesidades y demandas profesionales precisarán menos aún de la clandestinidad, etc. Los grupos de repartidores deberán pertenecer al POSDR y conocer a cierto número de sus miembros y funcionarios. Un grupo que estudie las condiciones profesionales de trabajo y prepare variantes de reivindicaciones profesionales no deberá pertenecer obligatoriamente al POSDR. Un grupo de estudiantes, oficiales o empleados que se ocupen en su propia instrucción *con la participación* de uno o dos miembros del partido deberá, a veces, incluso no saber que pertenece al partido, etc. Pero en un aspecto tenemos que exigir obligatoriamente la máxima reglamentación de la labor en todos estos grupos filiales, a saber: cada miembro del partido que participa en ellos tiene el deber de responder formalmente por el estado de cosas en dicho grupo; tiene el deber también de adop-

tar *todas* las medidas necesarias para que ante el CC y el OC *estén claros al máximo* tanto la composición de cada grupo como todo *el mecanismo* de su labor y todo el contenido de esta labor. Esto es imprescindible para que el centro tenga un cuadro *completo* de todo el movimiento; y para que del más vasto grupo de personas se pueda elegir a quienes deban desempeñar distintos cargos del partido; y para que puedan aprender de un grupo (por mediación del centro) todos los grupos del mismo carácter existentes en toda Rusia; y para evitar la aparición de provocadores y personas sospechosas; en una palabra, esto es obligatorio e imperiosamente necesario en todos los casos.

¿Cómo hacerlo? Hay que informar regularmente al comité, comunicar al OC la mayor parte que se pueda del contenido del mayor número posible de estos informes, organizar visitas de miembros del CC y del comité local a todos los círculos y, por último, transmitir *obligatoriamente* a un lugar seguro (y al Buró del partido adjunto al OC y al CC) los enlaces con este círculo, es decir, los nombres y las direcciones de unos cuantos miembros del círculo. Sólo cuando se comunican los informes y se transmiten los enlaces, se puede considerar que el miembro del partido que participa en este o aquel círculo ha cumplido con su deber; sólo entonces, todo el partido en su conjunto estará en condiciones de *aprender* de cada círculo que realice una labor práctica; sólo entonces no temeremos las detenciones, pues si existen enlaces con los diversos círculos, al delegado de nuestro CC le será siempre fácil encontrar *inmediatamente* sustitutos y reanudar la labor. El fracaso de un comité no destruirá entonces toda la máquina, sino que inutilizará a unos dirigentes que tienen preparados sus suplentes. Y que no se diga que la comunicación de informes y enlaces es imposible debido a las condiciones de clandestinidad: basta con querer, y la posibilidad de transmitir (o enviar) comunicaciones y enlaces existe siempre y *existirá siempre* mientras tengamos comités, mientras tengamos CC y OC.

Escrito entre el 1 y el 11 (14 y 24)
de septiembre de 1902.

Enviado de Londres a Petersburgo.
Publicado en hectógrafo en 1902.

T. 7, págs. 9-21.

II Congreso del POSDR

Fragmento de los discursos y palabras pronunciadas durante la discusión de los Estatutos del partido

Pasando al fondo del asunto, diré que el camarada Trotski no ha comprendido en absoluto el pensamiento fundamental del camarada Plejánov, debido a lo cual ha eludido en sus razonamientos toda la esencia del problema. Ha hablado de intelectuales y de obreros, del punto de vista clasista y del movimiento de masas, pero no ha advertido una cuestión fundamental: ¿restringe o amplía mi fórmula el concepto de miembro del partido? Si se hubiera hecho esta pregunta, habría visto sin ninguna dificultad que mi fórmula restringe este concepto, mientras que la de Mártov lo amplía²⁰, distinguiéndose (según la justa expresión del propio Mártov) por su "elasticidad". Y cabalmente la "elasticidad", en un período de la vida del partido como el que estamos viviendo, abre sin duda las puertas a todos los elementos de dispersión, vacilación y oportunismo. Para poder refutar esta conclusión, sencilla y evidente, hay que demostrar que esos elementos no existen, pero al camarada Trotski ni siquiera se le ha ocurrido hacerlo. Pero es que, además, es imposible demostrarlo, pues todo el mundo sabe que esos elementos no son pocos y que existen también en la clase obrera. Velar por la firmeza de la línea y la pureza de los principios del partido pasa a ser, precisamente ahora, necesidad tanto más imperiosa por cuanto éste, restablecido en su unidad, admitirá en sus filas a muchísimos elementos inestables, cuyo número aumentará a medida que crezca el propio partido. El camarada Trotski ha comprendido muy equivocadamente la idea fundamental

de mi libro *¿Qué hacer?*, pues dice que el partido no es una organización conspirativa (esta objeción me ha sido hecha también por otros muchos). Ha olvidado que en mi libro presupongo toda una serie de organizaciones de tipos diversos, desde las más conspirativas y estrechas hasta las relativamente amplias y "libres" (*lose*). Ha olvidado que el partido debe ser únicamente el destacamento de vanguardia, el dirigente de la inmensa masa de la clase obrera, la cual actúa en su totalidad (o casi en su totalidad) "bajo el control y la dirección" de las organizaciones del partido, pero que en su totalidad no pertenece ni debe pertenecer al partido. Fijaos, en efecto, en las conclusiones a que llega el camarada Trotski como consecuencia de su error principal. Nos ha dicho aquí que si fueran detenidos grupos y más grupos de obreros y todos ellos declarasen que no pertenecían a nuestro partido, ¿éste sería algo extraño! ¿No será al revés? ¿No será lo extraño el razonamiento del camarada Trotski? Considera lamentable un hecho que sólo podría alegrar a todo revolucionario con alguna experiencia. Si cientos y miles de obreros detenidos por participar en las huelgas y manifestaciones resultaran no ser miembros de las organizaciones del partido, ello no haría más que demostrar que nuestras organizaciones son buenas, que cumplimos nuestra tarea: mantener en la clandestinidad a un grupo más o menos reducido de dirigentes e incorporar al movimiento a una masa lo más amplia posible.

La raíz del error de quienes apoyan la fórmula de Mártov está en que no sólo dan de lado uno de los males principales de nuestra vida de partido, sino que incluso lo bendicen. Este mal consiste en que en un ambiente de descontento político casi general, en unas condiciones de secreto absoluto de la labor, en unas condiciones que obligan a concentrar la mayor parte de la actividad en estrechos círculos secretos e incluso en entrevistas personales, nos es difícil en grado máximo, casi imposible, deslindar a los charlatanes de los que trabajan. Y es poco probable que se encuentre otro país en el que la confusión de estas dos categorías sea tan habitual y cause tan extraordinario embrollo y daño como en Rusia. No solo entre los intelectuales, sino incluso entre la clase obrera padecemos gravemente de este mal, y la fórmula del

camafada Mártov lo legaliza. Esta fórmula tiende ineluctablemente a hacer miembros del partido *a todos y cada uno*; el propio camarada Mártov ha tenido que reconocerlo, aunque con una salvedad: "Sí, si así lo queréis", ha dicho. ¡Precisamente esto es lo que no queremos! Y precisamente por eso nos alzamos con tanta energía contra la fórmula de Mártov. Vale más que diez hombres que trabajan no se denominen miembros del partido (¡quienes trabajan de verdad no corren tras los títulos!) que un charlatán tenga el derecho y la posibilidad de ser miembro del partido. He ahí un principio que me parece irrefutable y que me obliga a luchar contra Mártov. Se me ha objetado que no concedemos ningún derecho a los miembros del partido, por lo cual no puede haber abusos. Semejante objeción carece de toda base: si en nuestro proyecto no se señala concretamente qué derechos especiales recibe el miembro del partido, observad que en él tampoco hay indicación alguna sobre la limitación de los derechos de los miembros del partido. Esto en primer lugar. Y en segundo lugar —y eso es lo principal—, no debe olvidarse, independientemente incluso de los derechos, que cada miembro del partido responde por el partido y que *el partido responde por cada miembro*. Pero dadas las condiciones en que desplegamos nuestra actividad política, dado el estado embrionario de la verdadera organización política, sería evidentemente peligroso y perjudicial conceder el derecho de militancia a quienes no sean miembros de la organización y hacer recaer sobre el partido la responsabilidad por esas personas que no forman parte de la organización (y no forman parte, quizá, adrede). El camarada Mártov se ha horrorizado porque una persona que no pertenece a una organización del partido no tenga el derecho, a pesar de su enérgica labor, de proclamar ante los tribunales que es miembro del partido. A mí eso no me asusta. Al contrario: lo que sí causaría un grave daño es que ante los tribunales se manifestase en un sentido indeseable una persona que se declara miembro del partido sin pertenecer a ninguna de sus organizaciones. Sería imposible desmentir que semejante persona hubiera actuado bajo el control y la dirección de la organización, sería imposible precisamente por la vaguedad del término. De hecho —y no puede haber la menor duda de ello—, las palabras "bajo el control y

la dirección" conducirán a que *no existan ni control ni dirección*. El CC jamás podrá hacer extensivo un verdadero control a todos los que actúan pero no pertenecen a la organización. Nuestra tarea es poner en manos del CC un control *efectivo*. Nuestra tarea consiste en proteger la firmeza, la resistencia y la pureza de nuestro partido. Debemos esforzarnos por elevar más, más y más el título y la significación de miembro del partido. Y por eso estoy en contra de la fórmula de Mártov.

Pronunciado el 2 (15) de agosto de 1903.

T. 7, págs. 288-291.

Carta a la Redacción de "Iskra"

El artículo *Qué no hacer*²¹ plantea problemas de nuestra vida de partido tan importantes y esenciales, precisamente en la actualidad, que es difícil resistir el deseo de responder sin demora a la amable invitación de la Redacción de abrir hospitalariamente las páginas de su órgano; es difícil, sobre todo, a un colaborador permanente de *Iskra*, es singularmente difícil en un momento en el que retrasarse una semana en hacer oír la propia voz significaría, quizá, renunciar por completo a hacerla oír.

Y yo quisiera hacer oír mi voz consultiva para evitar algunas incomprensiones, posibles y poco menos que inevitables.

Diré, ante todo, que el autor del artículo tiene mil veces razón, a mi juicio, cuando insiste en la necesidad de proteger la unidad del partido y eludir nuevas divisiones, especialmente por divergencias que no pueden ser calificadas de considerables. El llamamiento a la paz, la suavidad y la condescendencia hecho por un dirigente es, en general, sumamente laudable y, en particular, en un momento como éste. Anatematizar o expulsar del partido no sólo a los ex economistas, sino también a los grupitos de socialdemócratas que padecen de "cierta inconsecuencia" sería, sin duda, insensato; insensato hasta tal punto que comprendemos perfectamente el tono irritado del autor del artículo con respecto a quienes él se imagina Sobakévich²² rectilíneos, tozudos y estúpidos,

capaces de propugnar la expulsión. Es más: a nuestro juicio, cuando tengamos un programa de partido y una organización de partido, deberemos no sólo abrir hospitalariamente las páginas del órgano del partido para sostener intercambios de opiniones, sino brindar la posibilidad de exponer sistemáticamente sus discrepancias, aunque sean insignificantes, a los grupos o, según la expresión del autor, grupitos que debido a su inconsecuencia defienden algunos dogmas del revisionismo y que insisten, por unas u otras causas, en su especificidad e individualidad de grupo. Precisamente para no ser demasiado rectilíneos y bruscos, a lo Sobakévich, con el "individualismo anarquista", es necesario, a nuestro juicio, hacer todo lo posible —llegando incluso a ciertos apartamientos de los bellos esquemas del centralismo y del sometimiento incondicional a la disciplina— a fin de conceder a esos grupitos la libertad de manifestarse y dar a todo el partido la posibilidad de sopesar la profundidad o insignificancia de las discrepancias, de determinar dónde, en qué y en quién precisamente se observa *inconsecuencia*.

Es hora ya, en efecto, de arrojar resueltamente por la borda las tradiciones del sectario espíritu de círculo y lanzar —en un partido que se apoye en *las masas*— una consigna categórica: *más luz*, que el partido lo conozca *todo*, que se le entregue *todo*, *absolutamente todo el material* para valorar todas y cada una de las discrepancias, todos y cada uno de los retornos al revisionismo, de las infracciones de la disciplina, etc. Mayor confianza en el juicio independiente de toda la masa de cuadros del partido: ellos, y sólo ellos, sabrán moderar el excesivo acaloramiento de los grupitos inclinados a la escisión; sabrán inculcarles con un influjo lento e imperceptible, pero perseverante, "buena voluntad" hacia la observancia de la disciplina del partido; sabrán enfriar el ardor del individualismo anarquista; sabrán documentar, mostrar y demostrar con el solo hecho de su indiferencia la importancia insignificante de las discrepancias, exageradas por los elementos que tienden a la escisión.

A la pregunta de "¿qué no hacer?" —qué no hacer en general y qué no hacer para no provocar la escisión— yo contestaría ante todo: no ocultar al partido los motivos de la escisión, que surgen y se acrecientan; no ocultar

nada de las circunstancias y sucesos que constituyen esos motivos. Más aún: no ocultarlo no sólo al partido, sino tampoco, en la medida de lo posible, a los extraños. Digo "en la medida de lo posible" teniendo en cuenta lo que es imprescindible ocultar en virtud de las exigencias de la clandestinidad; pero las circunstancias de ese género desempeñan el papel más insignificante en nuestras escisiones. Amplia publicidad: tal es el medio más justo, y el único seguro, para evitar las escisiones que puedan ser evitadas y para reducir al mínimo el daño de las que se han hecho ya inevitables.

En efecto, reflexionad sobre las obligaciones que impone al partido la circunstancia de que trata ya con *las masas*, y no con los círculos. Para ser el partido de las masas no sólo de palabra, debemos conseguir que participen en todos los asuntos del partido masas cada día más vastas, elevándolas sin cesar del indiferentismo político a la protesta y la lucha; del espíritu general de protesta, a la aceptación consciente de las concepciones socialdemócratas; de la aceptación de estas concepciones, al apoyo al movimiento, y del apoyo al movimiento, a la participación en la organización del partido. ¿Se puede lograr este resultado sin dar la mayor publicidad a los asuntos de cuya solución depende uno u otro influjo en las masas? Los obreros —dice el autor, y con toda razón— dejarán de comprendernos y nos abandonarán, como a un Estado Mayor sin ejército, en el caso de que se produzcan escisiones por discrepancias insignificantes. Y para que los obreros no puedan dejar de comprendernos, para que su experiencia de lucha y su instinto proletario nos enseñen también algo a nosotros, "los dirigentes"; para eso, es necesario que los obreros organizados aprendan a estar al corriente de los motivos que surgen para la escisión (tales motivos han existido siempre y volverán a existir siempre en todo partido de masas), a adoptar una actitud consciente frente a esos motivos y valorar desde el punto de vista de los intereses de todo el partido, de los intereses de todo el movimiento en su conjunto, los sucesos que puedan ocurrir en cualquier Poshejonie²³ ruso o extranjero.

El autor tiene tres veces razón al subrayar que a nuestro centro se le confiará mucho y se le exigirá mucho. Así es. Y precisamente por eso, es necesario que *todo el*

partido eduque para sí de manera sistemática, gradual y constante hombres adecuados en el centro; que vea ante sí, como en la palma de la mano, *toda la actividad* de cada candidato a este elevado puesto; que conozca incluso sus peculiaridades individuales, sus puntos fuertes y débiles, sus victorias y sus "derrotas". El autor hace observaciones sutiles, y, evidentemente, basadas en una rica experiencia, acerca de algunas causas de semejantes derrotas. Y justamente porque estas observaciones son tan sutiles, es preciso que las aproveche todo el partido, que éste *vea siempre* toda "derrota", aunque sea parcial, de tal o cual de sus "dirigentes". Ningún político ha hecho su carrera sin tales o cuales derrotas, y si hablamos en serio de influir en las masas, de ganarnos su "buena voluntad", debemos tratar con todas las fuerzas de que esas derrotas no se oculten en la atmósfera cargada de los círculos y los grupitos, sino que sean sometidas al juicio de todos. Esto parece violento a primera vista, esto deberá a veces parecer "ofensivo" a este o aquel dirigente; pero tenemos la obligación de vencer ese falso sentido de violencia: es nuestro deber ante el partido y ante la clase obrera. Así, y sólo así, daremos a toda la masa de cuadros influyentes del partido (y no a la selección casual de un círculo o un grupito) de conocer a sus guías y *colocar a cada uno de ellos en el anaquel correspondiente*. Sólo la vasta publicidad encauza todas las desviaciones rectilíneas, unilaterales y caprichosas; sólo ella transforma "los contras", a veces absurdos y ridículos, de "los grupitos" en material útil y necesario para la autoeducación del partido.

¡Luz, mayor cantidad de luz! Necesitamos un concierto inmenso; necesitamos adquirir experiencia para distribuir acertadamente los papeles en él; para encomendar a uno un violín sentimental, para dar a otro un contrabajo furioso y entregar a un tercero la batuta de director. ¡Que se haga realidad el magnífico llamamiento del autor a la hospitalidad para todas las opiniones en las páginas del órgano del partido y de todas las publicaciones del partido! ¡Que todos y cada uno juzguen de nuestras "disputas y sandeces" por culpa de una "nota", demasiado alta según unos, falsa a juicio de otros y frustrada en opinión de unos terceros! Sólo con una serie de discusiones públicas así puede formarse entre nosotros una

colectividad de dirigentes verdaderamente armónica; sólo con esa condición, los obreros serán colocados en tal situación que *no puedan* dejar de comprendernos; sólo entonces, nuestro "Estado Mayor" se apoyará de veras en la voluntad *buena* y *consciente* del ejército que sigue al Estado Mayor y, al mismo tiempo, orienta a su Estado Mayor.

Lenin

*Publicada el 25 de noviembre de 1903
en el núm. 53 de "Iskra".*

T. 8, págs. 93-97.

Fragmento de una
Carta a A. Bogdánov y S. Gúsev

Necesitamos colaboradores para *Vperiod*²⁴. Somos pocos. Si no agregamos dos o tres colaboradores permanentes de Rusia, no hay por qué decir tonterías acerca de la lucha contra *Iskra*. Necesitamos folletos y hojas, los necesitamos en extremo.

Necesitamos fuerzas jóvenes. Yo aconsejaría fusilar en el acto a quienes se permiten decir que no hay gente. En Rusia hay multitud de gente. Lo que hace falta es reclutar a la juventud con mayor amplitud y audacia, con mayor audacia y amplitud, una vez más con mayor amplitud y con mayor audacia, *sin recelar de ella*. Estamos en tiempos de guerra²⁵. La juventud decidirá el desenlace de toda la lucha; la juventud estudiantil y, más aún, la juventud obrera. Lanzad por la borda las viejas costumbres de la inmovilidad, del respeto a los rangos, etc. Fundad con jóvenes *centenares* de círculos de adeptos de *Vperiod* y estimuladles para que actúen con toda energía. Ampliad el comité *al triple* admitiendo a la juventud, cread cinco o diez subcomités, "cooptad" a toda persona honrada y enérgica. Conceded a cada subcomité el derecho de escribir y editar hojas sin dilación alguna (no importa que se equivoquen: en *Vperiod* los corregiremos "suavemente"). Es preciso unir y hacer entrar en acción con rapidez desesperada a todos los hombres de iniciativa revolucionaria. No temáis su falta de preparación, no tembléis ante su inexperiencia e insuficiente desarrollo. En primer lugar, si no sabéis organizarlos y estimularlos, seguirán a los mencheviques²⁶ y a los Gaponovs²⁷ y con

su inexperiencia causarán un daño cinco veces mayor. En segundo lugar, los acontecimientos les enseñarán ahora *en nuestro espíritu*. Los acontecimientos enseñan ya a todos y cada uno precisamente en el espíritu de *Vperiod*.

Es imprescindible organizar, organizar y organizar centenares de círculos, relegando por completo a segundo plano las habituales estupideces bienintencionadas de los comités (jerárquicas). Estamos en tiempos de guerra. O se crea organizaciones militares *nuevas*, jóvenes, frescas y enérgicas por doquier para efectuar una labor socialdemócrata revolucionaria de todo género, de todos los tipos y entre todos los sectores, o pereceréis con la gloria de hombres "de los comités" con sello.

Escribiré de esto en *Vperiod* y hablaré en el congreso. Les escribo para *intentar* una y otra vez suscitar el intercambio de ideas, para dar lugar a que *vinculen directamente* con la Redacción a una decena de círculos obreros (y otros) *jóvenes, recientes*, aunque... aunque, dicho sea entre nosotros, no tengo ninguna esperanza de que estos osados deseos se conviertan en realidad. Por si me piden dentro de dos meses que responda por telégrafo si estoy de acuerdo con esta o aquella modificación del "plan"... les diré por anticipado que estoy de acuerdo con todo...

Hasta que nos veamos en el congreso.

Lenin.

P. S. Hay que plantearse la tarea de radicalizar el transporte de *Vperiod* a Rusia. Propagad con la mayor amplitud la suscripción al periódico en Petersburgo. Que los estudiantes, y sobre todo los obreros, hagan decenas y centenas de suscripciones a sus propias direcciones. En los tiempos que corremos es ridículo tener miedo de eso. La policía jamás podrá interceptarlo todo. Aunque sólo llegue la mitad o un tercio, significará ya muchísimo. Sugerid esta idea a *cualquier* círculo de la juventud, que encontrará centenares de vías propias al extranjero. Proporcionad ampliamente, lo más ampliamente posible, direcciones para el envío de cartas a *Vperiod*.

**Discurso pronunciado en el III Congreso
del POSDR
acerca de las relaciones
entre los obreros y los intelectuales
en las organizaciones socialdemócratas**

No puedo estar de acuerdo con los camaradas que han dicho que es inoportuno ampliar la cuestión. Es completamente oportuno. Se ha dicho aquí que los portadores de las ideas socialdemócratas fueron primordialmente los intelectuales. No es cierto. En la época del "economismo"²⁸, los portadores de las ideas revolucionarias fueron los obreros, y no los intelectuales. Así lo confirma también "Un obrero", el autor del folleto editado con un prólogo del camarada Axelrod²⁹.

El camarada Serguéiev ha afirmado aquí que el principio de la elegibilidad no proporcionará mayor conocimiento. No es cierto. Si el principio de la elegibilidad se aplicara *de verdad*, proporcionaría, indudablemente, mayor conocimiento. Se ha señalado después que las escisiones han sido encabezadas, de ordinario, por intelectuales. Esta indicación es muy importante, pero no resuelve el problema. Hace ya mucho recomendé en mis obras escritas que se incluyera en los comités a obreros en el mayor número posible. El período transcurrido desde el II Congreso se caracteriza por el insuficiente cumplimiento de este deber: tal es la impresión que he sacado de mis conversaciones con quienes están dedicados al trabajo práctico. Si en Sarátov se ha incluido en el comité sólo a un obrero, eso significa que no han sabido elegir hombres idóneos entre los obreros. Es indudable que eso ha estado condicionado también por la división en el seno del partido: la lucha en torno a la defensa de los comités se ha reflejado de manera perniciosa en la labor

práctica. Por eso precisamente hemos procurado por todos los medios acelerar la celebración del congreso.

Será tarea del futuro centro reorganizar un número considerable de nuestros comités. Hay que vencer la inercia de los miembros de los comités. (*Aplausos y síseos.*)

Veo que el camarada Serguéiev silba y que los no miembros de comités aplauden. Creo que es preciso enfocar la cuestión con mayor amplitud. La incorporación de obreros a los comités es una tarea no sólo pedagógica, sino también política. Los obreros tienen instinto de clase; y con un poco de hábitos políticos, los obreros se convierten con bastante rapidez en socialdemócratas firmes. Me agradaría mucho que en nuestros comités hubiese ocho obreros por cada dos intelectuales. Si el consejo dado en las publicaciones –incorporar obreros a los comités, en la medida de lo posible – resultara insuficiente, sería conveniente expresar ese consejo en nombre del congreso. Si tenéis una directriz clara y concreta del congreso, dispondréis de un medio radical de lucha contra la demagogia: tal es la clara voluntad del congreso.

Pronunciado el 20 de abril (3 de mayo) de 1905.

T. 10, págs. 162-163.

Iván Vasilievich Bábuskin

(Necrología)

Vivimos en condiciones malditas, en las que son posibles cosas como ésta: un destacado dirigente del partido, orgullo del partido, un camarada que ha entregado sin reservas toda su vida a la causa obrera, desaparece sin dejar rastro. Y sus más íntimos, como la esposa y la madre, y sus camaradas más entrañables ignoran durante años qué ha sido de él: si sufre en algún presidio, si ha perecido en alguna cárcel o ha caído con la muerte de los héroes en un combate contra el enemigo. Así ha ocurrido con Iván Vasilievich³⁰, fusilado por Rennenkampf³¹. Tan sólo recientemente hemos tenido noticias de su muerte.

El nombre de Iván Vasilievich es entrañable y querido para más de un socialdemócrata. Cuantos tuvieron ocasión de conocerle, le querían y respetaban por su energía, por su aversión a las frases huecas, por su profundo y firme espíritu revolucionario y por su ferviente fidelidad a la causa. En 1895, este obrero petersburgués, con un grupo de camaradas conscientes, llevó a cabo una enérgica labor más allá del final de la avenida Nevski entre los obreros de las fábricas de Semiánnikov, Alexándrovski y de Vidrio, formó círculos, organizó bibliotecas y él mismo estudió con pasión.

Todos sus pensamientos tendían a ampliar la labor. Participó activamente en la redacción de *la primera hoja de agitación*, publicada en San Petersburgo en el otoño de 1894, de una hoja dirigida a los obreros de Semiánnikov, y la distribuyó personalmente. Cuando se formó en San Petersburgo la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, Iván Vasilievich se convirtió en uno de sus miembros más activos y actuó en ella hasta que fue detenido. La idea de fundar en el extranjero un periódico político que contribuyese a unificar y fortalecer el

Partido Socialdemócrata fue discutida con él por sus antiguos compañeros de trabajo en Petersburgo —fundadores de *Iskra*— y encontró su más caluroso apoyo. Mientras Iván Vasilievich se halló en libertad, *Iskra* no careció de correspondencias genuinamente obreras. Ojead los 20 primeros números de *Iskra* y encontraréis en ellos correspondencias de Shuya, Ivánovo-Voznesensk, Oréjovo-Zúevo y otros lugares del centro de Rusia: casi todas ellas pasaron por las manos de Iván Vasilievich, quien trató de establecer la ligazón más estrecha entre *Iskra* y los obreros. Iván Vasilievich fue el más celoso corresponsal de *Iskra* y un caluroso partidario suyo. Bábuskin se trasladó de la zona central al Sur, a Ekaterinoslav, donde fue detenido y encarcelado en Alexándrovsk. Se fugó de allí en unión de otro camarada, limando los barrotes de la ventana. Sin conocer ningún idioma extranjero, llegó hasta Londres, donde se encontraba entonces la Redacción de *Iskra*. Fueron muchos los temas tratados allí con él y muchas las cuestiones discutidas conjuntamente. Pero Iván Vasilievich no tuvo ocasión de asistir al II Congreso del partido. . . la cárcel y la deportación le pusieron fuera de combate por mucho tiempo. La ascendente ola revolucionaria promovió a nuevos funcionarios, a nuevos dirigentes del partido, en tanto que Bábuskin vivió, en aquellos años en el Norte lejano, en Verjoyansk, desconectado de la vida del partido. Pero no perdió el tiempo en vano, estudió, se preparó para la lucha, enseñó a los obreros, a sus compañeros de deportación, esforzándose por hacer de ellos socialdemócratas y bolcheviques conscientes. En 1905 se promulgó la amnistía y Bábuskin abandonó el lugar de deportación. Pero la lucha crepitaba también entonces en Siberia y hacían falta allí hombres como Bábuskin. Ingresó en el Comité de Irkutsk y se entregó por entero al trabajo. Había que hablar en las asambleas, hacer agitación socialdemócrata y organizar la insurrección. Cuando Bábuskin, acompañado de otros cinco camaradas —cuyos nombres no han llegado hasta nosotros—, transportaba de Chitá una gran partida de armas en un vagón especial, el tren fue alcanzado por una expedición punitiva de Rennenkampf, y los seis fueron fusilados en el acto, sin formación de causa, al borde de una fosa común abierta a toda prisa. Murieron como héroes. Han contado su muerte soldados que presenciaron el fusila-

miento y ferroviarios de aquel mismo tren. Bábuskin cayó víctima de la salvaje represión de un *opríchnik* zarista; pero, al morir, sabía que la obra a la que había consagrado toda su vida i.o moriría, que la proseguirían decenas, centenas de miles, millones de manos, que por esa misma causa morirían otros camaradas obreros, que lucharían hasta lograr la victoria. . .

Hay gentes que han inventado y divulgan la fábula de que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia es un partido "de intelectuales", que los obreros están apartados de él, que los obreros son en Rusia socialdemócratas sin socialdemocracia, que eso ocurrió, sobre todo, antes de la revolución y en grado considerable durante la revolución. Los liberales propalan esta mentira por odio a la lucha revolucionaria de las masas que dirigió el POSDR en 1905, y algún socialista hace suya esta falsa teoría por insania o frivolidad. La biografía de Iván Vasilievich Bábuskin, la labor socialdemócrata realizada durante diez años por este *obrero iskrista*, constituye una refutación evidente de la mentira liberal. I. V. Bábuskin es uno de los obreros de vanguardia que *diez años* antes de la revolución empezaron a crear el Partido *Obrero* Socialdemócrata. Sin la labor incansable, heroicamente tenaz, de obreros de vanguardia como éstos entre las masas proletarias, el POSDR no habría existido, no sólo diez años, sino ni diez meses. Gracias únicamente a la actividad de *tales* obreros de vanguardia, gracias únicamente a su apoyo, el POSDR creció hasta convertirse en 1905 en un partido que *se fundió indisolublemente con* el proletariado en las grandes jornadas de octubre y diciembre y que conservó estos vínculos a través de los *diputados obreros* tanto a la II Duma como a la III, la Duma³² ultrarreaccionaria.

Los liberales (demócratas-constitucionalistas³³) quieren hacer un héroe popular del presidente de la I Duma, S. Múromtsev, fallecido recientemente. Nosotros, los socialdemócratas, no debemos desaprovechar ninguna oportunidad para expresar el desprecio y el odio al gobierno zarista, que ha perseguido incluso a funcionarios tan moderados e inofensivos como Múromtsev. Múromtsev fue solamente un funcionario liberal. No fue siquiera

demócrata. Temía la lucha revolucionaria de las masas. Esperaba la libertad para Rusia no de una lucha de este carácter, sino de la buena voluntad de la autocracia zarista, de un *acuerdo* con este enemigo jurado e implacable del pueblo ruso. Es ridículo ver en hombres así héroes populares de la revolución rusa.

Pero esos héroes populares existen. Son hombres como Bábushkin. Hombres que se han consagrado por entero, no un año ni dos, sino todo un decenio prerrevolucionario, a la lucha por la emancipación de la clase obrera. Son hombres que no han malgastado sus energías en vanas empresas terroristas de individuos aislados, sino que han actuado tenazmente, firmemente, entre las masas proletarias ayudando a desarrollar *su* conciencia, *su* organización y *su* iniciativa revolucionaria. Son hombres que se pusieron al frente de la lucha armada de masas contra la autocracia zarista cuando llegó la crisis, cuando se desencadenó la revolución, cuando se pusieron en movimiento millones y millones de personas. Todo lo arrancado a la autocracia zarista ha sido conquistado *exclusivamente* por la lucha de las masas, dirigidas por hombres como Bábushkin.

Sin hombres así, el pueblo ruso seguiría siendo para siempre un pueblo de esclavos, un pueblo de siervos. Con hombres así, el pueblo ruso conquistará su plena emancipación de toda explotación.

Ha pasado el quinto aniversario de la insurrección de diciembre de 1905³⁴. Conmemoremos este aniversario recordando a los obreros de vanguardia que cayeron en la lucha contra el enemigo. Rogamos a los camaradas obreros que reúnan y nos envíen recuerdos sobre la lucha de entonces e informaciones complementarias acerca de Bábushkin y de otros obreros socialdemócratas caídos durante la insurrección de 1905. Nos proponemos publicar un folleto describiendo la vida de dichos obreros. Ese folleto será la mejor réplica a todos los faltos de fe y a los que empequeñecen el papel del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Ese folleto será la mejor lectura para los jóvenes obreros, que aprenderán en él cómo debe vivir y actuar todo obrero consciente.

Fragmento del folleto

El socialismo y la guerra

La minoría obrera socialdemócrata rusa en la Duma de Estado y la guerra

En 1913, entre los diputados socialdemócratas de la Duma de Estado se produjo una escisión. De un lado, había siete partidarios del oportunismo, bajo la dirección de Chjeídze. Habían sido elegidos en siete provincias no proletarias, donde el número total de obreros era de 214.000. De otro lado, teníamos seis diputados, *todos* elegidos por la curia obrera en los centros más industriales de Rusia, cuyo número de obreros se elevaba a 1.008.000.

El punto principal de divergencia era: la táctica del marxismo revolucionario o la táctica del reformismo oportunista. Prácticamente, la divergencia se manifestó, sobre todo, en el trabajo de masas *fuera* del Parlamento. Este trabajo se debía efectuar en Rusia de manera clandestina, si quienes lo llevaban a cabo deseaban seguir siendo revolucionarios. La minoría de Chjeídze continuó siendo la aliada más fiel de los liquidadores³⁵, que rechazaron el trabajo clandestino, y los defendía en todas las charlas con los obreros, en todas las reuniones. Este fue el origen de la escisión. Seis diputados formaron la minoría obrera socialdemócrata de Rusia. Un año de labor demostró de manera irrefutable que precisamente con esta minoría estaba la inmensa mayoría de los obreros rusos.

Al comienzo de la guerra, la divergencia se manifestó con extraordinaria evidencia. La minoría de Chjeídze se limitó al terreno parlamentario. No votó los créditos, porque de otro modo hubiera provocado una tempestad de indignación contra ella por parte de los obreros. (He-

mos visto que en Rusia ni siquiera los trudoviques³⁶ pequeño-burgueses votaron los créditos.) Pero tampoco protestó contra el socialchovinismo.

Otro fue el proceder de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, que representaba la pauta política de nuestro partido. Esta minoría se dirigió, protestando contra la guerra, a los sectores más hondos de la clase obrera, llevó la propaganda contra el imperialismo a las amplias masas de los proletarios rusos.

Y los obreros acogieron con gran simpatía a esta minoría, lo que asustó al gobierno y lo obligó, vulnerando flagrantemente sus propias leyes, a detener y condenar a nuestros camaradas diputados a deportación perpetua a Siberia³⁷. En el primer comunicado oficial sobre la detención de nuestros camaradas, el gobierno zarista escribía:

“Una posición completamente especial han adoptado en este sentido algunos miembros de las asociaciones socialdemócratas, que se señalaron como fin de su actividad quebrantar la potencia militar de Rusia mediante la agitación contra la guerra, valiéndose de proclamas clandestinas y de la propaganda oral”.

Al famoso llamamiento de Vandervelde³⁸, pidiendo que cesase “temporalmente” la lucha contra el zarismo —ahora se sabe, por las declaraciones del príncipe Kudáshév, ministro zarista en Bélgica, que este documento no lo elaboró Vandervelde solo, sino en colaboración con el mencionado ministro zarista—, *únicamente* nuestro partido, por boca de su CC, dio una respuesta negativa. El centro dirigente de los liquidadores aceptó la propuesta de Vandervelde y declaró oficialmente en la prensa que “con su actividad *no se opondría a la guerra*”.

El gobierno zarista acusó en primer lugar a nuestros camaradas diputados de haber difundido entre los obreros esta respuesta negativa a Vandervelde.

En el proceso, el fiscal del zar, señor Nenarókomov, puso ante nuestros camaradas como modelo a los socialistas alemanes y franceses: “Los socialdemócratas alemanes, dijo, han votado los créditos de guerra y se han mostrado amigos del gobierno. Así han obrado los socialdemócratas alemanes, pero no ha sido ésa la conducta de los tristes caballeros de la socialdemocracia rusa... Los socialistas de Bélgica y Francia han olvidado a una sus discordias con otras clases, han olvidado sus disen-

siones de partido y se han colocado sin vacilación bajo las banderas". Pero los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, sometiéndose a las directrices del CC del partido, han procedido de otro modo. . .

En el proceso se desplegó el imponente lienzo de la amplia agitación clandestina hecha contra la guerra por nuestro partido entre las masas proletarias. El tribunal zarista, como es natural, no logró, ni con mucho, "descubrir" toda la actividad de nuestros camaradas en este dominio. Pero lo que logró descubrir mostró cuánto se había hecho en el breve espacio de algunos meses.

En el proceso se leyeron los manifiestos clandestinos de nuestros grupos y comités contra la guerra, por la táctica internacionalista. Los obreros conscientes de toda Rusia estaban en ligazón con los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, y esta última se esforzaba, en la medida de sus fuerzas, en ayudarles a apreciar la guerra desde el punto de vista del marxismo.

El camarada Muránov, diputado de los obreros de la provincia de Járkov, dijo en el proceso:

"Comprendiendo que he sido enviado por el pueblo a la Duma de Estado, y no para estarme tranquilamente sentado en el escaño, he visitado las localidades para conocer el estado de ánimo de la clase obrera". Muránov reconoció también ante el tribunal que había aceptado la función de agitador ilegal de nuestro partido, que había organizado comités de obreros en la fábrica de Verjnéisetsk, y en otros lugares. El proceso mostró que los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia habían recorrido desde el principio de la guerra, con fines de propaganda, casi toda Rusia; que Muránov, Petrovski, Badáiev, etc. habían organizado múltiples asambleas obreras, en las que se habían votado resoluciones contra la guerra, etc.

El gobierno zarista amenazó a los procesados con la pena de muerte. Debido a ello, no todos se portaron en el proceso con tanta valentía como el camarada Muránov. Querían dificultar su condena por el tribunal zarista. De ello se aprovechan ahora, indecorosamente, los socialchovinistas rusos, para velar el fondo de la cuestión: ¿cuál es el parlamentarismo que necesita la clase obrera?

Aceptan el parlamentarismo Südekum y Heine, Sembat y Vaillant, Bissolati y Mussolini, Chjeidze y Plejá-

nov³⁹. Aceptan asimismo el parlamentarismo nuestros camaradas de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, así como los camaradas búlgaros e italianos que han roto con los chovinistas. Hay parlamentarismo y parlamentarismo. Unos utilizan la tribuna parlamentaria para hacer méritos ante sus gobiernos o, en el mejor de los casos, para lavarse las manos, como la minoría de Chjeidze. Otros utilizan el parlamentarismo para ser revolucionarios hasta el fin, para cumplir su deber de socialistas e internacionalistas incluso en las circunstancias más difíciles. La actividad parlamentaria de los unos conduce a los sillones ministeriales; la actividad parlamentaria de los otros conduce a la cárcel, al destierro, a trabajos forzados. Los unos sirven a la burguesía; los otros, al proletariado. Los unos son socialimperialistas. Los otros, marxistas revolucionarios.

Escrito en julio-agosto de 1915.

T. 26, págs. 332-335.

Fragmento del folleto

¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?

Se nos dice que el proletariado no podrá poner en marcha el aparato del Estado.

Después de la revolución de 1905 gobernaban en Rusia 130.000 terratenientes; gobernaban sobre 150 millones de personas mediante un sinfín de violencias y escarnios, obligando a la inmensa mayoría a trabajar como forzados y vivir semihambrientos.

Y ahora resulta que no podrán gobernar a Rusia 240.000 miembros del Partido Bolchevique, gobernarla en beneficio de los pobres y contra los ricos. Esas 240.000 personas tienen ya ahora a su favor, por lo menos, un millón de votos de la población adulta. Porque la experiencia de Europa y de Rusia —por ejemplo, las elecciones de agosto a la Duma de Petrogrado— testimonian justamente esa proporción entre los efectivos del partido y los sufragios emitidos a su favor. Tenemos ya un "aparato estatal" de *un millón* de personas, fieles al Estado socialista por convicción, y no por el deseo de cobrar un dineral el 20 de cada mes.

Es más, tenemos un "recurso maravilloso" para *decuplicar* en seguida, de golpe, nuestro aparato estatal, un recurso del que jamás ha dispuesto ni puede disponer ningún Estado capitalista. Este recurso maravilloso es la incorporación de los trabajadores, de los pobres, a la labor cotidiana de dirección del Estado.

Para explicar cuán fácil es aplicar ese maravilloso recurso, y cuán infalible es su efecto, tomaremos el ejemplo más sencillo y más claro.

El Estado necesita desahuciar forzosamente de su vivienda a una familia para alojar en ella a otra. Esto lo hace a cada paso el Estado capitalista, y lo hará también nuestro Estado proletario o socialista.

El Estado capitalista desahucia a una familia obrera que, habiendo perdido a quien la mantenía, deja de pagar el alquiler. Se presenta un alguacil, un policía o un guardia, o un pelotón entero. En un barrio obrero, para ejecutar un desahucio, tiene que acudir un destacamento de cosacos. ¿Por qué? Porque el alguacil y el guardia se niegan a ir sin la protección de una nutrida escolta militar. Saben que el espectáculo del desahucio suele provocar en toda la población de los alrededores, en miles y miles de personas llevadas casi a la desesperación, una ira tan furiosa, un odio tan grande contra los capitalistas y contra el Estado capitalista, que el alguacil y todo el pelotón de guardias pueden quedar despedazados en cualquier momento. Hacen falta importantes fuerzas armadas, es preciso trasladar a una gran ciudad varios regimientos, obligatoriamente de alguna zona alejada, para que a los soldados les sea ajena la vida de los pobres de la ciudad, para que no puedan "contagiarse" de socialismo.

El Estado proletario recurre a la coerción para instalar en la vivienda de un rico a una familia necesitada en extremo. Nuestro destacamento de la milicia obrera se compone, supongamos, de quince personas: dos marinos, dos soldados, dos obreros conscientes (basta que uno de ellos sea miembro de nuestro partido o simpatizante), un intelectual y ocho trabajadores pobres, y entre ellos, sin falta, no menos de cinco mujeres, criados, peones, etc. El destacamento se presenta en la casa de la familia rica, la inspecciona y comprueba que tiene cinco habitaciones ocupadas por dos hombres y dos mujeres. "Ciudadanos —les dicen—, estréchense ustedes por este invierno en dos habitaciones y dejen libres otras dos para alojar en ellas a dos familias que viven en el sótano. Por algún tiempo, en tanto no construyamos buenas viviendas para todos con la ayuda de los ingenieros (¿usted es ingeniero, verdad?), tendrán forzosamente que estrecharse un poco. Su teléfono se pondrá a disposición de diez familias, con lo cual se economizarán unas cien horas de trabajo, caminatas por tiendas, etc. Además, en su familia hay dos semi-

obreros desocupados —una ciudadana de 55 años y un ciudadano de 14— que pueden realizar un trabajo fácil. Harán cada día una guardia de tres horas para velar por la distribución justa de víveres entre las diez familias y llevar el correspondiente registro. El ciudadano estudiante que forma parte de nuestro destacamento redactará ahora en dos copias esta orden oficial, y ustedes tendrán la bondad de firmarnos una declaración, por la que se comprometan a cumplirla exactamente”.

Así podría ser expuesta, a mi juicio, en ejemplos concretos la diferencia entre el aparato y la administración del Estado viejos, burgueses, y los nuevos, socialistas.

No somos utopistas. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera son incapaces de asumir ahora mismo la gobernación del Estado. En eso estamos de acuerdo con los democonstitucionalistas, con Breshkóvskaya y con Tsereteli⁴⁰. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos en que exigimos romper sin demora con el prejuicio de que sólo los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas pueden *gobernar* el Estado, efectuar el trabajo cotidiano de administración. Nosotros exigimos que *el aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes y que se emprenda sin demora, es decir, que *se empiece* inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores; a toda la población pobre.

Sabemos que los democonstitucionalistas están también de acuerdo con enseñar al pueblo los principios de la democracia. Las damas democonstitucionalistas están dispuestas a dar conferencias a las criadas sobre la igualdad de derechos de la mujer, inspirándose en las mejores fuentes inglesas y francesas. Y quizá en el próximo concierto-mitín, ante miles de espectadores, se organice en el escenario un “ósculo de paz”: la señora conferenciante democonstitucionalista besará a Breshkóvskaya. Breshkóvskaya al ex ministro Tsereteli, y el pueblo, agradecido, aprenderá así, en la práctica, lo que son la igualdad, la libertad y la fraternidad republicanas. . .

Sí, reconocemos que los democonstitucionalistas, Breshkóvskaya y Tsereteli son, a su modo, fieles a la democracia y la propagan entre el pueblo. Pero, ¡qué se le va a hacer!, nosotros tenemos una idea algo diferente de la democracia.

A nuestro modo de ver, para mitigar los inauditos sufrimientos y desgracias originados por la guerra, así como para curar las horribles heridas que ésta ha causado al pueblo, es necesaria una democracia *revolucionaria*, son necesarias medidas *revolucionarias* justamente del tipo de la que hemos puesto como ejemplo en la distribución de viviendas en beneficio de los pobres. *Del mismo modo* hay que proceder en la ciudad y en el campo con los víveres, con la ropa, con el calzado, etc., y en el campo, con la tierra y todo lo demás. Para administrar el Estado *en este* sentido, podemos *disponer en el acto* de un aparato *estatal* de unos diez millones de hombres, si no veinte, jamás visto en ningún Estado capitalista. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con la adhesión más completa, sin reservas, de la inmensa mayoría de la población. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con obreros conscientes, disciplinados por un largo "aprendizaje" capitalista (no en vano hemos cursado la escuela del capitalismo); con obreros que *están en condiciones* de formar una milicia obrera y de ampliarla *paulatinamente* (comenzando a ampliarla en seguida) hasta convertirla en milicia *de todo el pueblo*. Los obreros conscientes deben dirigir, pero pueden incorporar a la labor de administración a verdaderas masas de trabajadores y oprimidos.

Por supuesto, en los primeros pasos de ese nuevo aparato serán inevitables los errores. Pero ¿acaso no cometieron errores los campesinos cuando, al quedar en libertad después de la servidumbre, empezaban a dirigir por sí mismos sus asuntos? ¿Puede haber otro camino para enseñar al pueblo a gobernarse, para evitar los errores, que no sea el de la práctica, el de la instauración inmediata de una verdadera autoadministración popular? Hoy por hoy, lo más importante es acabar con el prejuicio intelectual burgués de que sólo pueden gobernar el Estado funcionarios especiales, que, a consecuencia de su posición social, dependen por entero del capital. Lo principal es poner término a un estado de cosas en el que los burgueses, los funcionarios y los ministros "socialistas" intentan gobernar como en el pasado, pero no pueden hacerlo, y al cabo de siete meses se encuentran, en un país campesino, ¡¡con una insurrección campesina!! Lo más importante es infundir a los oprimidos y a los trabajadores

fe en sus propias fuerzas, demostrarles en la práctica que ellos mismos pueden y deben establecer una distribución *justa*, severísimamente reglamentada y organizada, del pan, de todos los alimentos, de la leche, de la ropa, de la vivienda, etc., *en beneficio de los pobres*. No hay otro modo de salvar a Rusia de la bancarrota y de la perdición. Y cuando se inicie honrada y resueltamente en todas partes la transferencia de la administración a los proletarios y semiproletarios, las masas revelarán un entusiasmo revolucionario jamás visto en la historia; las energías del pueblo se multiplicarán de tal modo en su lucha contra las calamidades, que muchas cosas que parecen imposibles a nuestras inequias y viejas fuerzas burocráticas serán viables para las fuerzas de millones de hombres que *empiecen a trabajar para sí* y no para el capitalista, el señorito y el burócrata, no a la fuerza.

*Escrito entre finales de septiembre y
el 1 (14) de octubre de 1917.*

T. 34, págs. 313-317.

¿Cómo debe organizarse la emulación?

Los escritores burgueses han emborronado y continúan emborronando montañas de papel para elogiar la competencia, la iniciativa privada y demás admirables encantos y virtudes de los capitalistas y del régimen capitalista. Se acusaba a los socialistas de no querer comprender la significación de esas virtudes ni tener en cuenta "la naturaleza humana". Pero, en realidad, el capitalismo ha sustituido hace ya mucho la pequeña producción mercantil independiente —en la que la competencia podía, en proporciones más o menos *amplias*, inculcar el espíritu emprendedor, la energía y la iniciativa audaz— con la producción industrial a escala grande y grandísima, con las sociedades anónimas, los consorcios y demás monopolios. La competencia significa, en *este tipo* de capitalismo, sofocar con ferocidad inaudita el espíritu emprendedor, la energía, la iniciativa audaz de *la masa* de la población, de su inmensa mayoría, del 99% de los trabajadores; significa también sustituir la emulación por la pillería financiera, el nepotismo y el servilismo en los peores más elevados de la escala social.

Lejos de apagar la emulación, el socialismo crea por vez primera la posibilidad de practicarla a escala verdaderamente *amplia*, verdaderamente *masiva*; crea la posibilidad de incorporar de veras a la mayoría de los trabajadores a una actividad que les permita manifestarse en todo su valor, desarrollar sus dotes y revelar los talentos, que en el pueblo forman un manantial inagotable y que

el capitalismo pisoteaba, oprimía y ahogaba por miles y millones.

Nuestra tarea hoy, con un gobierno socialista en el poder, consiste en organizar la emulación.

Los lacayos y maniaguados de la burguesía han presentado el socialismo como un cuartel gris, uniforme, monótono y penetrado de espíritu oficinesco. Los criados de la caja de caudales, los lacayos de los explotadores —los señores intelectuales burgueses— han hecho del socialismo un “espantajo” para el pueblo, que se ve condenado precisamente en el capitalismo a una vida de presidio y de cuartel, de trabajo monótono y agotador, a una vida semi-hambrienta y de profunda miseria. La confiscación de las tierras de los latifundistas, la implantación del control obrero y la nacionalización de los bancos constituyen el primer paso hacia la emancipación de los trabajadores encerrados en ese presidio. Las medidas siguientes serán la nacionalización de las fábricas y empresas, la organización obligatoria de toda la población en sociedades de consumo, que también serán sociedades de venta de productos, y el monopolio del Estado sobre el comercio del trigo y de otros artículos necesarios.

Sólo ahora surge la posibilidad de que el espíritu emprendedor, la emulación y la iniciativa audaz se manifiesten con amplitud y a escala realmente masiva. Cada fábrica en que el capitalista haya sido lanzado a la calle o, cuando menos, metido en cintura por un verdadero control obrero; cada aldea en que se haya expulsado al terrateniente explotador y se le hayan confiscado las tierras, es ahora, y sólo ahora, campo de acción donde el trabajador puede mostrar de lo que es capaz, enderezar un poco el espinazo, erguirse y sentirse hombre. Por vez primera después de siglos de trabajo para los demás, de trabajo forzado para los explotadores, se tiene la posibilidad de *trabajar para sí mismo* y, además, beneficiándose de todas las conquistas de la cultura y de la técnica más moderna.

Esta sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí mismo —el cambio más grande que conoce la historia de la humanidad— no puede realizarse, como es natural, sin rozamientos, sin dificultades, sin conflictos, sin el empleo de la violencia contra los parásitos inveterados y sus lacayos. En cuanto a esto, ningún obrero se hace

ilusiones: templados en largos años de trabajos forzados para los explotadores y de infinitas vejaciones y ultrajes por parte de éstos; templados por la negra miseria, los obreros y los campesinos pobres saben que se necesita tiempo para *romper* la resistencia de los explotadores. Los obreros y los campesinos no se han contagiado en lo más mínimo de las ilusiones sentimentales de los señores intelectualillos, de todo ese fango de los de *Nóvaya Zhizhn*⁴¹ y demás, que han enronquecido "clamando" contra los capitalistas, que han "gesticulado" y "tronado" contra ellos, para luego echarse a llorar y portarse como perros apaleados cuando llega *la hora de la acción*, de pasar de las amenazas a los hechos, de realizar en la práctica *el derrocamiento* de los capitalistas.

La gran sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí mismo, organizado en un plan de conjunto, a una escala inmensa, a escala nacional (y, en cierta medida, a escala internacional, mundial), exige también —además de las medidas "*militares*" de represión de la resistencia de los explotadores— esfuerzos gigantescos de *organización* y una gran iniciativa organizadora por parte del proletariado y de los campesinos pobres. La tarea de organizar forma un todo indisoluble con la de reprimir implacablemente por vía militar a los esclavistas (capitalistas) de ayer y a su lacayuna jauría: los señores intelectuales burgueses. Nosotros hemos sido siempre los organizadores y los jefes, nosotros hemos mandado siempre —dicen y piensan los esclavistas de ayer y sus demandaderos de entre los intelectuales—; queremos continuar siendo lo que éramos; no obedeceremos a la "plebe", a los obreros y los campesinos; no nos someteremos a ellos; haremos de nuestros conocimientos armas para defender los privilegios de la caja de caudales y el dominio del capital sobre el pueblo.

Así hablan, piensan y actúan los burgueses y los intelectuales burgueses. Desde el punto de vista *egoísta*, se comprende su actitud: los gorriones y paniaguados de los terratenientes feudales, los popes, los chupatintas, los funcionarios descritos por Gógol, los "intelectuales" que odiaban a Belinski⁴² se despidieron también con gran "dificultad" del régimen de la servidumbre. Pero la causa de los explotadores y de sus criados intelectuales está condenada al fracaso. La resistencia de estos elementos

va siendo quebrantada por los obreros y los campesinos —por desgracia, con una firmeza, una resolución e inexorabilidad todavía insuficiente—, y *será quebrantada definitivamente*.

“Ellos” piensan que la “plebe”, los “simples” obreros y campesinos pobres, serán incapaces de cumplir la gran tarea de organización que la revolución socialista ha hecho recaer sobre los hombros de los trabajadores, una tarea verdaderamente heroica en el sentido histórico universal de la palabra. “No podrán prescindir de nosotros”, dicen para consolarse los intelectuales habituados a servir a los capitalistas y al Estado capitalista. Pero verán frustrados sus insolentes cálculos: empiezan ya a destacarse hombres instruidos que se ponen al lado del pueblo, al lado de los trabajadores, para ayudarles a vencer la resistencia de los lacayos del capital. En cuanto a los organizadores de talento, que abundan entre la clase obrera y entre los campesinos, comienzan a tener conciencia de su valor, a despertar y a sentirse atraídos por el gran trabajo vivo y creador, a emprender por sí mismos la edificación de la sociedad socialista.

Una de las tareas más importantes, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar con la mayor amplitud esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de *organización*. Hay que desvanecer a toda costa el viejo prejuicio *absurdo*, salvaje, infame y odioso de que sólo las llamadas “clases superiores”, sólo los ricos o los que han cursado la escuela de las clases ricas, pueden administrar el Estado, dirigir la estructura orgánica de la sociedad socialista.

Eso es un prejuicio, mantenido por la rutina podrida y fosilizada, por el hábito servil y, en mayor medida, por la inmundicia avaricia de los capitalistas, interesados en administrar saqueando y saquear administrando. No, los obreros no olvidarán ni un minuto que necesitan la fuerza del saber. El celo extraordinario que ponen en instruirse, precisamente hoy, atestigua que en este sentido no hay ni puede haber equivocaciones en los medios proletarios. Pero el obrero y el campesino *de filas*, que saben leer y escribir, que conocen a los hombres y tienen una experiencia práctica, también son capaces de efectuar la labor de *organización*. Estos hombres forman *legión* en

la "plebe", de la que hablan con desdén y altanería los intelectuales burgueses. La clase obrera y el campesinado poseen un manantial inagotable y aún intacto de esos talentos.

Los obreros y los campesinos son todavía "tímidos", no están acostumbrados aún a la idea de que ahora son *ellos* la clase *dominante* y les falta decisión. La revolución no podía inculcar *en el acto* estas cualidades en millones y millones de hombres obligados por el hambre y la miseria a trabajar bajo el látigo durante toda su vida. Pero la fuerza, la vitalidad y la invencibilidad de la Revolución de Octubre de 1917 radican precisamente en que ésta *despierta* esas cualidades, derrumba todos los viejos obstáculos, rompe las trabas vetustas y lleva a los trabajadores al camino de la creación *por ellos mismos* de la nueva vida.

Contabilidad y control: éso es la tarea económica *principal* de cada Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos, de cada sociedad de consumo, de cada sindicato o comité de abastecimiento, de cada comité de fábrica u organismo de control obrero en general.

Es necesario combatir la vieja costumbre de considerar la medida de trabajo y los medios de producción desde el punto de vista del hombre esclavizado que se pregunta cómo podrá eludir una carga suplementaria, cómo podrá arrancar tajada *a la burguesía*. Los obreros avanzados y conscientes han comenzado ya esta lucha y dan una réplica enérgica a los que llegaron a las fábricas en número singularmente grande durante la guerra y que ahora querrían tratar la fábrica *del pueblo*, la fábrica que es ya propiedad del pueblo, como antes, con un solo pensamiento: "sacar el mayor provecho posible y marcharse". Cuanto hay de consciente, honrado y reflexivo entre los campesinos y entre las masas trabajadoras se alzarán en esa lucha al lado de los obreros avanzados.

Desde el momento en que se ha conseguido y asegurado la dominación política del proletariado, *la esencia* de la transformación socialista radica en la contabilidad y el control de la cantidad de trabajo y de la distribución de productos, *si* esa contabilidad y ese control se realizan en todas partes con carácter general, universal, por los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, como poder supremo del Estado, o se establecen de

acuerdo con las indicaciones y por mandato de *este* poder.

La contabilidad y el control, indispensables para pasar al socialismo, sólo pueden ser obra de las masas. La colaboración voluntaria y concienzuda de *las masas* obreras y campesinas, realizada con entusiasmo revolucionario, en la contabilidad y el control *sobre los ricos, los estafadores, los parásitos y los hampones* es lo único que puede vencer esas supervivencias de la maldita sociedad capitalista, esas heces de la humanidad, esos miembros de la sociedad irremisiblemente podridos y osificados, esa plaga, esa peste, esa llaga que el capitalismo ha dejado en herencia al socialismo.

¡Obreros y campesinos, trabajadores y explotados! ¡La tierra, los bancos y las fábricas han pasado a ser propiedad de todo el pueblo! ¡Empezad a llevar *vosotros mismos* la contabilidad y el control de la producción y distribución de los productos; ése es *el único* camino hacia el triunfo del socialismo, la garantía de su victoria, la garantía de la victoria sobre toda explotación, sobre toda miseria y necesidad! Porque en Rusia bastará trigo, hierro, madera, lana, algodón y lino para todos, a condición de que se distribuyan bien el trabajo y los productos; a condición de que se establezca un control de todo el pueblo, un control *eficaz y práctico* de esa distribución; a condición de que se venza *no sólo* en la política, sino también en la vida *económica cotidiana*, a los enemigos del pueblo: a los ricos y a sus paniaguados y, luego, a los estafadores, parásitos y hampones.

¡Ninguna clemencia para esos enemigos del pueblo, para los enemigos del socialismo, para los enemigos de los trabajadores! ¡Guerra a muerte a los ricos y a sus paniaguados, a los intelectuales burgueses; guerra a los pillos, a los parásitos y a los maleantes! Unos y otros, los primeros y los últimos, son hermanos carnales, son engendros del capitalismo, niños mimados de la sociedad señorial y burguesa; de esa sociedad en la que un puñado de hombres expoliaba al pueblo y se mofaba de él; de esa sociedad en la que la miseria y la necesidad empujaban a miles y miles de seres al camino del hampa, de la corrupción, de la pillería y del olvido de la dignidad humana; de esa sociedad que inculcaba inevitablemente en

los trabajadores este deseo: eludir la explotación, aunque fuese con engaños; librarse, deshacerse, aunque sólo fuese por un instante, de un trabajo odioso; procurarse el pedazo de pan de cualquier modo, a cualquier precio, para no pasar hambre ni ver hambrientos a sus familiares.

Los ricos y los maleantes son dos caras de una misma medalla; son las dos categorías principales de *parásitos* nutridos por el capitalismo; son los enemigos principales del socialismo. Esos enemigos deben ser sometidos a una vigilancia especial de toda la población, deben ser castigados sin piedad en cuanto cometan la menor infracción de las reglas y las leyes de la sociedad socialista. Toda debilidad, toda vacilación, todo sentimentalismo constituirían, en este aspecto, el mayor crimen contra el socialismo.

Para inmunizar a la sociedad socialista contra esos parásitos hay que organizar la contabilidad y el control de la cantidad de trabajo, de la producción y distribución de lo producido; una contabilidad y un control ejercidos por todo el pueblo y respaldados voluntaria y enérgicamente, con entusiasmo revolucionario, por millones y millones de obreros y campesinos. Y para organizar esa contabilidad y ese control, *completamente accesibles*, enteramente al alcance de todo obrero y de todo campesino honrado, activo y sensato, hay que despertar sus propios organizadores de talento, surgidos de su seno; hay que despertar en ellos —y organizar a escala de todo el país— *la emulación* en el logro de éxitos en la organización; hay que lograr que los obreros y los campesinos comprendan claramente la diferencia que existe entre el consejo necesario del hombre instruido y el control necesario del “sencillo” obrero y campesino sobre *la negligencia*, tan habitual entre las personas “instruidas”.

Esa negligencia, esa incuria, ese abandono, esa dejadez, esa precipitación nerviosa, esa tendencia a sustituir la acción con la discusión y el trabajo con las conversaciones, esa inclinación a emprenderlo todo y no terminar nada constituyen uno de los rasgos de “las personas instruidas”. Y este rasgo no dimana en modo alguno de su mala condición, y menos aún de sus malas intenciones, sino de todos los hábitos de su vida, de sus condiciones de trabajo, de su agotamiento, del divorcio anormal que

existe entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, etc., etc.

Entre los errores, las deficiencias y los pasos en falso de nuestra revolución desempeñan un importante papel los errores, etc., nacidos de esas tristes peculiaridades —inevitables en este momento— de los intelectuales de nuestros medios y de *la falta* de un control suficiente de *los obreros* sobre el trabajo de *organización* de los intelectuales.

Los obreros y los campesinos son todavía “tímidos”; pero deben deshacerse de su timidez y se desharán de ella, *sin duda alguna*. Es imposible prescindir de los consejos y las orientaciones de las personas instruidas, de los intelectuales, de los especialistas. Todo obrero y todo campesino con un poco de sentido lo comprende perfectamente, y los intelectuales de nuestros medios no pueden quejarse de falta de atención y de estimación camaraderil por parte de los obreros y de los campesinos. Pero los consejos y las orientaciones son una cosa, y la organización *práctica* de la contabilidad y del control, otra. Los intelectuales dan con frecuencia admirables consejos y orientaciones; pero resultan “torpes” hasta el ridículo, *el absurdo* y la ignominia; resultan incapaces de *aplicar* esos consejos y esas orientaciones, de ejercer *un control práctico* para que las palabras se transformen en hechos.

Y en esto precisamente no se puede prescindir en absoluto de la ayuda y *del papel dirigente* de los organizadores prácticos salidos del “pueblo”, de los obreros y campesinos trabajadores. “Todo es obra de los hombres”, dice el proverbio. Y los obreros y los campesinos deben tener muy presente esta verdad. Deben comprender que hoy todo radica *en la práctica*, que ha llegado justamente un momento histórico en que la teoría se transforma en práctica, se reanima con la práctica, se corrige con la práctica y se comprueba con la práctica. Un momento histórico en el que son justas en extremo las palabras de Marx de que “cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas”; un momento en el que toda acción orientada prácticamente a meter en cintura de verdad a los ricos y a los pillos, a limitar sus posibilidades y a someterlos a una contabilidad y un control rigurosos vale mucho más que una docena de admi-

rables razonamientos acerca del socialismo. Porque "la teoría es gris, amigo mío, pero el árbol de la vida es eternamente verde"⁴³.

Hay que organizar la emulación entre los obreros y campesinos que actúan como organizadores prácticos. Hay que combatir toda tentativa de crear clisés y de establecer la uniformidad desde arriba, cosas a que son tan aficionados los intelectuales. Los clisés y la uniformidad desde arriba no tienen nada de común con el centralismo democrático y socialista. La unidad en lo fundamental, en lo cardinal y esencial, lejos de verse perjudicada, está asegurada por *la diversidad* en los detalles, en las particularidades locales, en las formas de *abordar* la práctica, en *los modos* de aplicar el control, en *los métodos* de exterminar y neutralizar a los parásitos (los ricos y los hampones, los haraganes y los intelectuales histéricos, etc., etc.).

La Comuna de París⁴⁴ nos ha ofrecido un magnífico ejemplo de iniciativa, de independencia, de libertad de movimiento y de despliegue de energías desde abajo, todo ello combinado con un centralismo voluntario, al que le son ajenos los clisés. Nuestros Soviets siguen el mismo camino. Pero son todavía "timidos", no han desplegado aún todas sus fuerzas, no han "calado hondo" todavía en su nueva y gigantesca labor creadora del régimen socialista. Es necesario que los Soviets pongan manos a la obra con más audacia e iniciativa. Es preciso que cada "comuna" —cada fábrica, cada aldea, cada sociedad de consumo, cada comité de abastecimiento— actúen, *emulando* entre sí, como organizadores prácticos de la contabilidad y del control del trabajo y de la distribución de los productos. El programa de esa contabilidad y de ese control es sencillo, claro y comprensible para todos: que nadie carezca de pan, que todos usen buen calzado y buena ropa, tengan una vivienda abrigada, trabajen a conciencia y que ni un solo granuja (incluyendo a cuantos esquivan el trabajo) se pasee en libertad, en lugar de estar en la cárcel o cumplir condena a trabajos forzados de los más duros; que ningún rico que contravenga las reglas y leyes del socialismo pueda escapar a la suerte de los pillos, suerte que, en justicia, debe ser la suya. "El que no trabaja, no come": éste es el mandamiento *práctico* del socialismo. Esto es lo que hay que organizar *en la práctica*.

Estos son los éxitos *prácticos* que deben llenar de orgullo a nuestras "comunas" y a nuestros organizadores obreros, campesinos y —con mayor motivo— intelectuales (con *mayor motivo*, pues estos últimos están *muy* acostumbrados, *demasiado* acostumbrados a enorgullecerse de sus indicaciones y resoluciones de carácter general).

Las comunas mismas, las pequeñas células en el campo y en las ciudades, deben imaginar y comprobar en la práctica millares de formas y métodos de contabilidad y control efectivos sobre los ricos, los pillos y los parásitos. La diversidad es en este terreno una garantía de vitalidad, una prenda del éxito en el logro del objetivo común y único: *limpiar* el suelo de Rusia de todos los insectos nocivos, de pulgas (pillos), chinches (ricos), y etc., etc. En un lugar se encarcelará a una docena de ricos, a una docena de truhanes, a media docena de obreros que rehúyen el trabajo (del mismo modo canallesco con que lo hacen en Petrogrado numerosos tipógrafos, sobre todo en las imprentas del partido). En otro se les obligará a limpiar las letrinas. En un tercero se les dará, al salir de la cárcel, cartilla de ex recluso para que todo el pueblo los vigile como seres *nocivos* hasta que se corrijan. En otro se fusilará en el acto a un parásito de cada diez. En otro más se idearán combinaciones de diversos métodos y medios y se recurrirá, por ejemplo, a la libertad condicional de los ricos, intelectuales burgueses, truhanes y maleantes susceptibles de enmienda rápida. Cuanto mayor sea la variedad, tanto mejor y más rica será la experiencia común, tanto más seguro y rápido será el triunfo del socialismo y tanto más fácilmente determinará la práctica —pues sólo ella puede hacerlo— *los mejores* procedimientos y medios de lucha.

¿En qué comuna, en qué barrio de gran ciudad, en qué fábrica y en qué aldea *no hay* hambrientos, *no hay* parados, *no hay* ricos parásitos, *no hay* canallas de entre los lacayos de la burguesía y saboteadores que se dicen intelectuales? ¿Dónde se ha hecho más para aumentar el rendimiento del trabajo, para construir casas nuevas y buenas destinadas a los pobres, para alojar a los pobres en las casas de los ricos, para dar de una manera regular su botella de leche a todos los niños de las familias pobres? Estas son las cuestiones en que debe basarse la *emulación* de las comunas, de las comunidades, de las

asociaciones y cooperativas de consumo y de producción, de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Esta es la labor en que deben destacarse y elevarse *prácticamente* a los puestos de dirección de todo el país *a los organizadores de talento*. Estos elementos abundan en el pueblo, pero se sienten cohibidos. Hay que ayudarles a desarrollarse. Ellos, y *sólo ellos*, pueden, con el apoyo de las masas, salvar a Rusia y salvar la causa del socialismo.

Escrito entre el 24 y 27 de diciembre de 1917 (6-9 de enero de 1918).

T. 35, págs. 195-205.

Publicado por vez primera el 20 de enero de 1929 en el núm. 17 de "Pravda".

Fragmento del
Borrador del proyecto de Programa

Diez tesis sobre el Poder soviético

CONSOLIDACIÓN Y DESARROLLO DEL PODER SOVIÉTICO

Consolidación y desarrollo del Poder soviético como forma, comprobada ya en la práctica y proporcionada por el movimiento de masas y la lucha revolucionaria, de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres (semiproletarios).

La consolidación y el desarrollo deben consistir en el cumplimiento (más amplio, general y metódico) de las tareas planteadas por la historia a esta forma de poder estatal, a este nuevo tipo de Estado, a saber:

(1) agrupación y organización de las masas trabajadoras y explotadas, oprimidas por el capitalismo, y sólo de ellas, es decir, sólo de los obreros y los campesinos pobres, los semiproletarios, excluidas automáticamente las clases explotadoras y los representantes ricos de la pequeña burguesía;

(2) agrupación de la parte más dinámica, activa y consciente de las clases oprimidas, de su vanguardia, la cual debe educar a toda la población trabajadora, sin excepción, a que participe por su cuenta en el gobierno del país en la práctica, y no en teoría.

(4) (3) Supresión del parlamentarismo (como separación de las funciones legislativas de las ejecutivas); unión de la gestión pública legislativa y ejecutiva. Fusión de la administración con la legislación.

(3) (4) Vinculación más estrecha de todo el mecanismo del poder estatal y la administración pública a las masas que las formas anteriores de la democracia.

(5) Creación de una fuerza armada de obreros y campesinos que esté lo menos apartada posible del pueblo

(Soviets = obreros y campesinos armados). Armamento general organizado de todo el país como uno de los primeros pasos hacia el armamento de todo el pueblo.

(6) Una democracia mayor en virtud de la existencia de menos formalismo y más facilidad para elegir y revocar.

(7) Vinculación estrecha (y directa) por ramas y unidades económicas de producción (elecciones por fábricas y por zonas campesinas y de industrias de oficio locales). Esta estrecha vinculación permite realizar hondas transformaciones socialistas.

(8) (Se incluye en parte, si no del todo, en lo anterior) posibilidad de suprimir la burocracia, de valernos sin ella; comienzo de la realización de esta posibilidad.

(9) Traslado del centro de gravedad de los problemas de la democracia del reconocimiento formalista de la igualdad de forma entre la burguesía y el proletariado, entre los pobres y los ricos, al disfrute práctico de la libertad (democracia) por parte de la masa trabajadora y explotada de la población.

(10) El desarrollo sucesivo de la organización soviética del Estado debe consistir en que todo diputado de un Soviet ejerza sin falta una función permanente en la gestión pública al paso que participe en las reuniones del Soviet; además, en que toda la población sea incorporada paulatinamente tanto a participar en la organización de los Soviets (a condición de que se subordine a las organizaciones de los trabajadores) como a ejercer funciones en la gestión pública.

*Escrito no más tarde del 8 de marzo
de 1918.*

T. 36, págs. 71-73.

Discurso pronunciado en el I Congreso de toda Rusia de los Consejos de Economía Nacional

(La aparición del camarada Lenin es acogida con clamorosos aplausos.) Camaradas: Permitidme, ante todo, que salude al Congreso de los Consejos de Economía Nacional en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo. (Aplausos.)

Camaradas: Sobre el Consejo Superior de Economía Nacional ha recaído ahora una tarea difícil y de las más gratas. Es indudable que cuanto más avancen las conquistas de la Revolución de Octubre, cuanto más profundas sean las transformaciones radicales iniciadas por ella, cuanto más firmes sean los cimientos de las conquistas de la revolución socialista y el afianzamiento del régimen socialista, más se elevará el papel de los consejos de economía nacional. Estos organismos serán las únicas instituciones del Estado que ocuparán un lugar firme, tanto más firme cuanto más nos acerquemos al establecimiento del orden socialista, cuanto menos necesario resulte el mecanismo puramente administrativo, el mecanismo que se ocupa sólo de la administración. Después de que sea aplastada definitivamente la resistencia de los explotadores, después de que los trabajadores aprendan a organizar la producción socialista, este mecanismo de administración en el sentido escueto y estricto de la palabra, esta máquina del viejo Estado deberá morir, en tanto que el mecanismo del tipo del Consejo Superior de Economía Nacional está llamado a crecer, a desarrollarse, a fortalecerse, haciéndose totalmente cargo de la actividad principal de la sociedad organizada.

Por eso, camaradas, cuando veo la experiencia de nuestro Consejo Superior de Economía Nacional y de los consejos locales, a cuya actividad está ligado estrecha e indisolublemente, considero que, pese a haber muchas cosas sin terminar, imperfectas y no organizadas, no tenemos el menor motivo para hacer deducciones pesimistas. Porque la tarea que se impone al Consejo Superior de Economía Nacional y todos los consejos regionales y locales es tan gigantesca, tan universal, que no hay absolutamente nada que infunda temor en todo lo que vemos. Con mucha frecuencia —desde nuestro punto de vista, naturalmente, quizá con demasiada frecuencia— no se ha aplicado el proverbio “en cosa alguna pensar mucho y hacer una”. En la organización de la economía al modo socialista, las cosas no resultan tan sencillas, por desgracia, como en ese proverbio.

Nuestras tareas se complican con el paso de todo el poder —esta vez no sólo político, y en primer lugar incluso no político, sino económico, es decir, que afecta a las bases más hondas de la vida cotidiana del hombre— a una nueva clase, a una clase que lleva tras de sí, por vez primera en la historia de la humanidad, a la aplastante mayoría de la población, a toda la masa de trabajadores y explotados. Es evidente a todas luces que en este caso, dadas la grandísima importancia y las grandísimas dificultades de las tareas de organización, cuando tenemos que organizar de una manera completamente nueva las bases más profundas de la vida de centenares de millones de seres, resulta imposible arreglar las cosas de modo tan sencillo como con el proverbio “en cosa alguna pensar mucho y hacer una”. Nosotros, en efecto, no podemos pensar con antelación muchas veces y después hacer y fijar lo que ha sido pensado y ajustado definitivamente. Debemos levantar nuestro edificio económico en el curso mismo del trabajo, probando unas u otras instituciones, observando su actividad en la práctica, comprobándolas con la experiencia colectiva general de los trabajadores y, lo principal, con la experiencia de los resultados del trabajo. Debemos hacer eso sin tardanza en el curso mismo del trabajo y, además, en una situación de lucha a muerte y de furiosa resistencia de los explotadores, cuya rabia crece cuanto más nos acercamos al momento de arrancar definitivamente la última muela cariada de la

explotación capitalista. Es comprensible que, en tales condiciones, no exista el menor motivo para el pesimismo; aunque, claro está, para los ataques rabiosos de la burguesía y de los señores explotadores, heridos en sus mejores sentimientos, significa un gran motivo el que nosotros tengamos, incluso en un corto plazo, que rehacer varias veces en ciertas ocasiones los tipos, estatutos y organismos de dirección de distintas ramas de la economía nacional. Como es natural, para quienes participan demasiado cerca y de modo demasiado directo en este trabajo, rehaciendo incluso tres veces los estatutos, normas y leyes de administración, por ejemplo, de la Dirección General del Transporte Fluvial y Marítimo, no resulta muy agradable, y las satisfacciones que puede reportarles ese género de trabajo no pueden ser muy grandes. Pero si nos abstraemos un poquito del desagrado inmediato que representa rehacer con excesiva frecuencia los decretos o si examinamos un poquito más a fondo y con mayor perspectiva la gigantesca obra histórica universal que ha emprendido el proletariado ruso —por ahora con sus propias fuerzas insuficientes—, comprenderemos en el acto que son inevitables modificaciones incluso más repetidas, pruebas en la práctica de distintos sistemas de administración y de distintas normas de organización de la disciplina. Comprenderemos que, en una obra tan gigantesca, jamás podríamos aspirar —y ningún socialista sensato que haya escrito sobre las perspectivas del futuro ha pensado nunca en ello— a poder crear de una vez y concretar de golpe las formas de organización de la nueva sociedad de acuerdo con una indicación dada de antemano.

Lo único que sabíamos, lo único que nos habían indicado con exactitud los mejores conocedores de la sociedad capitalista, los más grandes cerebros que previeron el desarrollo de esa sociedad, es que la transformación debía seguir, de modo históricamente inevitable, cierta gran pauta, que la propiedad privada de los medios de producción estaba condenada por la historia, que saltaría hecha añicos, que los explotadores serían expropiados sin remedio. Todo eso fue consignado con exactitud científica. Y nosotros lo sabíamos cuando enarbolamos la bandera del socialismo, cuando nos proclamamos socialistas, cuando fundamos los partidos socialistas, cuando empe-

zamos a transformar la sociedad. Lo sabíamos cuando tomamos el poder para emprender la reorganización socialista, pero no podíamos conocer ni las formas de la transformación ni la rapidez del desarrollo de la reorganización concreta. Sólo la experiencia colectiva, sólo la experiencia de millones de personas puede dar en este sentido indicaciones decisivas, precisamente porque para nuestra causa, para la causa de la edificación del socialismo no basta la experiencia de centenares y centenares de miles de componentes de las capas superiores, que hicieron hasta ahora la historia tanto en la sociedad terrateniente como en la sociedad capitalista. Nosotros no podemos proceder así precisamente porque confiamos en la experiencia conjunta, en la experiencia de millones de trabajadores.

Por eso sabemos que la labor de organización, que constituye la tarea principal, cardinal y fundamental de los Soviets, lleva implícita obligatoriamente para nosotros multitud de experimentos, multitud de pasos, multitud de modificaciones, multitud de dificultades, sobre todo en lo que respecta a cómo colocar a cada cual en su sitio, pues en este sentido carecemos de experiencia, tenemos que decidir nosotros mismos cada paso. Y cuanto más graves son los errores en ese camino, tanto mayor es la seguridad de que con cada nuevo incremento del número de afiliados a los sindicatos, con cada nuevo millar, con cada nueva centena de millar de hombres que pasan del campo de los trabajadores, de los explotados —que vivían hasta ahora ateniéndose a las tradiciones, a las costumbres— al campo de los creadores de las instituciones soviéticas, aumenta el número de personas que deben reunir las debidas condiciones y encarrilar acertadamente la obra.

Tomemos una de las tareas secundarias con que tropieza muy a menudo el Consejo de Economía Nacional, el Consejo Superior de Economía Nacional: la tarea de utilizar a los especialistas burgueses. Todos nosotros sabemos —al menos quienes nos basamos en la ciencia y en el socialismo— que esta tarea sólo puede ser cumplida cuando el capitalismo internacional ha desarrollado, y en la medida que lo ha hecho, las premisas materiales, técnicas del trabajo, efectuado a escala gigantesca y basado en los datos de la ciencia y, por ello, en la preparación

de inmensos cuadros de especialistas con instrucción científica. Sabemos que el socialismo es imposible sin eso. Si releemos las obras de los socialistas que durante el último medio siglo observaron el desarrollo del capitalismo y llegaron una y otra vez a la conclusión de que el socialismo es inevitable, veremos que todos ellos, sin excepción, indicaban que sólo el socialismo liberará a la ciencia de sus trabas burguesas, de su sometimiento al capital, de su esclavitud ante los intereses del sucio egoísmo capitalista. Sólo el socialismo permitirá difundir ampliamente y subordinar de verdad la producción y la distribución sociales de los productos según consideraciones científicas al objeto de hacer que la vida de todos los trabajadores sea lo más fácil posible y les dé la posibilidad del bienestar. Sólo el socialismo puede hacer eso. Y sabemos que debe hacerlo, y en la comprensión de esa verdad residen toda la dificultad del marxismo y toda su fuerza.

Debemos realizar esa obra, apoyándonos en los elementos que le son hostiles, pues cuanto más grande se hace el capital, más desarrolla la opresión por parte de la burguesía y el aplastamiento de los obreros. Cuando el poder se encuentra en manos del proletariado y de los campesinos pobres, cuando el poder se plantea el cumplimiento de tareas con el apoyo de esas masas, no tenemos más remedio que llevar a cabo dichas transformaciones socialistas con ayuda de los especialistas burgueses, de unos especialistas que se han educado en la sociedad burguesa, que no han visto otro ambiente, que no pueden imaginarse otro ambiente social. Y por eso, incluso en los casos en que tales hombres son absolutamente sinceros y fieles a su obra, incluso en esos casos están llenos de miles de prejuicios burgueses, están ligados por miles de hilos imperceptibles para ellos a la sociedad burguesa agonizante, en descomposición, y que, por ello, opone furiosa resistencia.

No pueden ocultársenos estas dificultades de la tarea y de su cumplimiento. De todos los socialistas que han escrito de ello, no puedo recordar ni una sola obra socialista conocida por mí o una opinión de socialistas destacados sobre la futura sociedad socialista en las que se indicara la dificultad práctica concreta que habría de surgir ante la clase obrera, después de tomar el poder

al plantearse la tarea de transformar toda la suma de riquísimas reservas de cultura, de conocimientos y de técnica acumuladas por el capitalismo e históricamente necesarias, indispensables para nosotros, de transformar todo eso de instrumento del capitalismo en instrumento del socialismo. Eso es fácil en la fórmula general, en la contraposición abstracta; pero en la lucha contra el capitalismo, que no muere de repente y cuya resistencia se hace tanto más furiosa cuanto más se acerca a la muerte, esta tarea requiere un grandioso trabajo. Si en este terreno se efectúan experimentos, si hacemos correcciones repetidas de errores parciales, ello es inevitable cuando no se consigue de golpe, en una u otra rama de la economía nacional, convertir a los especialistas de servidores del capitalismo en servidores de las masas trabajadoras, en asesores suyos. El hecho de que no logremos eso en el acto no puede suscitar ni un ápice de pesimismo, ya que la tarea que nos señalamos es una tarea de dificultad y significación históricas universales. No cerramos los ojos ante la realidad de que solos, con nuestras propias fuerzas, no podemos hacer íntegramente la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera muchísimo menos atrasado que Rusia, incluso si viviéramos en condiciones más fáciles que las resultantes de cuatro años de una guerra inaudita, dolorosa, dura y ruinosa. Quien vuelve la espalda a la revolución socialista que se desarrolla en Rusia, señalando la flagrante desproporción de fuerzas, se asemeja al anquilosado hombre enfundado que no ve más allá de sus narices, que olvida que no ha habido ninguna transformación radical histórica de cierta importancia sin una serie de casos de desproporción de fuerzas. Las fuerzas crecen en el proceso de la lucha, al unísono con el auge de la revolución. Cuando el país ha emprendido la senda de las más grandes transformaciones, el mérito de este país y del partido de la clase obrera, que ha triunfado en él, consiste en que hemos emprendido de lleno el cumplimiento práctico de las tareas planteadas antes en abstracto, en teoría. Esa experiencia no se olvidará. Pase lo que pase, por duras que sean las vicisitudes de la revolución rusa y de la revolución socialista internacional, no se podrá prescindir de esa experiencia de los obreros, que están unidos ahora en organizaciones sindicales y locales y ponen práctica-

mente manos a la obra de organizar la producción a escala de todo el país. Esa experiencia ha entrado en la historia como una conquista del socialismo, y la futura revolución internacional erigirá sobre ella su edificio socialista.

Me permitiré señalar otra tarea, quizá la más difícil, que debe cumplir prácticamente el Consejo Superior de Economía Nacional. Es la tarea de la disciplina laboral. Hablando en propiedad, cuando nos referimos a ella debemos reconocer y destacar con satisfacción que los primeros que han emprendido por propia iniciativa el cumplimiento de esta tarea, de significación histórica universal, han sido precisamente los sindicatos, sus organizaciones más importantes: el Comité Central del Sindicato de Obreros Metalúrgicos, el Consejo de los Sindicatos de toda Rusia, las organizaciones sindicales superiores, que agrupan a millones de trabajadores. Para comprender esta tarea es preciso hacer abstracción de los pequeños reveses parciales, de las increíbles dificultades, que parecen invencibles si se las toma por separado. Hay que remontarse más alto y contemplar la sucesión histórica de los tipos de economía social. Sólo desde este punto de vista resaltará con claridad qué gigantesca tarea hemos asumido y qué gigantesca importancia tiene el hecho de que el representante más avanzado de la sociedad, las masas trabajadoras y explotadas, hayan acometido esta vez, por propia iniciativa, una misión que en la Rusia feudal anterior a 1861 era cumplida íntegramente por un puñado de terratenientes, que la consideraba obra propia. Su obra consistía entonces en crear unas relaciones y una disciplina que abarcaran a todo el Estado.

Sabemos cómo crearon esa disciplina los terratenientes feudales. Esa disciplina significó opresión, ultrajes, trabajos forzados y sufrimientos inauditos para la mayoría del pueblo. Recordad toda esa transición del régimen de la servidumbre a la economía burguesa. Lo que habéis visto, aunque la mayoría de vosotros no ha podido verlo, y lo que conocéis por las viejas generaciones, este paso que siguió de 1861 a la nueva economía burguesa, el paso de la vieja disciplina feudal del látigo, de la disciplina más absurda, del ultraje y la violencia más insolentes y brutales sobre el hombre, a la disciplina burguesa, a la disciplina del hambre, a la llamada contrata libre, que

en realidad era la disciplina de la esclavitud capitalista; este paso parecía fácil, desde el punto de vista histórico, porque la humanidad pasaba de un explotador a otro explotador, porque una minoría de saqueadores y explotadores del trabajo del pueblo cedía su puesto a otra minoría también de saqueadores y también de explotadores del trabajo del pueblo, porque los terratenientes cedían su puesto a los capitalistas, una minoría a otra minoría, en tanto que las amplias masas de las clases trabajadoras y explotadas seguían oprimidas. E incluso esa sustitución de una disciplina explotadora por otra costó años, si no decenios de esfuerzos, costó años, si no decenios del periodo de transición, cuando los viejos terratenientes feudales consideraban con absoluta sinceridad que se hundía todo, que sería imposible mantener la economía sin el régimen de la servidumbre; cuando el nuevo amo, el capitalista, chocaba a cada paso con dificultades prácticas y abandonaba su hacienda; cuando el signo material, una de las pruebas materiales de la dificultad de esa transición consistía en que Rusia traía máquinas del extranjero para trabajar con ellas, para trabajar con las mejores máquinas, y resultaba que no había ni hombres que supieran manejarlas ni dirigentes. Y en todos los confines de Rusia se observaba que las mejores máquinas estaban tiradas, sin utilizar. He ahí una prueba de hasta qué extremo fue difícil pasar de la vieja disciplina de la servidumbre a la nueva disciplina burguesa, capitalista.

Por tanto, camaradas, si enfocáis las cosas de ese modo, no os dejaréis desorientar por las personas, las clases, la burguesía y los lacayos de la burguesía que se plantean la única misión de sembrar el pánico, extender el desaliento, llevar el total abatimiento a todo el trabajo y presentarlo como condenado al fracaso; que destacan cada caso aislado de indisciplina y descomposición y apuntan con el dedo a la revolución como si hubiera en el mundo, como si hubiera habido en la historia una revolución verdaderamente grande sin descomposición, sin pérdida de la disciplina, sin dolorosos pasos experimentales cuando la masa forja una nueva disciplina. No debemos olvidar que hemos llegado por vez primera a un punto preliminar de la historia en el que millones de trabajadores y explotados están forjando de verdad una nueva disciplina, la disciplina laboral, la disciplina de las

relaciones de camaradas, la disciplina soviética. No pretendemos ni aspiramos a tener éxitos rápidos en este terreno. Sabemos que esta labor ocupará toda una época histórica. Hemos empezado una época histórica, en la que en un país todavía burgués destruimos la disciplina de la sociedad capitalista, la destruimos y nos enorgullecemos de que todos los obreros conscientes y absolutamente todos los campesinos trabajadores ayuden al máximo a destruirla; una época en la que en las masas crece voluntariamente, por propia iniciativa, la conciencia de que deben sustituir esta disciplina, basada en la explotación y la esclavitud de los trabajadores, no por indicación desde arriba, sino por indicación de su experiencia de la vida, de que deben sustituirla con la nueva disciplina del trabajo unido, con la disciplina de los obreros y los campesinos trabajadores, unidos y organizados, de toda Rusia, de un país con decenas y centenas de millones de habitantes. Esta tarea presenta dificultades gigantescas, pero es una tarea grata, ya que sólo cuando la cumplamos prácticamente hincaremos el último clavo en el ataúd de la sociedad capitalista que estamos enterrando. (Aplausos.)

*Pronunciado el 26 de mayo de
1918.*

T. 36, págs. 377-386.

**Sobre las condiciones de ingreso
en los centros
de enseñanza superior
de la RSFSR**

**Proyecto de disposición
del Consejo de Comisarios del Pueblo**

El CCP encarga al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública que prepare inmediatamente una serie de disposiciones y diligencias con vistas a que, si el número de los que soliciten el ingreso en centros de enseñanza superior rebasara la cantidad habitual de vacantes, sean adoptadas las medidas más extraordinarias para asegurar la posibilidad de estudiar a cuantos lo deseen y no pueda haber ningún privilegio, no sólo jurídico, sino de hecho, para las clases poseedoras. Deberán ser admitidos en primer lugar, indefectiblemente, los solicitantes procedentes del proletariado y de los campesinos pobres, a los que se concederán becas en gran proporción.

Escrito el 2 de agosto de 1918.

T. 37, pág. 34.

Fragmento de las tesis

Sobre las tareas de los sindicatos

III

De esa situación se desprenden las siguientes tareas de los sindicatos en el momento que estamos atravesando.

No cabe ni hablar siquiera de "neutralidad" de los sindicatos. Toda propaganda de la neutralidad es o bien un encubrimiento hipócrita del espíritu contrarrevolucionario o bien una manifestación de total inconsciencia.

Ahora somos lo bastante fuertes en el núcleo fundamental del movimiento sindical para poder subordinar a nuestra influencia y la disciplina general proletaria tanto a los elementos no comunistas, atrasados o pasivos, dentro de los sindicatos, como a los sectores de trabajadores que en algunos aspectos siguen siendo pequeñoburgueses.

Por eso, la tarea principal no estriba hoy en romper la resistencia de un enemigo fuerte, pues ya no existe ese enemigo entre las masas del proletariado y del semiproletariado en la Rusia soviética, sino en superar con una labor tesonera, perseverante y más amplia de instrucción y de organización los prejuicios de determinados sectores pequeñoburgueses del proletariado y del semiproletariado, en ampliar de continuo la base del Poder soviético, que todavía no es lo suficientemente extensa (es decir, aumentar el número de obreros y de campesinos pobres que participen de modo directo en la administración pública), en instruir a los sectores atrasados de los trabajadores (no sólo con libros, conferencias y periódicos, sino mediante la participación práctica en la administración)

y en buscar *nuevas formas orgánicas* tanto para estas nuevas tareas del movimiento sindical en general como para atraer a las masas incomparablemente más numerosas del semiproletariado, a los campesinos pobres, pongamos por caso.

Por ejemplo, incorporar a *todos* los miembros de los sindicatos a la administración pública mediante el nombramiento de comisarios, la participación en grupos volantes de control, etc., etc. Incorporar al personal de servicio doméstico, primero, a la labor de las cooperativas, al abastecimiento público, al control de la producción de artículos de uso y consumo, etc., y, más tarde, a un trabajo de mayor responsabilidad y menor estrechez, observando, claro está, la debida gradación.

Incorporar a los "especialistas" a la gestión pública al lado de los obreros e inspeccionar su labor.

Las formas transitorias requieren más amplitud en el terreno de la organización. Por ejemplo, los comités de campesinos pobres en las zonas rurales desempeñan un papel gigantesco. Cabe temer que su fusión con los Soviets conduzca en algunos sitios a dejar a las *masas* semiproletarias *fuera* de la organización permanente. No se puede renunciar a la tarea de organizar a los campesinos pobres so pretexto de que no son obreros asalariados. Se puede y se debe buscar, buscar y buscar nuevas formas, aunque sólo sea, por ejemplo, fundando sindicatos de campesinos pobres (que pueden ser esos mismos comités de campesinos pobres), como sindicatos de los campesinos *más pobres*, (α) no interesados en la especulación del trigo ni en los precios altos del mismo, (β) que aspiran a mejorar sus condiciones de vida con medidas generales para todos, (γ) que aspiran a intensificar el laboreo colectivo de la tierra, (δ) que buscan la alianza permanente con los obreros de la ciudad, etc.

Ese sindicato de campesinos pobres podría constituir una *sección especial* del Consejo de los Sindicatos de toda Rusia para que no se impusiera sobre los elementos netamente proletarios. La forma se puede modificar y se debe buscar en correspondencia con la práctica, con la nueva tarea de abarcar a nuevos tipos sociales de transición (los campesinos pobres no forman parte del proletariado, y ahora ni siquiera del semiproletariado, pero *son los que* más cerca están del semiproletariado,

por cuanto aún no ha desaparecido el capitalismo, y al mismo tiempo *son los que* más simpatizan con la idea del paso al socialismo). . .*

Escrito en diciembre de 1918 y en la primera mitad de enero de 1919. T. 37, págs. 404-406.

Fragmento del
**Informe pronunciado
en el II Congreso de sindicatos
de toda Rusia**

Sabemos ahora que el proletariado ha destacado a varios miles, y tal vez a varias decenas de miles, de proletarios para la gestión del Estado. Sabemos que la nueva clase, el proletariado, cuenta hoy con representantes suyos en cada dominio de la administración pública, en cada sector de empresa socializada o en proceso de socialización, o en la esfera de la economía. Esto lo sabe el proletariado. Ha emprendido esta obra en la práctica y ahora ve que es preciso continuar por este mismo camino, que es preciso dar aún no pocos pasos antes de que se pueda decir: los sindicatos de los trabajadores se han fusionado definitivamente con todo el mecanismo del Estado. Esto ocurrirá cuando los obreros tomen de manera definitiva en sus manos los órganos de coerción de una clase sobre otra. Y se llegará a eso, lo sabemos.

Ahora queremos fijar toda vuestra atención en la obra práctica inmediata. Es necesario ampliar más y más la participación de los propios trabajadores en la dirección de la economía y en el montaje de la nueva producción. Si no cumplimos esta tarea, si no convertimos los sindicatos en organismos de educación de masas diez veces más amplias, para que participen directamente en la administración pública, no llevaremos hasta el fin la obra de la edificación comunista. Esto lo vemos con claridad. Esto se dice en nuestra resolución y en esto último quisiera yo que centraseis, sobre todo, vuestra atención.

Debido a la grandiosa revolución que se ha operado en la historia, al tomar el proletariado en sus manos el

poder del Estado, los sindicatos están dando el más profundo viraje en toda su actividad. Pasan a ser los principales artífices de la nueva sociedad, porque sólo las masas multitudinarias pueden ser las creadoras de esta sociedad. Mientras que en la época de la servidumbre de la gleba el número de estos creadores se contaba por centenares, y mientras en la época del capitalismo edificaron el Estado miles o decenas de miles de personas. Ahora la revolución socialista sólo puede ser llevada a cabo con la participación práctica, activa y directa de decenas de millones de personas en la administración pública. Llevamos esa dirección, pero aún no hemos llegado a eso.

Los sindicatos deben saber que, al lado de las tareas planteadas en parte, y superadas ya en parte, tareas que, aun cuando sigan estando a la orden del día, no pueden dejar de ser tareas menudas para nosotros, al lado de estas tareas de contabilidad, establecimiento de normas y unificación de organizaciones se plantea una tarea mayor y más importante: la de "enseñar a las masas, y no por medio de libros, conferencias y mítines, sino en la experiencia, a administrar y hacer las cosas de manera que sea cada vez más numerosa la capa avanzada que el proletariado ha destacado de su seno a los puestos de dirección y de organización, que vengan a remplazarla nuevos y nuevos sectores obreros, que este nuevo sector se multiplique por diez. Esta tarea parece inmensa y ardua. Pero si pensamos en la rapidez con que la experiencia de la revolución ha permitido cumplir las tareas más inmensas planteadas a partir de Octubre y como anhelan adquirir conocimientos los sectores trabajadores para los que estos conocimientos eran antes inasquibles e innecesarios, si pensamos en esto, la tarea dejará de parecernos inabarcable.

Veremos que podemos cumplir este cometido, que podemos enseñar a masas trabajadoras incomparablemente mayores una obra como la de dirigir el Estado y la industria, que podemos desplegar el trabajo práctico, destruir lo que durante siglos y decenios se ha venido inculcando a las masas obreras: el funesto prejuicio de que la dirección del Estado es obra de unos privilegiados, el prejuicio de que se trata de un arte especial. Eso no es verdad. Cometeremos inevitablemente errores, pero de cada error aprenderán ahora no ya unos grupos de estudiantes que sigan un curso teórico cualquiera de admi-

nistración pública, sino millones de trabajadores que sentirán en su propia carne las consecuencias de cada falta y verán ellos mismos que tienen planteadas las imposterables tareas de llevar la cuenta y distribuir los productos y de elevar el rendimiento del trabajo, que comprobarán por propia experiencia que el poder está en sus manos, que nadie les ayudará si no se ayudan ellos mismos: tal es la nueva sicología que se está formando en la clase obrera, tal es la nueva tarea de colosal trascendencia histórica que se alza ante el proletariado y de la que deben tomar conciencia ante todo los sindicatos y los dirigentes del movimiento sindical. Los sindicatos no son sólo profesionales. Son profesionales hoy en tanto en cuanto están en el único marco posible, ligado con el viejo capitalismo, y engloban al mayor número de trabajadores. Y su misión consiste en poner en movimiento a estos millones y decenas de millones de trabajadores, elevándolos de una actividad simple a otra superior, sin cesar nunca de promover nuevos sectores de la reserva de las masas trabajadoras y sin dejar en ningún momento de propulsarlos con miras al cumplimiento de las tareas más difíciles; educar, por lo tanto, a masas cada vez más amplias con vistas a la gestión pública, fundirse con la lucha del proletariado, que ha asumido las funciones de la dictadura y la ejerce ahora ante todo el mundo, atrayendo cada día en todos los países a nuevos destacamentos de obreros industriales y de socialistas, que ayer toleraban aún las directrices de los socialtraidores y socialdefensistas y hoy se colocan cada día más bajo la bandera del comunismo y de la Internacional Comunista.

Sostener esta bandera y, a la vez, ampliar constantemente las filas de los constructores del socialismo, recordar que las tareas de los sindicatos consisten en ser los artífices de la nueva vida, en ser los educadores de nuevos millones y decenas de millones de seres que aprendan por propia experiencia a no cometer errores y a desechar los viejos prejuicios, que aprendan por propia experiencia a dirigir el Estado y la producción: sólo en esto reside la garantía infalible de que la causa del socialismo venza por completo, excluyendo toda posibilidad de retroceso.

Observación y adición a los proyectos de "Reglamento de la Inspección Obrera y Campesina"

Al camarada Stalin.

Copias a Avanésov, Tomski y
Kiseliov, miembro del Presidium
del CEC de toda Rusia

A mi parecer, deben rehacerse los tres proyectos en uno solo, tomando como base la directriz aprobada por el Comité Central.

Agregar, a mi juicio:

1) El "Departamento" de la Inspección Obrera y Campesina adjunto al Control del Estado debe ser provisional, con la misión de implantar la Inspección Obrera y Campesina *en todos* los departamentos del Control del Estado y entonces desaparecer como departamento especial.

2) Objetivo: hacer que participe en la Inspección Obrera y Campesina *toda* la masa trabajadora, tanto los hombres como, *en particular, las mujeres*.

3) Para ello, confeccionar listas en las localidades (de acuerdo con la Constitución), excluir a los empleados, etc.
— todos los demás deben participar *por turno* en la Inspección Obrera y Campesina.

4) Hacer que esta participación sea diferente, según el grado de desarrollo de los participantes: desde el papel de "testigo de oídas", o testigo ocular, o declarante, o aprendiz, para los obreros y campesinos analfabetos y completamente no desarrollados, hasta el de participante con todos los derechos (o con casi todos), para los que saben leer y escribir, para los desarrollados y *probados* de una manera o de otra.

5) Prestar singular atención (y organizar con reglas rigurosamente precisas) o, lo que es lo mismo, implantar *con mayor amplitud* el control de la Inspección Obrera

y Campesina sobre el recuento de víveres, *mercancías*, depósitos, herramientas, materiales, combustible, etc., etc. (comedores, etc., en particular).

Incorporar *obligatoriamente* a ello a *las mujeres* y, además, *sin excepción*.

6) Para que la incorporación de las masas de participantes no dé lugar a confusiones, hay que establecer una gradación en su utilización, un turno, etc. Es necesario también pensar minuciosamente las formas de participación (dos o tres participantes, y raramente, en casos especiales, más para que no distraigan en vano del trabajo a los empleados).

7) Deberán prepararse instrucciones detalladas.

8) Los funcionarios del Control del Estado deberán estar obligados (en virtud de una instrucción especial), primero, a hacer participar en todas sus operaciones a representantes (o grupos) de la Inspección Obrera y Campesina y, segundo, a pronunciar conferencias en las asambleas *sin partido* de obreros y campesinos (conferencias de acuerdo con un programa aprobado especialmente, en un lenguaje popular, acerca de las bases del Control del Estado y sus métodos: quizá sustituir las conferencias con la lectura de un folleto que publicaremos nosotros (es decir, que publicarán el Control del Estado, Stalin y Avánésov con participación especial del partido) y con el comentario de dicho folleto).

9) Llamar *paulatinamente* a campesinos de las localidades (obligatoriamente campesinos sin partido) para que participen en el Control del Estado en el centro: empezar, por lo menos (si no se puede más), con uno o dos por cada provincia, y *ampliarlo* después, en dependencia del transporte y otras condiciones. Hacer lo mismo para los obreros sin partido.

10) Implantar gradualmente la comprobación de la participación de los trabajadores en el Control del Estado a través del partido y de los sindicatos, es decir, comprobar por su conducto si lo hacen todos y cuáles son los resultados de su participación desde el punto de vista de enseñar a los participantes a gobernar el Estado.

Lenin

24.I.1920

Fragmento del
Discurso pronunciado
en el III Congreso de toda Rusia
de los Consejos de Economía Nacional

Nuestra culpa consiste en que soñamos con hacerlo todo con nuestras propias fuerzas. Lo que más nos falta son funcionarios, y no sabemos sacarlos de los simples obreros y campesinos, entre los que abundan los talentos tanto en el terreno de la administración como en el de la organización. Será mucho mejor que pasemos lo antes posible de las discusiones generales y, en la mayoría de los casos, absolutamente estériles al planteamiento práctico de las cuestiones. Entonces cumpliremos de hecho los deberes de organizadores de la clase de vanguardia y descubriremos cientos y miles de nuevos organizadores de talento. Debemos promoverlos, probarlos, darles tareas y complicar esas tareas. Tengo la esperanza de que, después del Congreso de los Consejos Económicos, después de hacer el balance del trabajo, consigamos emprender ese camino, ampliemos y multipliquemos el número de organizadores para que sea completado y aumentado el sector, desmesuradamente estrecho, que se ha agotado en estos dos años. Porque para cumplir las tareas que nos hemos señalado y que deben sacar a Rusia de la miseria, el hambre y el frío, necesitamos diez veces más organizadores que respondan ante decenas de millones.

Pronunciado el 27 de enero de 1920.

T. 40, pág. 78.

Fragmento del
**Discurso pronunciado
en la Conferencia
de trabajadores sin partido
del distrito de Blagushe-Lefórtovo**

Una de esas importantes decisiones del CEC a la que, a mi juicio, debería prestarse seria atención es la lucha contra el burocratismo en nuestras instituciones. Como una de esas medidas existe la resolución del CEC transformando nuestro aparato de Control del Estado en aparato de control obrero y campesino o de inspección obrera. Sin expulsar a los viejos funcionarios —de la misma manera que no hemos expulsado del ejército a los especialistas, sino que hemos puesto a su lado comisarios obreros—, debemos poner al lado de esos especialistas burgueses grupos de obreros que observen, aprendan y tomen en sus manos este trabajo. Es preciso que los obreros formen parte de todas las instituciones del Estado, que controlen todo el aparato del Estado, y eso han de hacerlo los obreros sin partido, que deben elegir a sus representantes en las conferencias obreras y campesinas sin partido. Hay que acudir en ayuda de los comunistas que se agotan bajo una carga superior a sus fuerzas. Debemos incorporar a ese aparato el mayor número posible de obreros y campesinos. Pondremos manos a la obra, lo haremos y, con ello, expulsaremos al burocratismo de nuestras instituciones. Es preciso que las grandes masas sin partido controlen todos los asuntos del Estado y aprendan ellas mismas a gobernar.

*Pronunciado el 9 de febrero
de 1920.*

T. 40, págs. 127-128.

Fragmento del

Discurso pronunciado en la reunión del Soviet de Moscú de diputados obreros y soldados rojos

Las masas obreras y campesinas, llamadas a crear todo nuestro Estado, deben crear ahora el control estatal. Conseguiréis el personal necesario para este control entre las masas obreras y campesinas, entre la juventud obrera y campesina, en la que se han despertado en grado nunca visto el deseo propio, la disposición y la decisión de tomar en sus manos la administración pública. Aleccionados por la experiencia de la guerra, promoveremos a miles de personas que han pasado por la escuela de los Soviets y que serán capaces de dirigir el Estado. Debéis incorporar a la inspección obrera a los obreros más medrosos, más tímidos y menos desarrollados y hacerles subir. Que se superen en esa labor. Que al ver cómo participa la inspección obrera en los asuntos del Estado pasen paulatinamente de las ocupaciones más sencillas para las que son capaces —al principio sólo como testigos— a desempeñar funciones más importantes en los asuntos públicos. Así extraeréis, de manantiales caudalosos, ayudantes que echarán sobre sus hombros la carga del Estado, que acudirán a ayudar y a trabajar. Necesitamos decenas de miles de nuevos obreros avanzados. Apoyaos en los obreros y campesinos que no pertenecen al partido, apoyaos en ellos, porque nuestro partido, rodeado de enemigos, deberá seguir siendo reducido. En un período en el que los elementos hostiles, recurriendo a todos los medios de lucha, engaño y provocación, tratan de pegarse a nosotros y aprovechar la situación de que el partido gobernante ofrece ciertas ventajas, hay que actuar ligados a los sin partido. Las leyes

relativas a la inspección obrera y campesina dan derecho a incorporar a la administración del Estado a representantes de los obreros y campesinos sin partido y sus conferencias. En este organismo tenéis uno de los medios que permitirá aumentar el número de obreros y campesinos para que en el transcurso de varios años conquistemos la victoria en el frente interior. Esta victoria tardará mucho aún en manifestarse de manera tan simple, decidida y clara como en el frente militar. Esta victoria requiere vigilancia y esfuerzos, y podréis asegurarla si cumplís las tareas de la construcción de Moscú y sus afueras y si ayudáis a la labor general de restablecer el transporte, de crear de nuevo la organización económica de conjunto que nos permitirá librarnos de la influencia directa e indirecta de los especuladores y permitirá vencer las viejas tradiciones del capitalismo. No nos dé pena emplear en eso varios años. Incluso en tales circunstancias semejantes transformaciones sociales serán inusitadas, y sería un gran error marcarse en este terreno tareas a corto plazo.

*Pronunciado el 6 de marzo
de 1920.*

T. 40, págs. 200-202.

Fragmento del

Mandato del Consejo de Trabajo y Defensa a las instituciones de los Soviets locales

7. Ampliación del círculo de funcionarios del Estado dedicados a la edificación económica

Necesitamos particularmente esta ampliación y observamos muy poca regularidad en los esfuerzos por conseguirla. Bajo el capitalismo algunos "patrones" procuraban, a escondidas de otros y poniéndoles la zancadilla, contratar a buenos dependientes, gerentes y directores; hicieron eso durante decenios, y sólo unas cuantas "firmas" mejor organizadas obtenían buenos resultados. Ahora el "patrón" es el Estado obrero y campesino y debe organizar ampliamente, de manera gradual, sistemática y *abierto*, la selección de los mejores trabajadores de la edificación económica, de administradores y organizadores de tipo especial y general, a escala local y nacional. Aún vemos a cada paso la herencia del primer periodo del Poder soviético, a saber: del periodo de la enconadísima guerra civil y del sabotaje rabioso, herencia que se manifiesta en que los comunistas se encierran en un estrecho círculo de gobernantes, temiendo o no sabiendo incorporar a la obra a trabajadores sin partido en número suficiente.

Se debe emprender urgentemente y con todas las fuerzas la corrección de ese defecto. De la masa de obreros, campesinos e intelectuales se promueve a no pocos sin partido capaces y honrados que es preciso elevar a cargos más importantes de la edificación económica, conservando los comunistas el control y la dirección debidos. Por otro lado, hace falta también el control de los sin partido sobre los comunistas; para eso se deben incorporar a la Inspección Obrera y Campesina a grupos de obreros y

campesinos sin partido, probados por su honradez, e incorporarlos, sin cargos algunos, de manera no oficial, a que comprueben y valoren el trabajo.

Las instituciones locales, sobre todo de los subdistritos, distritos y comarcas, que conocen mejor la composición de la masa obrera y campesina, deben presentar en sus cuentas rendidas al Consejo de Trabajo y Defensa *listas* de sin partido que hayan demostrado su honradez en el trabajo, o se hayan destacado simplemente en las conferencias de sin partido, o gocen de respeto indiscutible en la fábrica, aldea, subdistrito, etc., y luego señalar a qué trabajo de la edificación económica se les incorpora. Se debe entender por "trabajo" tanto el desempeño de cargos como la *participación en el control o comprobación sin cargo alguno*, las conferencias regulares no formales, etc.

Se deben dar regularmente, sin falta, respuestas a las preguntas de ese tenor. Sin eso el Estado socialista no puede organizar como es debido la incorporación de las masas a la edificación económica. Hay nuevos trabajadores, honrados y abnegados. Abundan también entre los sin partido. Nosotros no los conocemos. Sólo las cuentas rendidas de los lugares nos ayudarán a conocerlos, probarlos en un trabajo más extenso y paulatinamente ampliado, permitirán suprimir un mal como es el aislamiento de las células comunistas de las masas, mal que se observa en muchos lugares.

Acerca de la depuración del partido

La depuración del partido se ha convertido, por lo visto, en una labor seria y de gigantesca importancia.

Hay lugares en los que se depura el partido apoyándose principalmente en la experiencia y en las indicaciones de obreros sin partido, guiándose por ellas, tomando en consideración a los representantes de la masa proletaria sin partido. Y eso es lo más valioso, lo más importante. Si consiguiéramos efectivamente depurar *de este modo* el partido de arriba abajo, "sin contemplaciones", sería en verdad una gran conquista de la revolución.

Porque las conquistas de la revolución no pueden ser ahora como eran antes. Cambian ineluctablemente de carácter al pasarse del frente de guerra al frente económico, en dependencia del paso a la nueva política económica, de unas condiciones que exigen, en primer término, aumentar la productividad del trabajo y reforzar la disciplina laboral. En un momento así, la conquista principal de la revolución es un mejoramiento interno, no un mejoramiento evidente, que salte a la vista, que se vea en seguida, sino un mejoramiento del trabajo, de su organización y de sus resultados; un mejoramiento en el sentido de lucha contra los elementos pequeñoburgués y anarquista-pequeñoburgués, que corrompen al proletariado y al partido. Para conseguir tal mejoramiento hay que depurar el partido de los elementos que se apartan de las masas (sin hablar ya, por supuesto, de los elementos que deshonran al partido entre las masas). Está claro que no nos

someteremos a todas las indicaciones de la masa, pues la masa se deja llevar también a veces —sobre todo en años de excepcional cansancio y fatiga a consecuencia de las excesivas penalidades y sufrimientos— por estados de ánimo que no tienen nada de avanzados. Mas para juzgar a los hombres, para adoptar una actitud negativa frente a los “intrusos”, frente a los que se han acostumbrado demasiado a “mandar como comisarios”, frente a los “burocratizados”, son valiosas en grado superlativo las indicaciones de la masa proletaria sin partido y, en muchos casos, también las de la masa campesina sin partido. La masa trabajadora percibe con extraordinaria sensibilidad la diferencia entre los comunistas honrados y fieles y los que inspiran repugnancia al hombre que se gana el pan con el sudor de su frente, al hombre que no tiene ningún privilegio ni “acceso a los jefes”.

Es una gran cosa depurar el partido teniendo en cuenta las indicaciones de los trabajadores sin partido. Nos dará resultados importantes. Hará del partido una vanguardia de clase muchísimo más fuerte que antes, una vanguardia más estrechamente ligada a su clase y más capaz de conducirla a la victoria entre un cúmulo de dificultades y peligros.

Como tarea parcial de la depuración del partido, yo señalaría, además, su depuración de ex mencheviques. A mi juicio, de los mencheviques que han ingresado en el partido después de empezar el año de 1918, habría que dejar en él no más de una centésima parte, aproximadamente, y eso después de probar tres y cuatro veces a cada uno de los que dejemos. ¿Por qué? Porque los mencheviques, como tendencia, han demostrado durante el período de 1918 a 1921 dos cualidades propias: primera, la de adaptarse hábilmente, la de “pegarse” a la tendencia dominante entre los obreros; segunda, la de servir más hábilmente aún, en cuerpo y alma, a los guardias blancos, la de servirles de hecho renegando de ellos de palabra. Ambas cualidades dimanarían de toda la historia del menchevismo: baste recordar el “congreso obrero”⁴⁵ de Axelrod, la actitud de los mencheviques ante los democonstitucionalistas (y la monarquía) de palabra y de hecho, etc., etc. Los mencheviques se “pegan” al PCR no sólo, e incluso no tanto, por maquiavelismo⁴⁶ (aunque, en lo que respecta a los métodos de la diplomacia burguesa, los men-

cheviques demostraron ya en 1903 que eran verdaderos maestros en este terreno), como por su "adaptabilidad". Todo oportunista se distingue por su capacidad de adaptación (pero no toda adaptabilidad es oportunismo), y los mencheviques, como oportunistas, se adaptan, digámoslo así, "por principio" a la tendencia dominante entre los obreros, cambian de color para protegerse, como la liebre, que se vuelve blanca en invierno. Hay que conocer esta peculiaridad de los mencheviques y tenerla en cuenta. Y tenerla en cuenta significa depurar el partido del 99%, aproximadamente, de los mencheviques que se han adherido al PCR después de 1918, es decir, cuando la victoria de los bolcheviques empezó a hacerse primero probable y, después, indudable.

El partido debe ser depurado de los granujas, de los burocratizados, de los comunistas deshonestos y carentes de firmeza y de los mencheviques, que han revocado la "fachada", pero que en el fondo del alma siguen siendo mencheviques.

20 de septiembre de 1921.

Publicado el 21 de septiembre de 1921 en el núm. 210 de "Pravda".

T. 44, págs. 122-124

**Mandato acerca de las cuestiones
de la labor económica,
aprobado por el IX Congreso
de los Soviets de toda Rusia**

6. El IX Congreso de los Soviets exige a todos los organismos e instituciones encargados de dirigir la actividad económica que dediquen muchísima más atención y energía que hasta ahora a la incorporación a la labor estatal en la rama correspondiente de todas las fuerzas, por poco destacadas que sean, de los obreros y campesinos sin partido.

El Congreso establece que nos hemos rezagado en este terreno; — que no somos suficientemente sistemáticos y persistentes en este terreno; — que es absoluta e imperiosamente necesario ampliar el número de dirigentes de la economía y del Estado en este terreno; — que todo éxito en el ascenso de la economía debe, en particular, ser recompensado de manera más regular con la Orden de la Bandera de Trabajo y con premios en metálico.

El Congreso de los Soviets llama la atención de todos los organismos económicos y de las organizaciones clasistas de distinto carácter, no puramente gubernamentales, acerca de la necesidad ineludible de trabajar con mayor perseverancia aún para incorporar a la organización de la economía a los especialistas, considerando como tales tanto a los científicos y técnicos como a quienes, mediante su actividad práctica, han adquirido experiencia y conocimientos en el comercio, en la organización de grandes empresas, en el control de las operaciones económicas, etc. El mejoramiento de la situación de los especialistas y la instrucción, bajo su dirección, de un amplio sector de obreros y campesinos deben ser objeto de preocupación constante por parte de las instituciones centrales y locales de la RSFSR.

7. El IX Congreso de los Soviets exige al Comisariado del Pueblo de Justicia que manifieste una energía incomparablemente mayor en dos aspectos:

primero, para que los tribunales populares de la República vigilen rigurosamente la actividad de los comerciantes y patronos privados, sin permitir la menor restricción de la misma, pero castigando severamente, al mismo tiempo, el menor intento de eludir el cumplimiento estricto de las leyes de la República y educando a las grandes masas obreras y campesinas en su participación independiente, rápida y práctica en el control de la observancia de la legalidad;

segundo, para que los tribunales populares presten mayor atención a la persecución judicial del burocratismo, expedienteo y la mala organización de la economía. Los procesos por esta clase de hechos son necesarios para elevar la responsabilidad por un mal contra el que es tan difícil luchar en nuestras condiciones, para fijar la atención de las masas obreras y campesinas en esta importantísima cuestión y para conseguir un fin práctico: mayores éxitos económicos.

El IX Congreso considera que la tarea del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública en el nuevo período consiste en formar, en el plazo más corto posible, especialistas de todas las ramas surgidos de entre los obreros y los campesinos, y propone que se refuercen más aún los vínculos de la instrucción escolar y extraescolar con las tareas económicas actuales tanto de toda la República como de cada región y cada localidad. En particular, el IX Congreso de los Soviets establece que está lejos aún de ser suficiente cuanto se ha hecho para cumplir el acuerdo del VIII Congreso de los Soviets sobre la propaganda del plan de electrificación de Rusia, y exige que en cada central eléctrica se celebren regularmente —mediante la movilización de todas las fuerzas idóneas— charlas, conferencias y clases prácticas a fin de dar a conocer a los obreros y campesinos la electricidad, su importancia y el plan de electrificación; en los distritos donde no existe todavía ni una sola central eléctrica, hay que construir con la mayor rapidez posible centrales eléctricas, aunque sean pequeñas, que deberán convertirse en el centro local de la indicada labor de propaganda, instrucción y estímulo de toda iniciativa en este terreno.

**Proyecto de tesis acerca del papel
y las tareas
de los sindicatos en las condiciones
de la Nueva política económica**

**7. El papel y la participación de los sindicatos
en los organismos económicos y públicos
del Estado proletario**

El proletariado es la base clasista del Estado que lleva a cabo la transición del capitalismo al socialismo. En un país en el que predominan en inmenso grado los pequeños campesinos, el proletariado puede cumplir con éxito esta tarea sólo a condición de que la alianza con la aplastante mayoría de los campesinos se realice de una manera extraordinariamente hábil, prudente y gradual. Los sindicatos deben ser el colaborador más inmediato e indefectible del poder del Estado, que en toda su labor política y económica es dirigido por la vanguardia consciente de la clase obrera: el Partido Comunista. Siendo, en general, escuela de comunismo, los sindicatos deben ser, en particular, escuela de administración de la industria socialista (y luego, paulatinamente, de la agricultura) para toda la masa de obreros y, después, para todos los trabajadores.

Partiendo de estos postulados de principio, hay que establecer las siguientes formas fundamentales de participación de los sindicatos en los organismos económicos y públicos del Estado proletario:

(1) Los sindicatos participan en la formación de todos los organismos económicos y públicos relacionados con la economía, proponiendo candidatos y haciendo oír su voz consultiva; los sindicatos participan también en estos organismos, pero no directamente, sino a través de los miembros —propuestos por ellos y aprobados por el Partido Comunista y el Poder soviético— de las instituciones supremas del Estado, de los

miembros de los organismos económicos colegiados, de los miembros de las administraciones fabriles (allá donde esté admitida esta colegiación), de los administradores y sus adjuntos, etc.

(2) Una de las tareas más importantes de los sindicatos consiste en promover y preparar administradores salidos de las masas obreras y trabajadoras en general. Si hoy tenemos decenas de esos administradores de la industria completamente satisfactorios, y centenares más o menos satisfactorios, en un futuro próximo necesitaremos centenares de los primeros y millares de los segundos. Los sindicatos deben efectuar de una manera muchísimo más minuciosa y perseverante que en la actualidad el registro sistemático de todos los obreros y campesinos aptos para semejante trabajo y la comprobación detallada, polifacética y práctica de los éxitos de su aprendizaje en materia de administración.

(3) No menos importante es la participación de los sindicatos en todos los organismos de planificación del Estado proletario. A la par con su participación en toda la labor cultural y educativa y en la propaganda de la producción, tal actividad de los sindicatos debe atraer con amplitud y profundidad crecientes a la clase obrera y a las masas trabajadoras a toda la organización de la economía estatal, haciéndoles conocer todo el ciclo de la vida económica, todo el ciclo del trabajo industrial, desde el aprovisionamiento de materias primas hasta la venta del producto, y dándoles una idea cada vez más concreta tanto del plan estatal único de la economía socialista como del interés práctico del obrero y del campesino en el cumplimiento de este plan.

(4) La preparación de tarifas y normas de abastecimiento, etc., es parte integrante y necesaria de la labor de los sindicatos en la edificación del socialismo y de su participación en la administración de la industria. En particular, los tribunales disciplinarios deben elevar firmemente la disciplina laboral y las formas educativas de luchar por ella y por el aumento de la productividad, sin inmiscuirse en modo alguno en las funciones de los tribunales populares en general ni en las funciones de la administración.

Esta enumeración de las funciones principales de los sindicatos en la creación de la economía socialista debe ser, sin duda, detallada minuciosamente por los organismos correspondientes de los sindicatos y del Poder soviético. Lo más esencial es que los sindicatos pasen de una manera consciente y resuelta de la intervención directa, no preparada, incompetente e irresponsable en la administración —que ha causado un daño no pequeño— a una labor tesonera y eficaz, calculada para una larga serie de años, tendente a *enseñar en la práctica* a los obreros y a todos los trabajadores a *administrar* la economía de todo el país.

8. La ligazón con las masas como condición fundamental de toda labor de los sindicatos

La ligazón con las masas, es decir, con la inmensa mayoría de obreros (y, después, de todos los trabajadores) es la condición más importante, más fundamental, para que tenga éxito cualquier actividad de los sindicatos. Debe crearse de abajo arriba, hasta lo más alto de la organización de los sindicatos y de su aparato, todo un sistema de camaradas responsables, no integrado obligatoriamente sólo por comunistas, que será comprobado en la práctica tomando como base la experiencia de una larga serie de años. Estos camaradas deben vivir en lo más hondo de la vida obrera, conocerla a lo largo y a lo ancho, saber determinar sin equivocarse el estado de ánimo de las masas ante cualquier cuestión y en cualquier momento, saber definir sus verdaderas demandas, aspiraciones y pensamientos; saber establecer, sin la menor sombra de falsa idealización, su grado de conciencia y la fuerza que tiene la influencia de estos o aquellos prejuicios y vestigios del pasado; saber granjearse la confianza ilimitada de las masas con una actitud de camaradería ante ellas, con una solícita satisfacción de sus necesidades. Uno de los peligros mayores y más terribles para un Partido Comunista modesto numéricamente y que, como vanguardia de la clase obrera, dirige un país inmenso que está efectuando (por ahora sin el apoyo directo de los países más adelantados) la transición al socialismo, es el peligro de alejarse de las masas, el peligro de que la vanguardia

avance demasiado lejos sin haber "alineado el frente", sin conservar una ligazón firme con todo el ejército del trabajo, es decir, con la aplastante mayoría de la masa obrera y campesina. De la misma manera que la mejor fábrica, dotada de un magnífico motor y máquinas de primera calidad, no podrá funcionar si está estropeado el mecanismo de transmisión del motor a las máquinas, de esa misma manera, será inevitable la catástrofe de nuestra edificación socialista si no está estructurado acertadamente o funciona mal el mecanismo de transmisión del Partido Comunista a las masas: los sindicatos. No basta con explicar, recordar y reiterar esta verdad; es preciso refrendarla orgánicamente en toda la estructura de los sindicatos y en su labor cotidiana.

9. Contradicciones en la propia situación de los sindicatos en la dictadura del proletariado

De cuanto queda dicho dimana una serie de contradicciones entre las diversas tareas de los sindicatos. Por un lado, su método principal de acción es la persuasión, la educación; por otro lado, no pueden negarse, como participantes en el poder estatal, a participar en la coerción. Por un lado, su tarea principal es defender los intereses de las masas trabajadoras en el sentido más directo e inmediato de la palabra; por otro lado, como participantes en el poder estatal y constructores de toda la economía nacional en su conjunto, no pueden renunciar a la presión. Por un lado, deben actuar al estilo militar, pues la dictadura del proletariado es la guerra de clases más encarnizada, más tenaz y más desesperada; por otro lado, precisamente en los sindicatos son menos adecuados que en cualquier otro organismo los métodos de trabajo específicamente militares. Por un lado, deben saber adaptarse a las masas, a su nivel concreto; por otro lado, no deben en modo alguno alentar los prejuicios y el atraso de las masas, sino elevarlas a un nivel cada día más alto. Y etcétera, etcétera.

Estas contradicciones no son casuales y no podrán ser suprimidas en el transcurso de varios decenios. Porque, en primer lugar, son contradicciones propias de toda escuela. Y los sindicatos son una escuela de comunismo. No

puede confiarse en que la mayoría de los trabajadores alcanzan antes de varios decenios el más alto desarrollo, que arroje por la borda todos los vestigios y recuerdos de la "escuela" para adultos. En segundo lugar, mientras queden restos del capitalismo y de la pequeña producción, serán inevitables las contradicciones en todo el régimen social entre esos restos y los gérmenes de socialismo.

Las deducciones prácticas que se desprenden de eso tienen un doble carácter. Primera deducción: para que la labor de los sindicatos tenga éxito no basta con comprender bien sus tareas, no basta con estructurarlas acertadamente; es necesario, además, una habilidad singular, saber acercarse a las masas de un modo especial en cada caso concreto, logrando, con los mínimos roces, elevarlas a un peldaño superior en los aspectos cultural, económico y político.

Segunda deducción: las contradicciones indicadas originarán inevitablemente conflictos, desacuerdos, roces, etc. Para resolverlos inmediatamente es necesario un organismo superior con suficiente autoridad. Ese organismo es el Partido Comunista y la agrupación internacional de los partidos comunistas de todos los países: la Comintern.

10. Los sindicatos y los especialistas

Los postulados fundamentales acerca de esta cuestión están expuestos en el Programa del PCR. Pero quedarán sólo en el papel si no se fija reiteradamente la atención en hechos que prueben el grado en que se lleven a la práctica. Esos hechos son, durante los últimos tiempos, los siguientes: primero, los casos de asesinato de ingenieros por los obreros en minas socializadas no sólo de los Urales, sino también de la cuenca del Donets; segundo, el suicidio del ingeniero-jefe del servicio de abastecimiento de aguas de Moscú, V. Oldenbórguer*.

Está claro que la culpa de tales fenómenos recae en un grado incomparablemente mayor sobre el Partido Comunista y el Poder soviético en su conjunto que sobre los sindicatos. Pero no se trata ahora de establecer el grado

* He aquí la información publicada en *Pravda* el 3.I.1922 (reprodúzcase el texto íntegro de esta información de la "Crónica" en la pág. 4).

de culpabilidad política, sino de hacer deducciones políticas concretas. Si todas nuestras instituciones dirigentes, es decir, el Partido Comunista, el Poder soviético y los sindicatos, no consiguen que cuidemos como las niñas de los ojos a cada especialista que trabaje a conciencia, con conocimiento de su labor y amor a ella, aunque sea ajeno por completo al comunismo en el aspecto ideológico, no se podrá ni hablar de éxitos serios en la edificación del socialismo. Todavía tardaremos mucho en lograr, pero debemos lograrlo a toda costa, que los especialistas, como sector social especial —que seguirá siendo un sector especial hasta que se alcance el grado más alto de desarrollo de la sociedad comunista— vivan en el socialismo mejor que en el capitalismo tanto en el aspecto material como en el jurídico, tanto en lo que concierne a la colaboración camaraderil con los obreros y campesinos como en el terreno ideológico, es decir, en el sentido de considerarse satisfechos de su trabajo y tener conciencia de su utilidad social, independizados de los intereses egoístas de la clase capitalista. Nadie estará de acuerdo con considerar organizado satisfactoriamente, ni siquiera en grado mínimo, un departamento en el que no se haga una labor planificada y eficiente orientada a satisfacer todas las necesidades de los especialistas, estimular a los mejores, defender y proteger sus intereses, etc. Los sindicatos deben efectuar toda la labor en estos aspectos (o participar sistemáticamente en la labor correspondiente de los distintos departamentos), no desde el punto de vista de los intereses del departamento correspondiente, sino desde el punto de vista de los intereses del trabajo y de la economía nacional en su conjunto. Sobre los sindicatos recae, en lo que respecta a los especialistas, la labor más dura y difícil: influir cada día en las más vastas masas trabajadoras para que se establezcan relaciones justas entre ellas y los especialistas; y sólo semejante labor puede dar resultados de verdadera importancia.

11. Los sindicatos y las influencias pequeñoburguesas en la clase obrera

Los sindicatos son verdaderos únicamente cuando agrupan a sectores muy amplios de obreros sin partido. De ahí dimana de manera ineluctable, sobre todo en un país

con inmenso predominio del campesinado, la estabilidad relativa, precisamente entre los sindicatos, de las influencias políticas que constituyen una superestructura sobre los restos del capitalismo y sobre la pequeña producción. Se trata de influencias pequeñoburguesas, es decir, por una parte, eseristas y mencheviques (variedad rusa de los partidos de la II Internacional y de la Internacional II y 1/2) y, por otra, anarquistas. Sólo entre estas corrientes ha quedado cierto número, más o menos manifiesto, de personas que defienden el capitalismo no por motivos egoístas de clase, sino ideológicamente, y que siguen creyendo en la significación no clasista de "la democracia", "la igualdad" y "la libertad" en general, predicadas por ellos.

Los vestigios (y, de tarde en tarde, el resurgimiento) de semejantes ideas pequeñoburguesas entre los sindicatos, que se observan en nuestro país, deben ser explicados precisamente por la causa socioeconómica indicada y no por el papel que desempeñan algunos grupos y, menos aún, algunos individuos. Por eso, el Partido Comunista, las instituciones soviéticas dedicadas a la labor cultural y educativa y todos los comunistas en el seno de los sindicatos deben prestar una atención mucho mayor a la lucha ideológica contra las influencias, corrientes y desviaciones pequeñoburguesas entre los sindicatos; tanto más que la nueva política económica no puede dejar de conducir a cierto fortalecimiento del capitalismo. Es imperiosamente necesario un contrapeso a esto, que debe revestir la forma de intensificación de la lucha contra las influencias pequeñoburguesas en la clase obrera.

*Escrito del 30 de diciembre de 1921
al 4 de enero de 1922.*

T. 44, págs. 346-352.

Fragmento del discurso

La situación internacional e interior de la República Soviética

Ayer leí casualmente en *Izvestia* una poesía de Mayakovski sobre un tema político⁴⁷. No figuro entre los admiradores de su talento poético, aunque confieso plenamente mi incompetencia en esta materia. Pero hacía mucho que no experimentaba tal placer desde el punto de vista político y administrativo. En sus versos ridiculiza rotundamente las reuniones y se mofa de los comunistas que no hacen más que reunirse y volverse a reunir. No sé cómo estarán los versos desde el punto de vista de la poesía, pero respondo de que son completamente justos desde el punto de vista de la política. Nos encontramos, en efecto, en la situación (situación muy estúpida, debemos confesarlo) de unas personas que se reúnen una y otra vez, forman comisiones, confeccionan planes, y así hasta lo infinito. Hubo un tipo así en la vida rusa: Oblómov⁴⁸. Se pasaba el tiempo tumbado en la cama y fraguando planes. Desde entonces ha transcurrido mucho tiempo. Rusia ha hecho tres revoluciones, pero, pese a ello, los Oblómov siguen existiendo, ya que Oblómov no era sólo terrateniente, sino también campesino, y no sólo campesino, sino intelectual, y no sólo intelectual, sino obrero y comunista. Basta con ver cómo nos reunimos, cómo trabajamos en las comisiones, para poder decir que *el viejo Oblómov no ha desaparecido y que habrá que lavarlo, limpiarlo, macerarlo y pulirlo durante mucho tiempo para que salga algo de provecho*. En este sentido debemos considerar nuestra situación sin hacernos ilusiones. No hemos imitado a ninguno de los que escriben la palabra "revo-

lución" con mayúscula, como hacen los eseristas. Pero podemos repetir las palabras de Marx de que durante la revolución no se hacen menos tonterías, sino, a veces, más. Hay que ver esas tonterías con sensatez y sin temor: nosotros, los revolucionarios, debemos aprender a hacerlo.

Hemos hecho en esta revolución tantas cosas imprescriptibles, que han triunfado ya definitivamente y conoce todo el mundo, que no debemos en modo alguno turbarlos ni ponernos nerviosos. La situación es hoy tal que, apoyándonos en la exploración efectuada, comprobamos lo que hemos hecho. Esta comprobación tiene una importancia muy grande y debemos partir de ella para seguir avanzando. Y puesto que nos espera soportar la lucha contra los capitalistas, debemos aplicar con decisión nuestro nuevo rumbo. *Debemos estructurar toda nuestra organización de tal modo que al frente de las empresas comerciales de nuestro país no se encuentren hombres carentes de experiencia en este terreno.* En nuestro país se coloca con frecuencia a la cabeza de una institución a un comunista; a un hombre honesto a ciencia cierta, probado en la lucha por el comunismo y que ha pasado por la cárcel. Pero ese hombre no sabe comerciar, y con tal motivo se le coloca al frente de un trust del Estado. Pues bien, ese hombre posee todas las virtudes indiscutibles como comunista, mas el verdadero comerciante, pese a todo, le zurrará. Y hará muy bien, pues en vano se coloca a los más dignos, a los más magníficos comunistas, de cuya fidelidad no dudará nadie que no esté loco, en lugares que debe ocupar un empleado de comercio avisado y concienzudo en el trabajo, que cumplirá su misión mucho mejor que el comunista más fiel. Ahí precisamente se manifiesta nuestro oblomovismo.

Hemos colocado en el trabajo práctico de ejecución a comunistas con todas sus excelentes cualidades, pero completamente inútiles para este trabajo. ¿Cuántos comunistas tenemos en las instituciones del Estado? Tenemos materiales grandiosos y trabajos fundamentales que entusiasmarían al científico alemán más escrupuloso; tenemos montañas de papeles, y serán necesarios cincuenta años de trabajo de la Comisión de Historia del Partido⁴⁹, multiplicados por cincuenta, para ordenar todo eso; pero, en la práctica, en un trust del Estado no conseguiréis nada ni sabréis quién responde de qué. En la práctica, no se

comprueba el cumplimiento de los decretos, que en nuestro país son más que suficientes y que cocemos con esa precipitación que ha descrito Mayakovski. ¿Se cumplen en nuestro país las disposiciones de los funcionarios comunistas responsables? ¿Saben organizar eso? No, eso no se hace, y ésa es la razón de que se cambie la médula de nuestra política interior. ¿Qué son nuestras reuniones y nuestras comisiones? Con mucha frecuencia, un juego. La situación ha mejorado entre nosotros después de que empezamos la depuración del partido y dijimos: "¡Abajo los aprovechados, los intrusos en el partido y los ladrones!" Hemos expulsado a unos cien mil, aproximadamente, y eso es magnífico, mas es sólo el comienzo. En el congreso del partido discutiremos a fondo esta cuestión. Y entonces, creo yo, las decenas de miles que ahora sólo organizan comisiones, que no hacen ningún trabajo práctico, y no saben hacerlo, correrán la misma suerte. Pues bien, cuando nos depuremos de este modo, nuestro partido se dedicará al trabajo práctico y lo entenderá como lo ha entendido en el terreno militar. Como es natural, esta labor no requerirá sólo unos cuantos meses y ni siquiera un solo año. Debemos distinguirnos por nuestra firmeza inquebrantable en esta cuestión. No tememos decir que ha cambiado el carácter de nuestro trabajo. Nuestro peor enemigo interior es el burócrata, el comunista que ocupa un puesto soviético de responsabilidad (y también no de responsabilidad) y que goza del respeto general como hombre concienzudo. Zurra un poco, pero, en cambio, no empuja el codo. No ha aprendido a luchar contra el papeleo, no sabe luchar contra él y lo encubre. *Debemos depurarlos de este enemigo y llegaremos hasta él por conducto de todos los obreros y campesinos conscientes. Toda la masa obrera y campesina sin partido marchará unánimemente, tras el destacamento de vanguardia del Partido Comunista, contra ese enemigo, contra ese desorden y ese oblomovismo. No puede dudarse de ello lo más mínimo.*

Para terminar mi discurso, haré un breve resumen. El juego de Génova⁵⁰ y el juego al fil derecho alrededor de ella no nos harán vacilar lo más mínimo. Ahora no nos cazarán ya. *Vamos a tratar con comerciantes y aceptaremos convenios, continuando nuestra política de concesiones, pero sus límites han sido ya fijados.* Todo lo que hemos dado hasta ahora a los comerciantes en nuestros

contratos lo hemos hecho en el sentido de un paso atrás en nuestra legislación, y no iremos más allá.

En relación con ello, cambian nuestras tareas principales en la política interior, sobre todo en la política económica. No necesitamos nuevos decretos, ni nuevas instituciones, ni nuevos métodos de lucha. *Lo que necesitamos es comprobar la idoneidad de los hombres, comprobar el cumplimiento práctico de la tarea.* La próxima depuración afectará a los comunistas que *se creen* administradores. Será mejor que quienes organizan todas esas comisiones, conferencias y conversaciones, pero no hacen las cosas más sencillas, se encaminen al ámbito de la propaganda, de la agitación y de cualquier otro trabajo útil. Imaginan algo singular y abstruso y se justifican diciendo que hay una nueva política económica y que es necesario inventar algo nuevo. Pero el trabajo que tienen encomendado no se hace. No se preocupan de ahorrar el kopek que se les ha dado ni tratan de transformarlo en dos kopeks, pero confeccionan planes de miles de millones e incluso de billones. Contra ese mal dirigiremos nuestra lucha. *Comprobar a los hombres y comprobar el cumplimiento práctico de la tarea:* en esto, una vez más en esto, y sólo en esto, está hoy el quid de toda la labor, de toda la política. No es obra de unos cuantos meses ni de un año, sino de varios años. Debemos declarar oficialmente en nombre del partido en qué radica ahora la clave del trabajo y, de conformidad con ello, reorganizar las filas. Entonces venceremos también en este nuevo ámbito, de la misma manera que hemos vencido hasta ahora en todas las esferas de trabajo que ha emprendido el poder proletario bolchevique, apoyado por la masa campesina. (Aplausos.)

Pronunciado el 6 de marzo de 1922.

T. 45, págs. 13-16.

Fragmento del
Informe político del Comité Central
del PC(b) de Rusia
presentado al XI Congreso del partido

Pero ahora las cosas se hallan de tal manera que debemos comprobar ya en serio nuestro trabajo, y no como suelen hacerlo las instituciones de control creadas por los mismos comunistas, aunque éstas sean magníficas y estén incluidas en el sistema de las instituciones soviéticas y en el sistema de las instituciones del partido, aunque sean instituciones de control casi ideales; semejante comprobación es una burla desde el punto de vista de la necesidad real de la economía campesina, mas no es, en modo alguno, una burla desde el punto de vista de nuestra edificación. Estamos constituyendo ahora estas instituciones de control, pero no hablo ahora de esa comprobación, sino de la que representa un control desde el punto de vista de la producción masiva.

El capitalista sabía abastecernos. Lo hacía mal, lo hacía saqueando, nos vejaba, nos expoliaba. Esto lo saben los simples obreros y campesinos, que no discuten sobre el comunismo, porque no saben con qué se come.

“Pero los capitalistas, a pesar de todo, sabían abastecer. Y vosotros ¿sabéis? No, vosotros no sabéis”. Estas son las voces que se oían el año pasado, en la primavera —no siempre con claridad—, pero que abonaron el terreno para toda la crisis de la primavera del año pasado. “Sois personas excelentes, pero no sabéis hacer la obra que habéis comenzado, la obra económica”. He aquí la crítica más simple y contundente que el año pasado dirigieron contra el Partido Comunista los campesinos y, por el conducto de ellos, toda una serie de sectores obreros. Por

eso, precisamente, este punto viejo adquiere tanta importancia en el problema de la Nep.

Es necesaria una verdadera comprobación. A nuestro lado actúa el capitalista, actúa saqueando, recoge ganancias, pero sabe hacer las cosas. ¿Y vosotros? Vosotros probáis con procedimientos nuevos: no obtenéis ganancias, los principios son comunistas, los ideales son buenos —bien, os han pintado tan bonitos que parecíais santos dignos de entrar vivos en el paraíso—, pero ¿sabéis hacer las cosas? Hace falta una comprobación, una verdadera comprobación, que no se limite a que la CCC investigue y determine censurar, y el CEC de toda Rusia determine sancionar, no, sino una auténtica comprobación, desde el punto de vista de la producción masiva.

Se ha concedido a los comunistas toda clase de prórrogas, y se les ha dado más crédito que a ningún otro gobierno. Claro es que los comunistas han ayudado al campesino a desembarazarse de los capitalistas y de los terratenientes, esto él lo aprecia, y nos ha concedido prórrogas a crédito, pero todo hasta cierto plazo. Y luego viene ya la comprobación: ¿sabéis administrar no peor que otros? El viejo capitalista sabe, pero vosotros no sabéis.

He aquí la primera enseñanza, la primera parte principal del informe político del CC. Nosotros no sabemos llevar la hacienda pública. Esto se ha demostrado durante este año. Yo desearía tomar como ejemplo, varios "trustats" (expresándome con ese excelente idioma, tan alabado por Turguénev)* y demostrar de qué manera sabemos llevar la hacienda.

Lamento no haber podido, por una serie de razones, y en grado considerable por mi enfermedad, preparar a fondo esta parte del informe y tener que limitarme a exponer mis convicciones, basadas en la observación de lo que ocurre. En el transcurso de este año hemos demostrado con entera claridad que no sabemos llevar la hacienda pública. Esta es la enseñanza principal. O en el año próximo demostramos lo contrario, o el Poder soviético no podrá existir. Y el peligro mayor es que no todos se dan cuenta de eso. Si todos los comunistas que ocupan puestos

* La nota irónica que va entre paréntesis se refiere a la costumbre adquirida de formar nuevas palabras compuestas con abreviaciones, en este caso, "trusts estatales".

de responsabilidad reconocieran claramente: no sabemos, comencemos a estudiar desde el principio y saldremos ganando, sería, a juicio mío, la conclusión principal, fundamental. Pero no lo reconocen y están convencidos de que si alguien piensa así, es gente poco desarrollada que no ha estudiado, según dicen ellos, el comunismo, puede ser que lo estudien y lo lleguen a comprender. Mas no, perdonad, no se trata de que el campesino o el obrero sin partido no haya estudiado el comunismo, sino de que han pasado los tiempos en que bastaba con desarrollar un programa y hacer un llamamiento al pueblo para que cumpliera este gran programa. Y han pasado esos tiempos, ahora hay que demostrar que vosotros, en la difícil situación actual, sabéis ayudar prácticamente a la economía del obrero y del mujik, para que vean que habéis sabido sostener la emulación.

Las sociedades mixtas que hemos comenzado a crear, en las que participan capitalistas privados —rusos y extranjeros—, y comunistas, constituyen una de las formas en que se puede organizar con acierto la emulación, aprender a establecer la conexión con la economía campesina y demostrar que sabemos hacerlo no peor que los capitalistas, que podemos satisfacer las necesidades de esta economía, que podemos ayudar al campesino a avanzar tal y como es ahora, pese a toda su ignorancia, ya que no es posible hacerle cambiar en un plazo corto.

Esa es la emulación que se nos plantea como una tarea absoluta e inaplazable. Ese es precisamente el quid de la nueva política económica y, según mi convicción, todo el fondo de la política del partido. Tenemos todos los problemas y dificultades, puramente políticos, que se quieran. Y vosotros sabéis cuáles son: la Conferencia de Génova, el peligro de intervención... Dificultades inmensas, pero todas ellas insignificantes comparadas con esta dificultad. Allí ya hemos visto cómo se hace eso, allí hemos aprendido mucho, hemos percibido lo que es la diplomacia burguesa. Eso es cosa que nos han venido enseñando quince años los mencheviques, y nosotros hemos aprendido algo de provecho. Eso no es nuevo.

Pero veamos qué debemos hacer en la economía: salir airoso de la emulación con el simple dependiente de comercio, con el simple capitalista o comerciante, que llegará al campesino y no discutirá con él de comunismo

—imaginaos: no discutirá de comunismo—, sino que le dirá: si hay necesidad de abastecer, de comerciar bien, de construir, yo construiré caro; pero puede ser que los comunistas construyan más caro aún, e incluso diez veces más caro. Este es el género de propaganda que presenta ahora todo el fondo del problema, he ahí la clave de la economía.

Repito, hemos obtenido del pueblo una prórroga y crédito gracias a nuestra política justa, y esto, expresándolo en la terminología de la Nep, son letras de cambio, pero ni se indica en ellas cuándo vencen ni por su texto se enteran uno de cuándo serán protestadas. He ahí en qué consiste el peligro, he ahí la particularidad que diferencia estas letras de cambio políticas de las comerciales corrientes. A eso debemos prestar toda nuestra atención, no tranquilizarnos por el hecho de que en todas partes, en los trusts estatales y en las sociedades mixtas, se encuentren los comunistas mejores y más responsables, pues de nada sirve, porque ellos no saben administrar, y en este sentido son peores que un empleadillo capitalista cualquiera que ha pasado por la escuela de una fábrica grande o de una casa importante. No nos damos cuenta de esto, aquí pervive la altanería comunista, la comaltanería, expresándose en ese gran idioma de moda. El problema consiste en que un comunista que desempeña un cargo de responsabilidad —el mejor, el honrado a carta cabal, el más fiel, el que ha pasado por la cárcel y no ha temido a la muerte— no sabe comerciar, porque no es un hombre de negocios, porque no ha estudiado ni quiere estudiar eso y no comprende que debe empezar por el abecé. El, comunista, revolucionario, que ha hecho la revolución más grande del mundo: él, contemplado si no por cuarenta siglos desde la cumbre de las pirámides, sí por cuarenta países europeos con la esperanza de verse libres del capitalismo, debe aprender de un simple empleado que lleva diez años trabajando en una tienda, que conoce este ramo, y él, comunista que ocupa un puesto de responsabilidad y es un revolucionario abnegado no solamente lo desconoce, sino que hasta ignora que lo desconoce.

Pues bien, camaradas, si nosotros corrigiéramos, aunque sólo fuera este primer desconocimiento, ya sería un grandísimo triunfo. Debemos salir de este congreso con la convicción de que eso no lo sabíamos y de que tenemos

que aprender desde el abecé. Pero, a pesar de todo, aún no hemos dejado de ser revolucionarios (aunque muchos dicen, y hasta no sin cierto fundamento, que nos hemos burocratizado) y podemos comprender esta cosa sencilla: que en la obra nueva, extraordinariamente difícil, hay que saber comenzar desde el principio varias veces. Si después de haber comenzado te encuentras en un atolladero, comienzas de nuevo, y así diez veces si es necesario, hasta que te salgas con la tuya. No te envanezcas, no presumas de ser comunista, porque puede haber allí cualquier empleado sin partido, quizá algún guardia blanco, y seguramente un guardia blanco que sabe hacer las cosas que necesariamente deben hacerse en el orden económico, en tanto que tú no lo sabes. Si tú, comunista que ocupas un puesto de responsabilidad, con centenares de categorías y títulos, incluso con el de "caballero" comunista y soviético, llegas a comprender eso, habrás conseguido tu objetivo, pues eso se puede aprender.

Aunque muy pequeños, hemos logrado algunos éxitos este año, pero son insignificantes. Lo principal es que no existe la conciencia, la convicción, muy extendida y compartida por todos los comunistas, de que ahora entre nosotros, entre los comunistas rusos que desempeñamos cargos de responsabilidad y somos leales, ese saber es menor que el de cualquier viejo empleado. Repito, hay que comenzar a estudiar desde el principio. Si tomamos conciencia de esto triunfaremos en la prueba, y es seria la prueba que nos prepara la crisis financiera que se aproxima, la que nos prepara el mercado ruso e internacional, al que estamos subordinados, al que estamos atados, del que no nos podemos separar. Es una prueba seria, ya que en ella nos pueden batir en los aspectos económico y político.

El problema se plantea así y solamente así, porque ésta es una emulación seria y decisiva. Hemos tenido muchos caminos y salidas para nuestras dificultades políticas y económicas. Podemos jactarnos con orgullo de que hasta ahora hemos sabido utilizar todos estos caminos y salidas en diversas combinaciones, adaptándolos a las diferentes situaciones, pero ahora no tenemos ninguna salida. Permittedme que os lo diga sin ninguna exageración, porque en este sentido, realmente, es la "lucha final", y no con el capitalismo internacional —con éste habrá todavía muchas "luchas finales"—, no, sino con el capitalismo ruso, con

ese capitalismo que brota de la pequeña economía campesina y es ayudado por ésta. Y aquí ha de librarse un combate, en un futuro cercano, cuyo plazo aún no se puede fijar con exactitud. Aquí ha de reñirse la "lucha final", aquí no puede haber rodeos políticos ni de ninguna otra clase, ya que ésta es la prueba de la emulación con el capital privado. O salimos airoso de esta prueba de la emulación con el capital privado o será un fracaso completo. Para salir bien de esta prueba tenemos el poder político y un montón de diversos recursos económicos y de otro tipo, tenemos todo lo que queráis, menos capacitación. Falta capacitación. Y por eso, si extraemos esta simple lección de la experiencia del año pasado y la convertimos en nuestra directriz para todo el año 1922, superaremos también esta dificultad a pesar de que es mucho mayor que la dificultad anterior, porque la llevamos dentro de nosotros mismos. Esto no es lo mismo que un enemigo exterior cualquiera. Esta dificultad consiste en que nosotros no queremos reconocer la desagradable verdad que se nos impone ni queremos caer en la desagradable situación en que es necesario caer: comenzar a estudiar desde el principio. Esta es la segunda enseñanza, que, a mi juicio, se deduce de la nueva política económica. . .

Y aquí se debe plantear la cuestión con claridad: ¿en qué consiste nuestra fuerza y qué nos falta? El poder político es absolutamente suficiente. Apenas si habrá alguien aquí que señale que en tal cuestión práctica, en tal institución concreta, los comunistas, el Partido Comunista, tiene insuficiente poder. Hay gente que no deja de pensar en ello, pero es gente que mira incorregiblemente atrás y no comprende que se debe mirar adelante. La fuerza económica fundamental se encuentra en nuestras manos. Todas las grandes empresas decisivas, los ferrocarriles, etc., se encuentran en nuestras manos. Los arriendos, por amplio que sea su desarrollo en algunos sitios, desempeñan en suma un papel de lo más insignificante, constituyen, en general, una parte muy pequeña. El Estado proletario de Rusia dispone de fuerzas económicas completamente suficientes para asegurar el tránsito al comunismo. ¿Qué es, pues, lo que falta? Está bien claro qué es lo que falta: falta cultura en el sector de comunistas que están dirigiendo. Si nos fijamos en Moscú

—4.700 comunistas ocupan cargos de responsabilidad— y observamos esta mole burocrática, este montón, nos preguntamos: ¿Quién conduce a quién? Pongo muy en duda que se pueda decir que los comunistas conducen a ese montón. A decir verdad, no son ellos los que conducen, sino los conducidos. En el caso presente acontece algo semejante a lo que nos relataban en las clases de Historia cuando éramos niños. Nos enseñaban: ocurre a veces que un pueblo conquista a otro, y el pueblo conquistador es el vencedor, y el que ha sido conquistado es el vencido. Esto es muy sencillo y comprensible para todos. ¿Pero qué sucede con la cultura de esos pueblos? Esto no es tan sencillo. Si el pueblo conquistador es más culto que el pueblo conquistado, impone a éste su cultura; pero si es al contrario, acontece que el vencido impone su cultura al vencedor. ¿No ha pasado algo semejante en la capital de la RSFSR, y no ha resultado aquí que 4.700 comunistas (casi una división completa, y todos de los mejores) se ven dominados por una cultura ajena? Aquí se podría tener, por cierto, la impresión de que los vencidos tienen una cultura elevada. Nada de eso. Su cultura es misera, insignificante, pero, sin embargo, superior a la nuestra. Por deplorable y misera que sea, es mayor que la de nuestros militantes comunistas que ocupan cargos de responsabilidad, porque ellos no poseen la suficiente capacitación para dirigir. Los comunistas, al colocarse a la cabeza de las instituciones —y a menudo los colocan adrede y hábilmente los saboteadores para obtener un rótulo—, resultan burlados a menudo. Esta confesión es muy desagradable, o, en todo caso, no es nada agradable, pero creo que debe hacerse, porque en ella reside ahora la clave del problema. A esto se reduce, a juicio mío, la lección política del año pasado; y bajo este signo transcurrirá la lucha del año 1922.

¿Serán capaces de comprender los comunistas de la RSFSR y del PC de Rusia que ocupan cargos de responsabilidad que no saben dirigir, que ellos, que se imaginan ser los que conducen, son, en realidad, los conducidos? Ahora bien, si lo saben comprender, entonces aprenderán, como es natural, porque se puede aprender; mas para eso es necesario estudiar, y aquí no estudian. Lanza a diestro y siniestro órdenes y decretos, y no se consigue en absoluto lo que se quiere.

La emulación y la competición que hemos puesto a la orden del día, al proclamar la Nep, es una emulación seria. Parecerá que se declara en todas las instituciones estatales, pero, en realidad, es una forma más de la lucha entre dos clases enemigas e inconciliables. Es una forma más de lucha de la burguesía contra el proletariado, es una lucha que no ha terminado aún y ni siquiera en las instituciones centrales de Moscú ha sido superada de una manera culta. Ya que generalmente los burgueses conocen las cosas mejor que nuestros mejores comunistas, que tienen todo el poder, todas las posibilidades, y que no saben dar un solo paso con sus derechos y su poder.

Yo quisiera citar un pasaje del libro de Alexandr Todoriski. El libro apareció en la ciudad de Vesiegonsk (existe tal cabeza de distrito en la provincia de Tver), y apareció en el primer aniversario de la revolución soviética en Rusia: el 7 de noviembre de 1918, en tiempos ya muy remotos. Este camarada de Vesiegonsk es, por lo visto, miembro del partido. Hace mucho tiempo que he leído este libro y no doy garantía de que yo no me voy a equivocar en lo que a él se refiere. Relata de qué modo comenzó a instalar dos fábricas soviéticas, cómo incorporó a dos burgueses, e hizo esto a la manera de entonces: bajo la amenaza de privarles de libertad y confiscar todos sus bienes. Fueron incorporados a la reconstrucción de la fábrica. Sabemos de qué manera se incorporaba a la burguesía en 1918 (risas), así que no vale la pena que me detenga en detalles sobre esto: ahora la incorporamos con otros métodos. Pero he aquí la conclusión a que llegó: "Esto es sólo la mitad de la obra: no basta con vencer a la burguesía, hacerle la vida imposible, hay que obligarla a que trabaje para nosotros".

Estas son unas palabras magníficas. Magníficas palabras que demuestran que incluso en la ciudad de Vesiegonsk, incluso en 1918, había una comprensión justa de las relaciones entre el proletariado victorioso y la burguesía vencida.

Si damos al explotador con la badila en los nudillos, si lo dejamos sin fuerza y le hacemos la vida imposible, eso no será más que la mitad de la obra. Y aquí, en Moscú, cerca de 90 militantes de cada 100 que tienen cargos de responsabilidad se figuran que en esto consiste todo, es decir, en hacerle la vida imposible, en dejarlo

sin fuerza, en darle con la badila en los nudillos. Lo que dije de los mencheviques, de los eseristas, de los guardias blancos, lleva muy a menudo sólo a dejarlos sin fuerza, a darles en los nudillos (y puede que no sólo en los nudillos, sino en otros sitios más) y asestarles el golpe de gracia. Pero, sin embargo, esto es sólo la mitad de la obra. Incluso en 1918, cuando lo dijo el camarada de Vesiegonsk, esto era la mitad de la obra, y ahora hasta es menos de una cuarta parte de la obra. Debemos obligar y lograr que trabajen con sus manos para nosotros, y no que los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad estén a la cabeza, tengan rango, pero sigan la corriente a la burguesía. En eso está todo el quid.

Construir la sociedad comunista sólo con los brazos de los comunistas es una idea pueril, completamente pueril. Los comunistas son una gota de agua en el mar, una gota en el mar del pueblo. Sabrán conducir al pueblo por su camino únicamente si saben determinar con exactitud este camino, no sólo en el sentido del desarrollo de la historia universal. En este sentido hemos determinado nuestro camino con absoluta precisión, y la experiencia de cada país nos trae la confirmación de que lo hemos hecho con acierto, y así lo debemos determinar también en nuestra patria, en nuestro país. Nuestro camino se determina no solamente por esto, sino también por el hecho de que no habrá intervención, de que sabremos darle al campesino mercancías a cambio de trigo. El campesino dirá: "Tú eres una persona magnífica, has defendido nuestra patria; por eso te hemos obedecido, pero si no sabes administrar la hacienda pública, largo de aquí". Si, el campesino dirá eso.

Sabremos administrar la hacienda pública si los comunistas saben organizarla con manos ajenas; pero ellos mismos han de aprender de esta burguesía y la dirigirán por el camino que ellos quieran. Mas si el comunista se imagina: "Yo lo sé todo, porque soy un comunista que ocupo un cargo de responsabilidad, he vencido a gente mucho más importante que un empleadillo cualquiera. ¿Acaso era como ésta la que he derrotado en el frente?", precisamente esta moral predominante es la que nos mata.

La parte menos importante de la obra es que dejemos sin fuerza a los explotadores, o que les demos con

la badila en los nudillos, y los despojemos. Esto es preciso hacerlo. Nuestra Dirección Política del Estado y nuestros tribunales deben hacerlo con menos indolencia de lo que lo vienen haciendo hasta ahora, sino que deben recordar que son tribunales proletarios, rodeados de enemigos de todo el mundo. Esto no es difícil, en lo fundamental ya lo hemos aprendido. En esto debe hacerse cierto hincapié, pero es fácil.

Y la segunda parte del triunfo —construir el comunismo con manos no comunistas, saber realizar en la práctica todo lo que hay que hacer en el terreno económico— es encontrar la conexión con la economía campesina, satisfacer al campesino para que éste diga: “Por muy difícil, por muy penosa y atormentadora que sea el hambre, veo que, si bien este poder no es común y habitual, de él se recibe un beneficio práctico, real”. Hay que procurar que los numerosos elementos que nos superan en muchas veces, con los cuales colaboramos, trabajen de manera que podamos observar su trabajo, comprenderlo, y que hagan con sus manos algo útil para el comunismo. Este es el quid de la situación actual, y si bien esto lo han visto y comprendido algunos comunistas, en las amplias masas de nuestro partido no ven la necesidad de incorporar al trabajo a los que no militan en el partido. ¡Cuántas circulares se han escrito sobre esto, cuánto se ha hablado! ¿Y se ha hecho algo en un año? Nada. De cien comités de nuestro partido, ni cinco siquiera podrán mostrar sus resultados prácticos. He aquí hasta qué punto nos hemos retrasado con respecto a las necesidades que tenemos ahora en primer plano, hasta qué punto vivimos en las tradiciones de los años 1918 y 1919. Aquéllos fueron años grandiosos, años de obra histórica universal de lo más grande. Y si sólo se mira atrás, hacia aquellos años, y no se ve qué tarea está ahora en primer plano, eso representará la ruina indudable y absoluta, y todo el quid de la cuestión está en que no nos percatamos de ello.

Acerca de la “doble” subordinación y legalidad

Al camarada Stalin, para el Buró Político

El asunto de la fiscalía ha originado divergencias en la comisión del Comité Central nombrada para dirigir las labores de la sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia. Si estas discrepancias no suscitan la transferencia automática del problema al Buró Político, yo, por mi parte, lo considero de tal importancia que propongo pasarlo al Buró Político para su solución.

La esencia de las discrepancias consiste en lo siguiente: la mayoría de la comisión elegida por el CEC de toda Rusia se ha manifestado en el problema de la Fiscalía en contra de que los representantes locales del ministerio fiscal sean designados sólo por los organismos centrales y estén subordinados únicamente a ellos. La mayoría pide la llamada “doble” subordinación, establecida en general para todos los funcionarios locales; es decir, su subordinación, de una parte, a los organismos centrales, personificados por el Comisariado del Pueblo correspondiente, y de otra parte, al correspondiente Comité Ejecutivo Provincial.

La misma mayoría de la comisión del Comité Ejecutivo Central ha rechazado el derecho de los representantes locales del ministerio fiscal de apelar, desde el punto de vista de la legalidad, contra cualquier decisión de los Comités Ejecutivos provinciales y de las autoridades locales en general.

Me es difícil imaginarme con qué argumentos se puede defender una decisión tan evidentemente errónea de la mayoría de la comisión del CEC. Los únicos argu-

mentos que he oído consisten en que la defensa de la "doble" subordinación es, en este caso, una lucha legítima contra el centralismo burocrático, en defensa de la necesaria independencia local y contra la actitud altiva de los organismos centrales frente a los miembros de los Comités Ejecutivos provinciales. ¿Hay, acaso, altivez en la opinión de que la legalidad no puede ser distinta en Kaluga o en Kazán, sino que debe ser la misma para toda Rusia e incluso única para toda la Federación de Repúblicas Soviéticas? El error fundamental de la opinión que ha triunfado en la mayoría de la comisión del OEC consiste en que sus componentes aplican equivocadamente el principio de la "doble" subordinación. La "doble" subordinación es imprescindible allá donde hay que saber tomar en consideración la inevitabilidad, realmente existente, de diferencias. La agricultura de la provincia de Kaluga se diferencia de la de Kazán. Esto atañe también a toda la industria. Y lo mismo puede decirse de la administración o de la gobernación. No tener en cuenta las peculiaridades locales en todos estos problemas significaría caer en el centralismo burocrático, etc.; significaría dificultar que los funcionarios locales tomen en consideración las peculiaridades locales, lo que constituye la base de todo trabajo racional. Sin embargo, la legalidad debe ser única, y el mayor mal de toda nuestra vida y de toda nuestra incultura es la tolerancia con la tradicional concepción rusa y las costumbres de los semisalvajes, que desean conservar en Kaluga una legalidad diferente a la legalidad de Kazán. No debe olvidarse que, a diferencia de todo poder administrativo, el ministerio fiscal no tiene ningún poder administrativo ni goza de voz decisiva en ningún asunto administrativo. El fiscal tiene derecho y está obligado a hacer una sola cosa: vigilar que rija una interpretación verdaderamente uniforme de la legalidad en toda la República, a pesar de las diferencias locales y a despecho de las influencias locales, cualesquiera que sean. El derecho y el deber del fiscal consisten únicamente en pasar los sumarios al fallo del tribunal. ¿Qué tribunales son esos? En nuestro país, los tribunales son locales. Los jueces son elegidos por los Soviets locales. Por eso, el poder al que el fiscal pasa el proceso de infracción de la ley incoado por él es un poder local. Y este poder local está obligado, por una

parte, a cumplir absolutamente las leyes únicas promulgadas para toda la Federación y, por otra parte, al dictar sentencia, debe tomar en consideración todas las circunstancias locales. Al proceder así, tiene el derecho de decir que, pese a haber sido indudablemente transgredida la ley en el caso dado, existen tales o cuales circunstancias, bien conocidas por los habitantes de la localidad y aclaradas durante la vista de la causa, que obligan al tribunal local a estimar necesario atenuar la pena que se impone a estos o aquellos individuos e incluso a absolver a otros. Si no observamos, cueste lo que cueste, esta condición elementalísima para implantar una legalidad única en toda la Federación, no podremos ni hablar de ninguna protección ni de ninguna creación de la cultura.

De la misma manera, es erróneo por principio decir que el fiscal no debe tener derecho a recurrir contra las decisiones de los Comités Ejecutivos provinciales y de otros órganos de poder locales y que, desde el punto de vista jurídico, debe juzgarlos la Inspección Obrera y Campesina.

La Inspección Obrera y Campesina juzga no sólo desde el punto de vista de la legalidad, sino también desde el punto de vista de la conveniencia. El fiscal responde de que ninguna decisión de las autoridades locales discrepe de la ley, y sólo desde este punto de vista está en el deber de apelar contra toda decisión ilegal; pero el fiscal no tiene derecho a dejar en suspenso las decisiones, sino que viene obligado únicamente a adoptar medidas para que la interpretación de las leyes sea idéntica por completo en toda la República. Por eso, la decisión de la mayoría de la comisión del CEC no sólo constituye un grandioso error de principio, no sólo aplica de una manera absolutamente equivocada el principio de la "doble" subordinación, sino que socava también toda labor encaminada a implantar la legalidad y la cultura mínima.

Además, para resolver este problema hay que tomar en consideración la importancia de las influencias locales. Está fuera de toda duda que vivimos en un mar de ilegalidades y que la influencia local es uno de los mayores enemigos, si no el mayor, de que se implante la legalidad y la cultura. Quizá no se encuentre una persona que no haya oído decir que la depuración del partido ha re-

velado en la mayoría de las comisiones depuradoras locales, como hecho dominante, un ajuste de cuentas personales y locales durante la misma. Es un hecho indiscutible y bastante significativo. Dudo de que haya quien se atreva a negar que a nuestro partido le es más fácil encontrar una docena de comunistas seguros, con suficiente instrucción jurídica y capaces de resistir cualquier influencia puramente local, que encontrar centenares dotados de dichas cualidades. Y a eso, precisamente, se reduce la cuestión cuando se habla de la "doble" subordinación de la Fiscalía y de la necesidad de subordinarla a un solo organismo central. Es en el centro donde debemos encontrar unos diez hombres, que ejercerán el poder fiscal central, personificado en el fiscal general, el Tribunal Supremo y el Colegio del Comisariado del Pueblo de Justicia (doy de lado el problema de si el fiscal general goza de poder unipersonal o comparte ese poder con el Tribunal Supremo y el Colegio del Comisariado del Pueblo de Justicia, pues es un problema completamente secundario y puede ser resuelto de una manera o de otra, en dependencia de que el partido confíe este inmenso poder a una sola persona o lo reparta entre las tres instancias mencionadas). Estos diez hombres, encontrándose en el centro, trabajan bajo la más directa vigilancia y en el más estrecho contacto con las tres instituciones del partido que representan la máxima garantía contra las influencias locales y personales, a saber: el Buró de Organización del CC, el Buró Político del CC y la Comisión Central de Control. Además, esta última institución, es decir, la Comisión Central de Control, responde sólo ante el Congreso del partido y está organizada de tal modo que sus miembros no pueden en absoluto desempeñar otros cargos en ningún Comisariado del Pueblo, en ningún departamento ni en ningún otro órgano del Poder soviético. Está claro que, en tales condiciones, tenemos la máxima garantía que podía imaginarse hasta ahora de que el partido creará un organismo colegiado central poco numeroso, capaz de oponerse de verdad a las influencias locales y al burocratismo local, o de cualquier otro género, y de implantar una auténtica aplicación uniforme de la legalidad en toda la República y en toda la Federación. Por eso, los posibles errores de este organismo jurídico colegiado central serán corregidos en el acto por

los organismos del partido que establecen, en general, todas las concepciones fundamentales y todas las reglas básicas para toda nuestra labor de partido y de los Soviets en toda la República.

Apartarse de eso significaría intentar pasar bajo cuerda una opinión que nadie defiende abierta y francamente, a saber: que en nuestro país han alcanzado ya tan alto desarrollo la cultura y la legalidad, inseparablemente ligada a ella, que podemos garantizar la existencia de un centenar de fiscales absolutamente irreprochables en el sentido de que jamás se dejarán dominar por ninguna influencia local e implantarán por sí solos una legalidad uniforme en toda la República.

En resumen, llego a la conclusión de que defender la "doble" subordinación de la Fiscalía y privar a ésta del derecho de apelar contra cualquier decisión de las autoridades locales no sólo es equivocado por principio, no sólo obstaculiza nuestra tarea fundamental de instaurar firmemente la legalidad, sino que, además, expresa los intereses y prejuicios de la burocracia local y de las influencias locales, es decir, levanta la peor barrera entre los trabajadores y el Poder soviético local y central, así como entre los trabajadores y el poder central del PCR.

Por eso, propongo al CC rechazar en este caso la "doble" subordinación, establecer la subordinación en las autoridades fiscales locales únicamente *al centro* y reservar al ministerio fiscal el derecho y el deber de apelar contra todas y cada una de las decisiones de las autoridades locales desde el punto de vista de la legalidad de dichas decisiones o disposiciones, sin estar facultado para dejarlas en suspenso, y con el derecho exclusivo de pasar los sumarios al fallo del tribunal.

Lenin

Fragmento del

Discurso pronunciado en la IV Sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de la IX legislatura

En 1918, en el mes de agosto, hicimos un censo de nuestro aparato en Moscú. Obtuvimos un total de 231.000 funcionarios del Estado y de los Soviets en Moscú, total que abarca tanto a los empleados de los organismos centrales como a los de los organismos locales moscovitas, urbanos. Hace poco, en octubre de 1922, hicimos este censo una vez más, seguros de que habíamos reducido nuestro exorbitante aparato y de que sería ya, seguramente, menor. Resultó ser de 243.000 personas. Ahí tenéis el resultado de todas las reducciones. Este ejemplo requerirá todavía una gran labor de estudio y comparación. Entonces, en 1918, cuando en el primer ardor de las reformas, por así decirlo, hicimos semejante censo, no pudimos, hablando francamente, extraer casi nada útil de él. No estábamos para eso. La guerra civil no nos dejaba el menor minuto libre. Ahora confiamos en que eso será hecho. Estamos seguros de que nuestro aparato, que adolece de muchísimos defectos, que está hinchado en mucho más del doble y que con frecuencia no trabaja para nosotros, sino en contra de nosotros —no hay por qué temer decir esta verdad, aunque sea desde la tribuna del máximo organismo legislativo de nuestra República— será mejorado. Para mejorarlo harán falta mucho trabajo y mucha habilidad. Hacemos preparativos para una labor muy seria en torno a la cuestión de en qué debe consistir precisamente ese mejoramiento; pero, por ahora, se trata sólo de preparativos: algunos artículos y algunas investigaciones locales. Si todos nosotros salimos

de aquí decididos a prestar a este problema muchísima más atención de la que se le ha prestado habitualmente, decididos a dedicar menos tiempo al ajetreo y el barullo —y a cada paso dedicamos a esto una cantidad excesiva de tiempo—, y si estudiamos de veras nuestro aparato y trabajamos años y años para perfeccionarlo, eso será una grandiosa conquista, eso será el aseguramiento de nuestro éxito. Debemos tener la valentía de decir que creamos nuestro aparato de una manera espontánea. Los mejores obreros asumieron las obligaciones más difíciles tanto en el terreno militar como en el civil, las asumieron a menudo equivocadamente, pero supieron corregirse y trabajar. La correlación entre estos hombres valientes, quizá unas decenas, y los centenares de personas pegadas a las sillas y que sabotean o semisabotean, embrollándose en el fárrago de sus papeles; esta correlación ha hundido a cada paso nuestra obra viva en un exorbitante mar de papeles. Deberemos estudiar del modo más detallado este problema, que hasta ahora no hemos podido abordar. Deberán pasar años y años, deberemos estudiar años y años, porque el nivel cultural de nuestros obreros es bajo y les resulta difícil encargarse de un asunto completamente nuevo de la producción; pero únicamente en los obreros podemos y debemos confiar en el sentido de sinceridad y entusiasmo. Deberán pasar años y años para que consigamos mejorar nuestro aparato estatal y elevarlo —no en el sentido de algunas personas, sino en todo su volumen— a los peldaños superiores de la cultura. Estoy seguro de que si en lo sucesivo consagramos nuestras fuerzas a esta labor, nos acercaremos de manera necesaria e inevitable a los mejores resultados. (Prolongados aplausos.)

Pronunciado el 31 de octubre de 1922. T. 45, págs. 250-251.

I

Carta al congreso⁵¹

Yo aconsejaría con insistencia hacer en este congreso⁵² varios cambios en nuestra estructura política.

Quisiera exponer las consideraciones que estimo más importantes.

Lo primero de todo es elevar el número de miembros del CC a varias decenas e incluso a un centenar. Creo que si no hiciéramos esta reforma, nuestro Comité Central se vería amenazado de grandes peligros, en caso de que el curso de los acontecimientos no nos fuera favorable del todo (y no podemos contar con que nos sea).

También pienso proponer al congreso que se dé carácter legislativo, con ciertas condiciones, a las decisiones del Gosplán, aceptando en este aspecto hasta cierto punto y previas ciertas condiciones, lo que propone el camarada Trotski.

Por lo que se refiere al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del CC, creo que es necesario tanto para elevar el prestigio del CC como para realizar un trabajo serio con miras y mejorar nuestro mecanismo administrativo y evitar que los conflictos de pequeñas partes del CC puedan adquirir una importancia excesiva para todos los destinos del partido.

Opino que nuestro partido está en su derecho, al pedir a la clase obrera un CC de cincuenta a cien miembros, y que ésta puede dárselos sin poner en demasiada tensión sus fuerzas.

Esta reforma haría mucho más sólido a nuestro partido y le facilitaría la lucha que sostiene, rodeado de

Estados hostiles, lucha que, a mi modo de ver, puede y debe enconarse mucho en los años próximos, creo que, gracias a esta medida, la estabilidad de nuestro partido sería mil veces mayor.

Lenin

23.XII.22

Taquiografiado por M. V.

II

Continuación de las notas

24 de diciembre del 22

Por estabilidad del Comité Central, de la que hablaba más arriba, entiendo las medidas contra la escisión en el grado en que puedan ser adoptadas, en general. Porque naturalmente, tenía razón el guardía blanco de *Rús-skaya Mysl* (creo que era S. S. Oldenburg) cuando, primero, en el juego de esas gentes contra la Rusia Soviética cifraba sus esperanzas en la escisión de nuestro partido y segundo, en que ésta se produjera debido a gravísimas discrepancias en el seno del mismo.

Nuestro partido se apoya en dos clases, y por eso es posible su inestabilidad y sería inevitable su caída si estas dos clases no pudieran llegar a un acuerdo. Sería inútil adoptar unas u otras medidas con vistas a esta eventualidad y, en general, divagar en torno a la estabilidad de nuestro CC. En tal caso, no habría medidas capaces de evitar la escisión. Pero confío que eso es cosa de un futuro demasiado lejano y un acontecimiento demasiado improbable para hablar de ello.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un próximo futuro, y tengo el propósito de exponer aquí varias consideraciones de índole puramente personal.

Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son tales miembros del CC como Stalin y Trotski. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, entrañan más de la mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, y a cuyo objeto debe

servir, entre otras cosas, según mi criterio la ampliación del CC hasta cincuenta o cien miembros.

El camarada Stalin, llegado a Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por dotes relevantes. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido y se deja llevar demasiado por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados dirigentes del CC actual pueden conducir sin quererlo, a la escisión, y si nuestro partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede producirse de manera imprevista.

No seguiré caracterizando a los demás miembros del CC por sus cualidades personales. Recordaré sólo que el episodio de Zinóviev y Kámenev⁵³ en Octubre no es, naturalmente, una casualidad, y que de esto se les puede culpar personalmente tan poco como a Trotski de no sentir el bolchevismo.

En cuanto a los jóvenes miembros del CC, diré unas palabras de Bujarin y Piatakov. Son, a mi juicio, los que más se destacan (entre los más jóvenes), y, al tratarse de ellos, se debería tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y notable teórico del partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el partido; pero sus concepciones teóricas pueden calificarse de enteramente marxistas con muchas dudas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido por completo la dialéctica).

25.XII. Viene después Piatakov, hombre sin duda de grandes voluntad y dotes, pero que se deja llevar demasiado por el ejercicio de la administración y el aspecto administrativo de los asuntos para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Naturalmente, una y otra observación son valederas sólo para el presente, suponiendo que estos dos destacados y fieles militantes no encuentren ocasión de comple-

tar sus conocimientos y de corregir su formación unilateral.

Lenin

25. XII. 22

Taquigrafiado por M. V.

Suplemento a la carta del 24 de diciembre de 1922

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de Secretario General. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una pequeñez insignificante. Pero creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y de lo que he escrito antes de las relaciones entre Stalin y Trotski, no es una pequeñez o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

Lenin

Taquigrafiado por L. F.

4 de enero de 1923

III

Continuación de las notas.

26 de diciembre de 1922

La ampliación del CC hasta cincuenta o incluso cien miembros debe perseguir, a mi modo de ver, un fin doble o incluso triple: cuanto mayor sea el número de miembros del CC, tanto más aprenderán a realizar el trabajo de éste y tanto menor será el peligro de una escisión debida a cualquier imprudencia. La incorporación de muchos obreros al CC ayudará a los obreros a mejorar nuestro cuerpo administrativo, que es pésimo. En el fondo lo hemos heredado del viejo régimen, puesto que ha sido absolutamente imposible rehacerlo en un plazo tan corto, sobre todo con la guerra, con el hambre, etc. Por eso podemos contestar tranquilamente a los "críticos" que nos señalan con sonrisa burlona o con malicia los defectos de nuestra administración que no comprenden nada las condiciones de nuestra revolución. En cinco años es im-

posible por completo reformar la administración en medida suficiente, sobre todo atendidas las condiciones en que se ha producido nuestra revolución. Bastante hemos hecho con crear en cinco años un nuevo tipo de Estado en el que los obreros van delante de los campesinos contra la burguesía, lo cual, habida cuenta de la hostil situación internacional, es una obra gigantesca. Pero el saber que eso es así en modo alguno debe impedirnos ver que, en el fondo, hemos tomado la vieja administración del zar y de la burguesía y que ahora, al advenir la paz y cubrir en grado mínimo las necesidades relacionadas con el hambre, todo el trabajo debe orientarse a mejorar la administración.

Yo me imagino las cosas de manera que unas decenas de obreros incluidos en el CC pueden, mejor que cualquier otro, entregarse a la labor de revisar, mejorar y rehacer nuestra administración. La Inspección Obrera y Campesina, a la que en un principio pertenecía esta función, ha sido incapaz de cumplirla y únicamente puede ser empleada como "apéndice" o auxiliar, en determinadas condiciones, de estos miembros del CC. Los obreros que pasen a formar parte del CC deben ser principalmente, a juicio mío, no de los que han actuado largo tiempo en las organizaciones soviéticas (en esta parte de la carta, lo que digo de los obreros se refiere también por completo a los campesinos), porque en ellos han arraigado ya ciertas tradiciones y ciertos prejuicios que es deseable precisamente combatir.

Los obreros que se incorporen al CC deben ser, principalmente, personas que se encuentren por debajo del sector de los que han pasado en los cinco años a ser funcionarios soviéticos, y deben hallarse más cerca de los simples obreros y campesinos, que, sin embargo, no entran, ni directa ni indirectamente, en la categoría de los explotadores. Creo que esos obreros, que asistirán a todas las reuniones del CC y del Buró Político y que leerán todos los documentos del CC, pueden ser un núcleo de fieles partidarios del régimen soviético, capaces, primero, de dar estabilidad al propio CC y, segundo, de aplicarse de verdad a renovar y mejorar la administración.

Lenin

VII

Continuación de las notas
29 de diciembre de 1922

(Para el apartado relativo al aumento del número de miembros del CC)

Al mismo tiempo que se aumenta el número de miembros del CC, éste tiene, a mi juicio, que dedicarse también, y quizá principalmente, a comprobar y mejorar nuestro aparato, que no sirve para nada. Para este fin debemos aprovechar los servicios de especialistas muy calificados, y la tarea de proporcionar estos especialistas debe recaer sobre la Inspección Obrera y Campesina.

El problema de combinar esos especialistas en comprobación, poseedores de conocimientos suficientes, con estos nuevos miembros del CC debe ser resuelto en la práctica.

Me parece que la IOC (a consecuencia de su desarrollo y de nuestras perplejidades con motivo de su desarrollo) ha dado en resumen lo que ahora observamos, a saber: un estado de transición de un Comisariado del Pueblo especial a una función especial de los miembros del CC; de una institución que revisa todo y a todos, a un conjunto de inspectores, escasos en número, pero de primera calidad, que deben estar bien retribuidos (esto es singularmente necesario en nuestro tiempo, en el que las cosas se pagan, y teniendo en cuenta que los inspectores se ponen directamente al servicio de las instituciones que mejor les pagan).

Si el número de miembros del CC es aumentado del modo debido y hacen año tras año un cursillo de administración pública con la ayuda de esos especialistas altamente calificados y de miembros de la Inspección Obrera y Campesina que gocen de gran prestigio en todos los terrenos, yo creo que resolveremos con acierto este pro-

blema, que durante tanto tiempo no hemos conseguido resolver.

O sea, en resumen: hasta 100 miembros del CC y no más de 400 ó 500 auxiliares suyos, que revisen de acuerdo con sus indicaciones y sean miembros de la IOC.

Lenin

29. XII. 1922

Taquigrafiado por M. V.

T. 45, págs. 354-355.

Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina

(Propuesta al XII Congreso del partido)

No cabe duda de que la Inspección Obrera y Campesina (Rabkrín) supone para nosotros una dificultad inmensa y de que esta dificultad no ha sido superada hasta ahora. Creo que no tienen razón los camaradas que la quieren superar negando que la Rabkrín sea útil o necesaria. Pero yo no niego, al paso, que el problema de nuestra administración pública y de su perfeccionamiento sea muy difícil, esté muy lejos de resolverse y, revista, al mismo tiempo, una urgencia extraordinaria.

Nuestra administración pública, excluido el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros, es en sumo grado una supervivencia de la vieja administración que ha sufrido los mínimos cambios de alguna importancia. Sólo ha sido ligeramente retocada por encima; en los demás aspectos sigue siendo lo más típicamente viejo de nuestra vieja administración pública. Pues bien, para encontrar el medio de renovarla de verdad, hay que echar mano, a mi parecer, de la experiencia de nuestra guerra civil.

¿Cómo procedimos en los momentos de mayor riesgo en la guerra civil?

Concentramos las mejores fuerzas del partido en el Ejército Rojo; movilizamos a nuestros mejores obreros; buscamos nuevas fuerzas de trabajo donde arraiga la más profunda raíz de nuestra dictadura.

Por esa misma dirección, estoy convencido de ello, debemos buscar la fuente para reorganizar la Rabkrín. Propongo a nuestro XII Congreso del partido que adopte

el siguiente plan de reorganización, basado en una ampliación peculiar de nuestra Comisión Central de Control.

El Pleno del CC de nuestro partido ha puesto ya de manifiesto su tendencia a desarrollarse en una especie de conferencia superior del partido. Se reúne, por término medio, una vez cada dos meses a lo sumo, y la labor ordinaria realizada en nombre del CC corre a cargo, como es sabido, de nuestro Buró Político, de nuestro Buró de Organización, de nuestro Secretariado, etc. Creo que debemos llegar hasta el fin del camino que así hemos emprendido y transformar definitivamente los plenos del CC en conferencias superiores del partido que se reunirán una vez cada dos meses con la asistencia de la Comisión Central de Control. Esta Comisión Central de Control se unirá, en las condiciones que se expresan a continuación, con la parte fundamental de la Rabkrin reorganizada.

Propongo al congreso que elija entre los obreros y los campesinos de 75 a 100 nuevos miembros para la Comisión Central de Control. Los elegidos deben someterse a la misma comprobación, desde el punto de vista del partido, que los miembros ordinarios del CC, ya que deberán gozar de todos los derechos de éstos.

Por otra parte, la Rabkrin debe contar en total con 300 ó 400 empleados, comprobados en especial en cuanto a honradez y conocimiento de nuestra administración pública y aprobados también en un examen especial de nociones de organización científica del trabajo en general y, en concreto, de las funciones administrativas, del trabajo de oficina, etc.

A juicio mío, esta fusión de la Rabkrin con la Comisión Central de Control rendirá beneficio a ambas instituciones. Por una parte, la Rabkrin ganará de ese modo tanto prestigio que alcanzará, por lo menos, la altura de nuestro Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros. Por otra parte, nuestro CC seguirá definitivamente, con la Comisión Central de Control, por el camino de la transformación de sus plenos, en conferencia superior del partido, camino por el que, en realidad, marcha ya y por el que debe marchar hasta el fin para cumplir felizmente su misión en dos sentidos: en el del curso paulatino, conveniente y sistematizado de su organización y su trabajo, y en el de su ligazón con masas grandes de ver-

dad por el conducto de nuestros mejores obreros y campesinos.

Preveo una objeción, que puede partir directa o indirectamente de las esferas que hacen vieja nuestra administración, es decir, de los partidarios de conservarla en forma que se asemeja hasta lo imposible, hasta lo indecoroso, a la de antes de la revolución, forma que aún conserva en el presente (dicho sea de paso, ahora hemos tenido una ocasión, que rara vez se da en la historia, de fijar los plazos indispensables para hacer cambios sociales radicales, y hoy vemos con claridad *qué* se puede hacer en cinco años y para *qué* se necesitan plazos mucho más largos).

Esta objeción consiste en que, de la transformación propuesta por mí, no resultará más que un caos. Los miembros de la Comisión Central de Control irán por todos los organismos sin saber adónde, a qué ni a quién dirigirse, llevando a todas partes la desorganización, distrayendo a los empleados de su trabajo corriente, etc., etc.

Creo que el malévolo origen de esta objeción es tan evidente que no hace falta ni siquiera responder. Se sobreentiende que tanto el Presídium de la Comisión Central de Control como el comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina y su Consejo (y también, en los casos respectivos, nuestro Secretariado del CC) necesitarán más de un año de tenaz labor para organizar como es debido su Comisariado del Pueblo y su labor conjunta con la Comisión Central de Control. El comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina puede seguir existiendo, a juicio mío, como tal comisario (y debe seguir existiendo), así como todo el Consejo, manteniendo bajo su dirección la labor de toda la Inspección Obrera y Campesina, incluidos todos los miembros de la Comisión Central de Control, los cuales deberán tenerse por "enviados" a su disposición. Según mi plan, los 300 ó 400 empleados restantes de la Rabkrin desempeñarán, por una parte, meras funciones de secretarios de los otros miembros de la Rabkrin y de los miembros suplementarios de la Comisión Central de Control, y, por otra parte, deberán poseer alta capacitación, estar probados en especial, ser seguros en particular y recibir sueldos lo bastante elevados que los eximan por completo de la actual situa-

ción verdaderamente deplorable (por no decir algo peor aún) de funcionarios de la Rabkrín.

Estoy seguro de que la reducción del número de empleados hasta el que he indicado mejorará muchísimo tanto la calidad de los funcionarios de la Rabkrín como la de todo el trabajo, permitiendo, a la vez, al comisario del Pueblo y a los miembros del Consejo centrar toda su atención en la organización del trabajo y en la elevación periódica y constante de la calidad del mismo, elevación de absoluta necesidad para el poder obrero y campesino y para nuestro régimen soviético.

Por otro lado, creo también que el comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina tendrá que aplicarse, en parte, a fundir y, en parte, a coordinar los institutos superiores de organización del trabajo, de los que hay en la República no menos de 12 (Instituto Central del Trabajo, Instituto de Organización Científica del Trabajo, etc.). La uniformidad excesiva y la tendencia a la fusión que de ello se desprende serán perjudiciales. Aquí se debe hallar, por el contrario, un término medio razonable y conveniente entre la fusión de todas estas instituciones en una sola y una acertada delimitación de las mismas con la condición de que cada una de ellas goce de cierta independencia.

No cabe duda de que, con esta transformación, ganará nuestro propio CC no menos que la Rabkrín, ganará en el sentido de su ligazón con las masas, así como en el sentido de la regularidad y la eficacia de su trabajo. Entonces se podrá (y se deberá) implantar un orden más severo y exigir más responsabilidad en la preparación de las sesiones del Buró Político, a las que deberá asistir un determinado número de miembros de la Comisión Central de Control, siendo designados éstos o bien por un cierto período o según cierto plan de organización.

El comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina distribuirá con el Presídium de la Comisión Central de Control el trabajo entre sus miembros, teniendo presente la obligación de éstos a asistir a las reuniones del Buró Político y comprobar todos los documentos que, de uno u otro modo, deberán ser sometidos al examen de éste, o bien teniendo presente la obligación de ellos a dedicar su jornada laboral a la preparación teórica y al estudio de la organización científica del trabajo

o a participar prácticamente en el control y perfeccionamiento de nuestra administración pública, comenzando por los organismos superiores y terminando por los organismos locales inferiores, etc.

Creo también que, además de la ventaja política que reporta el hecho de que los miembros del CC y de la Comisión Central de Control, debido a esta reforma, estarán mucho mejor enterados y preparados para las reuniones del Buró Político (todos los documentos referentes a las mismas deben llegar a manos de todos los miembros del CC y de la Comisión Central de Control 24 horas antes de celebrarse, a más tardar, salvo los casos que no admitan dilación alguna, casos que requieren un orden especial para ponerlos en conocimiento de los miembros del CC y de la Comisión Central de Control y una forma especial para resolverlos), es preciso incluir también la de que en nuestro CC disminuirá la influencia de circunstancias puramente personales y casuales, aminorándose así el peligro de escisión.

Nuestro CC se constituyó como grupo estrictamente centralizado y de sumo prestigio, pero su labor no se ha colocado en las condiciones que corresponden a su prestigio. A ello debe coadyuvar la reforma que propongo, y los miembros de la Comisión Central de Control que deben asistir, en determinado número, a todas las reuniones del Buró Político, tienen que formar un grupo cohesionado, el cual deberá cuidar de que ninguna autoridad, se trate de la de quien se tratare, tanto del secretario general como de cualquier otro miembro del CC, pueda impedirle interpelar, controlar documentos y, en general, ponerse absolutamente al corriente de todos los asuntos y lograr que sus trámites lleven el curso más normal.

Claro que, en nuestra República Soviética, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases, de los obreros y los campesinos, colaboración a la que ahora se admite también, bajo ciertas condiciones, a gente de la Nep, es decir, a la burguesía. Si surgen graves divergencias de clase entre ellas, la escisión será inevitable; pero nuestro régimen social no entraña necesariamente razones que hagan inevitablemente esta escisión, y la misión principal de nuestro Comité Central y de la Comisión Central de Control, así como de nuestro partido en su

conjunto, consiste en estar muy al tanto de las circunstancias que pueden dar motivo a una escisión y prevenirlas, porque, en resumidas cuentas, los destinos de nuestra República dependerán de que las masas campesinas marchen unidas a la clase obrera, conservando la fidelidad a la alianza con ella, o si permitirán a la gente de la Nep, es decir, a la nueva burguesía, apartarlas de los obreros, escindir las de ellos. Cuanto más claro veamos estos dos desenlaces, cuanto más claro lo comprendan todos nuestros obreros y campesinos, tanto mayores serán las probabilidades de poder evitar la escisión, que sería funesta para la República Soviética.

23 de enero de 1923.

Publicado el 25 de enero de 1923 en el núm. 16 de "Pravda". T. 45, págs. 383-388.

Más vale poco y bueno

Por lo que se refiere a la mejora de nuestra administración pública, creo que la Inspección Obrera y Campesina no debe afanarse por la cantidad ni apresurarse. Hemos tenido hasta ahora tan poco tiempo para reflexionar y preocuparnos de la calidad de nuestra administración pública que sería natural la preocupación por que esté preparada con especial seriedad y se concentre en la Inspección Obrera y Campesina a individuos de una cualidad realmente moderna, es decir, no desmerecedores de los mejores modelos eurooccidentales. Desde luego, ésta es una condición harto modesta para una república socialista. Pero el primer lustro nos ha llenado la cabeza de desconfianza y escepticismo. No podemos menos de sentir esa desconfianza y ese escepticismo por los que hablan demasiado y con excesiva ligereza, por ejemplo, de la cultura "proletaria": para empezar nos bastaría una verdadera cultura burguesa; para empezar podríamos prescindir de los tipos más recalcitrantes de culturas de tipo preburgués, es decir, de culturas burocrática, feudal, etc. En los problemas de cultura lo que más perjudica es tener prisa y querer abarcarlo todo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían aplicarse bien al cuento.

Por donde, en lo que se refiere a la administración pública, debemos sacar ahora de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestra administración pública se encuentra en un estado tan deplorable, por no decir detestable, que pri-

mero debemos reflexionar profundamente en la manera de combatir sus deficiencias, recordando que radican en el pasado, el cual, si bien ha sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de cultura perteneciente a tiempos remotos. Planteo aquí el problema de la cultura precisamente porque en estas cosas debe tenerse por logrado únicamente lo que entra en la cultura, en la vida corriente, en las costumbres. Y en nuestro país, puede afirmarse, lo que hay de bueno en la organización social no ha sido meditado a fondo, no ha sido comprendido ni sentido, ha sido tomado al vuelo, no ha sido comprobado, ni ensayado, ni confirmado por la experiencia, ni consolidado, etc. Es natural que tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria y dada la rapidez tan vertiginosa del desarrollo que nos ha llevado en cinco años del zarismo al régimen soviético.

Es preciso sentar cabeza a tiempo. Hay que impregnarse de salvadora desconfianza de un movimiento de avance atropellado, de toda jactancia, etc. Es necesario preocuparse de comprobar los pasos adelante que pregonamos a cada instante, que damos cada momento y luego procuramos demostrar continuamente que no son sólidos, ni serios, ni se comprenden. Lo más nocivo en este caso sería apresurarse. Lo más nocivo sería contar con que sabemos algo, por poco que sea, o pensar que hay entre nosotros un número algo considerable de elementos para organizar una administración realmente nueva y verdaderamente acreedora del nombre de socialista, de soviética, etc.

No, en nuestro país, tal administración e incluso el número de elementos que la forman mueven a risa por lo exiguo, y debemos recordar que, para montarla, no se debe escatimar el tiempo, y eso se llevará muchos, muchísimos años.

¿Qué elementos poseemos para montar esa administración? Solamente dos: primero, los obreros, animados por la lucha en pro del socialismo. Estos elementos no poseen suficiente instrucción. Querrían proporcionarnos una administración mejor, pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. No han alcanzado hasta hoy el desarrollo, ni la cultura indispensable para ello. Y lo que se necesita precisamente es cultura. En este sentido no se puede

hacer nada de golpe y porrazo o de sopetón, con viveza o energía, o con cualquier otra de las mejores cualidades humanas. Segundo, se necesitan conocimientos, educación e instrucción, pues los que tenemos son irrisorios en comparación con todos los demás Estados.

Y en este sentido no hay que olvidar que somos aún demasiado propensos a compensar estos conocimientos (o a creernos que podemos compensarlos) con el celo, la precipitación, etc.

Para renovar nuestra administración pública tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, aprender; segundo, aprender; tercero, aprender; y después, comprobar que lo aprendido no quede reducido a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia en nuestro país), que lo aprendido se haga efectivamente carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. En pocas palabras, no debemos presentar las mismas reivindicaciones que la Europa Occidental burguesa, sino las que puede presentar con dignidad y decoro un país que ha asumido la misión de desarrollarse y hacerse socialista.

Las deducciones de lo expuesto son que debemos hacer de la Inspección Obrera y Campesina, instrumento llamado a mejorar nuestra administración, un organismo realmente modelo.

Para que pueda alcanzar la debida altura, es preciso atenerse a la regla: en cosa alguna, pensar mucho y hacer una.

Para ello es preciso que lo mejor que haya de verdad en nuestro régimen social se aplique con los máximos cuidado, reflexión y conocimiento a la fundación del nuevo Comisariado del Pueblo.

Para ello es preciso que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros avanzados, en primer lugar, y, en segundo, los elementos realmente instruidos —por los cuales se puede responder de que ni se fiarán de las palabras ni pronunciarán una sola contra su conciencia— no teman confesar ninguna dificultad ni se arredren ante lucha alguna para alcanzar el fin propuesto en serio.

Hace ya cinco años que nos venimos ajetreando para

mejorar nuestra administración pública, pero esto es precisamente sólo un ajeteo que en cinco años no ha demostrado más que su ineficacia o incluso su inutilidad y su nocividad. Como todo ajeteo, tenía la apariencia de trabajo; pero, en realidad, entorpecía nuestras instituciones y embrollaba nuestros cerebros.

Es preciso que todo esto cambie al fin.

Hay que tomar por norma: más vale poco en cantidad, pero bueno de calidad. Hay que tomar por norma: más vale esperar dos o incluso tres años a obtener buen personal que apresurarse sin ninguna esperanza de conseguirlo.

Yo sé que será difícil atenerse a esta norma y aplicarla a nuestra realidad. Sé que la norma contraria intentará abrirse camino en nuestro país con mil subterfugios. Sé que habremos de oponer una resistencia gigantesca y mostrar una perseverancia diabólica, que en este sentido el trabajo será, por lo menos durante los primeros años, endemoniadamente ingrato; no obstante, estoy convencido de que sólo obrando así alcanzaremos nuestra meta y que, únicamente después de haberla alcanzado, crearemos una república digna en realidad del nombre de soviética, socialista, etc., etc., etc.

Es posible que muchos lectores encuentren demasiado insignificantes las cifras que cité como ejemplo en mi primer artículo⁵⁴. Estoy seguro de que se podrían aducir muchos cálculos para demostrar que esas cifras son insuficientes. Pero creo que, por encima de esos cálculos y de cálculos de cualquier índole debemos poner una cosa: el interés por una calidad verdaderamente modelo.

Estimo que, en fin, es precisamente éste el momento en que debemos ocuparnos de nuestra administración pública como es debido, con toda seriedad; el momento en que el rasgo más pernicioso de esta labor tal vez sea el apresuramiento. Por esto prevengo encarecidamente contra la exageración de estas cifras. Por el contrario, soy de la opinión de que, en este caso, hay que ser sobre todo parcos en las cifras. Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza hoy ni de sombra de prestigio. Todos saben que no existe una institución peor organizada que nuestra Inspección Obrera y Campesina y que, en las condiciones actuales, no podemos pedir nada a este comi-

sariado. Hemos de recordarlo bien, si queremos proponernos de verdad el fin de tener dentro de unos años una institución que, primero, debe ser modelo; segundo, debe inspirar a todos absoluta confianza y, tercero, debe demostrar a todos sin excepción que está justificada en realidad la labor de una institución tan encumbrada como es la Comisión Central de Control. A mi entender, hay que desterrar en el acto y con decisión toda clase de normas generales sobre el número de empleados. A los de la Inspección Obrera y Campesina debemos seleccionarlos de un modo muy especial y sólo después de haberlos sometido a pruebas rigurosísimas. En efecto, ¿qué objeto tendría montar un Comisariado del Pueblo en el que el trabajo marche de cualquier manera, sin inspirar de nuevo la menor confianza, y en el que la palabra tenga un prestigio ínfimo? Creo que, con la reorganización del género que ahora nos proponemos, nuestro objetivo principal es evitarlo.

Los obreros que incorporaremos a la Comisión Central de Control en calidad de miembros suyos deben ser irreprochables como comunistas, y creo que debemos esforzarnos aún largo tiempo por enseñarles los métodos y las tareas de su trabajo. Además, como auxiliares en esta labor deberá haber un personal determinado de secretaría que será sometido a una triple prueba antes de recibir el nombramiento para su empleo. Por último, los funcionarios que, a título de excepción, decidamos colocar inmediatamente en la Inspección Obrera y Campesina, deben reunir las condiciones siguientes:

Primero, deben estar avalados por varios comunistas;

segundo, deben pasar un examen de conocimiento de nuestra administración pública;

tercero, deben pasar un examen de fundamentos teóricos de nuestra administración pública, de las cuestiones esenciales de la ciencia administrativa, de la tramitación de expedientes, etc.;

cuarto, deben trabajar bien compenetrados con los miembros de la Comisión Central de Control y con su Secretariado de manera que podamos responder del buen funcionamiento de todo este mecanismo en su conjunto.

Sé que estos requisitos presuponen condiciones de magnitud desmedida y mucho me temo que las consideren irrealizables o las acojan con una sonrisa desdeñosa la

mayoría de los "prácticos" de la Inspección Obrera y Campesina. Pero yo pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina o de las personas que están en contacto con ella si me pueden decir con sinceridad qué falta hace, en la práctica, un Comisariado del Pueblo como el de la Inspección Obrera y Campesina. Creo que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la medida. O no vale la pena hacer una reorganización más de las tantas que ya hemos tenido, de algo tan desquiciado como la Inspección Obrera y Campesina, o es preciso plantearse de verdad la tarea de crear en un proceso lento, difícil y fuera de lo común, no sin recurrir a numerosas comprobaciones, algo realmente ejemplar, capaz de infundir respeto a cualquiera, y no sólo porque lo exijan los títulos y los grados.

Si no nos armamos de paciencia ni dedicamos a esta obra unos cuantos años, más vale que no la acometamos en absoluto.

A juicio mío, de las instituciones que tan fecundos hemos sido en crear ya —escuelas superiores del trabajo, etc.—, hay que elegir el mínimo, comprobar si están bien organizadas y permitirles que continúen funcionando sólo si están en realidad a la altura de la ciencia moderna y nos proporcionan todas las conquistas de ésta. Entonces no será utópico esperar que dentro de unos años tengamos una institución capaz de cumplir con su cometido, a saber: afanarse de manera sistemática y constante, gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra república por mejorar nuestra administración pública.

Las labores preparatorias para ello podrían comenzarse hoy ya. Si el Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina estuviera conforme con el plan de esta reorganización, podría comenzar en seguida a dar los pasos previos para trabajar de un modo sistemático hasta llevarlos a completo término, sin apresurarse ni renunciar a rehacer lo que ya se hizo antes.

Toda decisión de medias tintas en ese terreno sería perjudicial en grado superlativo. Las normas de todo tipo de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina que partiesen de cualesquiera otras consideraciones estarían, en el fondo, basadas en las antiguas consideraciones

burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo lo que ha sido ya condenado, en lo que provoca las burlas generales, etc.

En el fondo, el problema se plantea de la manera siguiente:

O demostrar ahora que hemos aprendido de veras algo de la organización del Estado (no es pecado aprender algo en cinco años) o demostrar que no hemos madurado aún para ello; y entonces no vale la pena acometer la obra.

Y creo que, teniendo presente el personal de que disponemos, no será una inmodestia suponer que hemos aprendido ya lo suficiente para reconstruir conforme a un sistema un solo Comisariado del Pueblo al menos. Por cierto, este solo Comisariado del Pueblo debe ser el exponente de todo el conjunto de nuestra administración pública.

Abrir inmediatamente un concurso para redactar dos manuales o más sobre organización del trabajo en general y, en particular, del trabajo administrativo. Se puede tomar como base el libro de Ermanski que ya tenemos, si bien éste, dicho sea entre paréntesis, se distingue por su simpatía manifiesta al menchevismo y no sirve para constituir un manual adecuado al Poder soviético. También se puede tomar como base el libro recién publicado de Kérzhentsev, y, por último, pueden ser útiles asimismo algunos de los textos parciales que tenemos.

Enviar a algunas personas preparadas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra a que recojan bibliografía y estudien este problema. Y digo a Inglaterra por si no fuera posible enviar a nadie a los EE.UU. o al Canadá.

Nombrar una comisión encargada de redactar un programa previo para examinar a los pretendientes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina, así como a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos trabajos y otros parecidos, claro está, no deberán entorpecer la labor del comisario del Pueblo, ni de los miembros del Consejo de la Inspección Obrera y Campesina, ni del Presidium de la Comisión Central de Control.

Paralelamente habrá que nombrar una comisión preparatoria para seleccionar a los pretendientes a miembros de la Comisión Central de Control. Confío en que

para este cargo podremos encontrar ahora a pretendientes de sobra tanto entre los funcionarios con experiencia de todas las entidades como entre los estudiantes de nuestros establecimientos soviéticos de enseñanza. No creo atinado excluir de antemano a tal o cual categoría. Es probable que se haya de preferir para dicha institución a un personal heterogéneo que reúna numerosas cualidades y dotes diferentes, de manera que se habrá de trabajar con ahinco para componer una lista de pretendientes. Por ejemplo, lo que menos sería de desear es que el nuevo Comisariado del Pueblo se constituyera según un patrón único, digamos, del tipo de las personas de carácter de burócrata, o bien excluyendo a las del tipo de los agitadores, a las que se distinguan por su don de gentes o su facultad de penetración en medios no muy habituales para funcionarios de este tipo, etc.

* * *

Creo que expresaré del mejor modo mi pensamiento si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control deberán examinar sistemáticamente, bajo la dirección de su Presídium, todos los papeles y documentos del Buró Político. A la vez, deberán distribuir como es debido su tiempo entre las diversas ocupaciones de control de los expedientes de nuestras instituciones, empezando por las más pequeñas y parciales y acabando por las superiores del Estado. Por último, figurarán asimismo entre sus tareas el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización del trabajo al que se van a dedicar, y el ejercicio de funciones en la práctica bajo la dirección de camaradas con experiencia o de profesores de escuelas superiores de organización del trabajo.

Pero yo creo que en modo alguno deberán limitarse a trabajos académicos de este tipo. Además de realizarlos, habrán de capacitarse para una labor que me atrevería a denominar de preparación para la captura de, no diré granujas, pero sí de algo por el estilo y de invención de estratagemas peculiares para enmascarar sus campañas, sus artimañas, etc.

Semejantes propuestas darían lugar en las instituciones de Europa Occidental a una indignación inaudita, despertarían un sentimiento de escándalo moral, etc., pero

confío en que nosotros no nos hemos burocratizado aún lo suficiente para llegar a eso. En Rusia, la Nep no ha tenido aún tiempo de granjearse tanto respeto como para sentirnos agraviados por la idea de que se pretenda pillar a alguien. La fundación de nuestra República Soviética es cosa tan reciente, y se han amontonado tantos trastos de toda índole, que no creo se le ocurra a nadie sentirse ofendido de pensar que se pueda rebuscar en ese montón de trastos, poniendo en juego algunas tretas y haciendo pesquisas orientadas a veces a fuentes bastante alejadas o dando rodeos bastante grandes; y si se le ocurre a alguien, puede estar seguro de que todos nosotros nos reiremos de él de buena gana.

Confiamos en que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará a un lado esa cualidad que los franceses llaman *pruderie* y que nosotros llamaríamos ridícula gazmoñería o empaque ridículo y que hace el caldo gordo a toda nuestra burocracia, tanto de los Soviets como del partido. Dicho sea entre paréntesis, en nuestro país hay burocracia no sólo en los organismos de los Soviets, sino también en los del partido.

Antes dije que debemos aprender y aprender en las escuelas de organización superior del trabajo, etc., pero esto en modo alguno significa que yo comprenda ese "aprendizaje" de manera algo escolar o que me limite a la idea de enseñar solamente como se hace en las escuelas. Confío en que ni un solo revolucionario de verdad sospechará que, en este caso, renuncio a entender por "aprendizaje" alguna treta empleada medio en broma, alguna astucia, artimaña o algo por el estilo. Sé que en un país respetable y serio de Europa Occidental la sola idea que he exteriorizado sería causa de un espanto verdadero, y ningún funcionario decente aceptaría que se discutiese siquiera. Pero espero que no estemos aún lo bastante burocratizados y que la discusión de esta idea no puede mover más que a risa en nuestro país.

En efecto, ¿por qué no juntar lo útil y lo grato? ¿Por qué no emplear una treta en broma o medio en broma para descubrir algo ridículo, algo pernicioso, algo medio ridículo, medio nocivo, etc.?

Creo que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si examina estas consideraciones y que la lista de los casos que han valido a nuestra Comisión

Central de Control o a sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina algunas de sus victorias más brillantes se verá bastante enriquecida con las andanzas de nuestros futuros "inspectores obrecampinos" y miembros de la "Comcencón" por lugares de no muy grata mención en los respetables y remilgados manuales.

* * *

¿Cómo se pueden fundir los organismos del partido con los de la administración soviética? ¿No hay en eso algo incompatible?

No planteo este problema en nombre mío, sino en el de los aludidos antes por mí cuando dije que tenemos burócratas no sólo en las instituciones soviéticas, sino en las del partido también.

¿Por qué, pues, no fundir efectivamente las unas con las otras, si ello redundaría en beneficio de la obra? ¿Acaso no ha advertido nunca nadie que en un Comisariado del Pueblo, como es el de Negocios Extranjeros, tal fusión es de extraordinaria utilidad y se practica desde su mismo nacimiento? ¿Acaso en el Buró Político no se discuten desde el punto de vista de partido muchos problemas, grandes y pequeños, sobre nuestros "pasos", en respuesta a los "pasos" de las potencias extranjeras, para contrarrestar, digámoslo así, por no emplear una expresión menos decorosa, sus argucias? ¿No es acaso esta flexible unión de los organismos soviéticos con los del partido una fuente de extraordinaria fuerza en nuestra política? Creo que lo que se ha acreditado, lo que se ha consolidado en nuestra política exterior y se ha hecho ya costumbre de manera que no despierta ninguna duda en esta esfera será, por lo menos, tan conveniente (y yo creo que lo será mucho más) para toda nuestra administración pública. Y la Inspección Obrera y Campesina se dedica precisamente a toda nuestra administración pública, y sus labores deben llegar a todas las instituciones públicas sin excepción, tanto a las locales como a las centrales, tanto a las comerciales como a las puramente burocráticas, tanto a las de enseñanza como a los archivos, teatros, etc., en suma, a todas las instituciones sin excepción alguna.

¿Por qué, pues, para una institución de tanta amplitud, cuyas formas de actuación requieren, además, una flexibilidad extraordinaria, ha de ser inaceptable esa fu-

sión peculiar de la institución de control del partido con la institución de control de los Soviets?

Yo no vería en ello ningún obstáculo. Más aún: creo que esa fusión es la única garantía de un trabajo eficiente. Creo que cualquier duda al respecto parte de los rincones más polvorientos de nuestra administración pública y que nuestra respuesta a ella puede ser sólo una: la burla.

* * *

Otra duda: ¿Conviene unir la labor didáctica con el ejercicio del cargo? Me parece que es no sólo conveniente, sino imprescindible. Hablando en general, nos ha dado tiempo de contagiarnos de toda una serie de prejuicios de lo más nocivos y ridículos de la organización estatal de Europa Occidental, pese a nuestra actitud revolucionaria ante ella; y en parte, nos han contagiado adrede nuestros queridos burócratas, especulando con la malévola intención de sacar ganancia reiterada del río revuelto de tales prejuicios; han sacado de ese río revuelto tanta ganancia de pescadores que sólo quienes entre nosotros estaban completamente ciegos no han visto lo mucho que se ha practicado esa pesca.

En todo el ámbito de las relaciones sociales, económicas y políticas somos unos revolucionarios "terribles". Pero en el terreno de la veneración de los superiores y de la observancia de las formas y los ritos de tramitación de los expedientes, nuestro "revolucionarismo" es remplazado a menudo por una rutina de lo más rancia. En este dominio se puede ver muchas veces un fenómeno interesantísimo: cómo un gran salto adelante en la vida de la sociedad va asociado a una monstruosa timidez ante los menores cambios.

Y se comprende, porque los pasos adelante más atrevidos se han dado en un terreno que, desde hace mucho, es patrimonio de la teoría, en un terreno que era cultivado principalmente o casi exclusivamente en teoría. El ruso se desahogaba en casa, con especulaciones teóricas de atrevimiento extraordinario, contra la abominable realidad burocrática, razón por la cual esas especulaciones teóricas excesivamente audaces adquirían entre nosotros un carácter muy unilateral. En Rusia se daban la mano el atrevimiento teórico en las especulaciones generales y

una timidez sorprendente ante las reformas oficinescas más insignificantes. Cualquier revolución agraria de la mayor trascendencia universal era meditada con una audacia sin precedente en otros Estados, pero, a la vez, faltaba imaginación para realizar una reforma oficinesca de décimo orden, faltaba imaginación o paciencia para aplicar a esa reforma los mismos principios generales que daban resultados tan "brillantes" en su aplicación a problemas generales.

Y por eso, nuestra actual vida cotidiana reúne en grado sorprendente rasgos de increíble osadía y timidez de pensamiento ante los menores cambios.

Creo que tampoco ha sido de otra manera en ninguna revolución verdaderamente grande, porque las revoluciones grandes de verdad nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre la tendencia al cultivo de lo viejo y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya tan nuevo que no contenga ni un grano de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más se prolongará el período en que se mantenga cierto número de dichas contradicciones.

* *

El rasgo general de nuestra vida consiste ahora en lo siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos intentado arrasar las instituciones medievales, la propiedad agraria de los terratenientes, y en este terreno hemos establecido a los campesinos pequeños y pequeñísimos, que siguen al proletariado por la confianza que tienen en los resultados de su labor revolucionaria. Sin embargo, no nos será fácil sostenernos con esta sola confianza hasta el triunfo de la revolución socialista en los países más desarrollados, porque los campesinos pequeños y pequeñísimos, sobre todo durante la Nep, siguen estando, por necesidad económica, a un nivel bajísimo de productividad del trabajo. Además, la situación internacional ha dado lugar a que Rusia haya sido lanzada atrás, a que, en total, el rendimiento del trabajo del pueblo sea hoy en nuestro país bastante inferior al de antes de la guerra. Las potencias capitalistas eurooccidentales, en parte de manera consciente y en parte de un modo espontáneo, han hecho todo lo que estaba a su alcance para lanzarnos atrás, para aprovechar los elementos de guerra

civil en Rusia con objeto de arruinar lo más posible al país. Este desenlace precisamente de la guerra imperialista les parecía tener, como es natural, considerables ventajas: si no llegamos a derribar el régimen revolucionario en Rusia, en todo caso entorpeceremos su avance hacia el socialismo; así se discurría, poco más o menos, en esas potencias; y, desde su punto de vista, no se podía discurrir de otra manera. Como resultado, han cumplido a medias su tarea. No han logrado derrocar el nuevo régimen traído por la revolución, pero tampoco le han brindado la posibilidad de dar en el acto un paso adelante que acredite los pronósticos de los socialistas, un paso que permita a éstos desarrollar con rapidez colosal las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, sumadas, dieran el socialismo, demostrar en la práctica, con toda evidencia, a cada cual, que el socialismo entraña fuerzas gigantescas y que la humanidad ha pasado ahora a una nueva fase de desarrollo que entraña posibilidades brillantes en grado sumo.

El sistema de las relaciones internacionales se ha formado hoy de manera que uno de los Estados de Europa, Alemania, se encuentra avasallado por los Estados vencedores. Además, y gracias a la victoria, varios Estados, por cierto los más antiguos de Occidente, están en condiciones de poder aprovechar esa misma victoria para hacer a sus clases oprimidas una serie de concesiones que, si bien son de poca monta, demoran el movimiento revolucionario en ellos y crean una apariencia de "paz social".

A la vez, otros países —el Oriente, la India, China, etc.— se han visto definitivamente fuera de sus cauces a causa precisamente de la última guerra imperialista. Su desarrollo marcha definitivamente por la vía general del capitalismo europeo. Ha comenzado en ellos la misma efervescencia que en toda Europa. Y el mundo entero ve ahora claro que se desarrollan en un sentido que no puede menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial.

Así pues, hoy nos hallamos ante el siguiente problema: ¿podremos mantenernos con nuestra pequeña y pequenísima producción campesina, dada la ruina en que estamos sumidos, hasta que los países capitalistas de Europa Occidental culminen su desarrollo hacia el socialismo? Pero lo hacen de manera distinta de como esperá-

bamos antes. No siguiendo un proceso de "maduración" igual del socialismo en su seno, sino explotando unos Estados a otros, explotando al primer Estado vencido en la guerra imperialista y a todo el Oriente. Por otra parte, el Oriente se ha sumado de manera definitiva al movimiento revolucionario en virtud precisamente de dicha primera guerra imperialista, viéndose incluido definitivamente en el torbellino general del movimiento revolucionario mundial.

¿Qué táctica, pues, impone a nuestro país el estado de cosas expuesto? Es claro que la siguiente: debemos ser prudentes en sumo grado para conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y bajo su dirección a nuestros campesinos pequeños y muy pequeños. De nuestra parte está la ventaja de que todo el mundo pasa ahora ya a un movimiento que debe originar la revolución socialista mundial. Pero también tenemos el inconveniente de que los imperialistas han logrado dividir el mundo entero en dos campos, y esta división se complica por el hecho de que Alemania, país de un desarrollo capitalista avanzado y culto de verdad, se ve ahora ante infinitas dificultades para recuperarse. Todas las potencias capitalistas del llamado Occidente le clavan las garras y no le dejan alzar cabeza. Por otra parte, todo el Oriente, con su población de centenares de millones de trabajadores explotados y llevados al último grado de existencia infrahumana, ha sido puesto en condiciones en que sus fuerzas físicas y materiales no tienen ni punto de comparación con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados, mucho más pequeños, de Europa Occidental.

¿Podemos eludir la futura colisión con estos Estados imperialistas? ¿Podemos confiar en que las contradicciones internas y los conflictos entre los prósperos Estados imperialistas de Occidente y los prósperos Estados imperialistas de Oriente nos den la segunda tregua, igual que nos dieron la primera, cuando la cruzada de la contrarrevolución de Europa Occidental, encaminada a apoyar a la contrarrevolución rusa, fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios de Occidente y Oriente, en el campo de los explotadores orientales y de los explotadores occidentales, en el campo del Japón y de los EE.UU.?

Creo que a esta pregunta se debe responder en el sentido de que la solución depende aquí de muchísimas circunstancias, y sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto, basándose en que el propio capitalismo enseña y educa en fin de cuentas para la lucha a la inmensa mayoría de la población del mundo.

El desenlace de la lucha depende, en última instancia, del hecho de que Rusia, la India, China, etc., constituyen la mayoría gigantesca de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años con inusitada rapidez a la lucha por su liberación, de modo que, en este sentido, no puede haber ni sombra de duda respecto al desenlace final de la lucha a escala mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es esta inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que nosotros, Partido Comunista de Rusia, que nosotros, Poder soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia hasta la siguiente colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría, es preciso que esta mayoría tenga tiempo de civilizarse. A nosotros también nos falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque contamos con las premisas políticas necesarias para ello. Debemos atenernos a esa táctica o adoptar, para salvarnos, la política siguiente.

Debemos esforzarnos por organizar un Estado en el que los obreros conserven la dirección sobre los campesinos, no pierdan la confianza de éstos y eliminen de sus relaciones sociales, observando el más severo régimen de economía, hasta el menor indicio de gastos excesivos.

Debemos abaratar al máximo nuestra administración pública. Debemos suprimir de ella todos los indicios de gastos excesivos que hemos heredado en tanta abundancia de la Rusia zarista, de su burocracia capitalista.

¿No será eso el reino de la sobriedad campesina?

No. Si conservamos la dirección de la clase obrera sobre los campesinos, podremos, llevando en nuestro

Estado un régimen de máximas economías, lograr que todo ahorro, por ínfimo que sea, se conserve para el desarrollo de nuestra gran industria mecanizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para acabar de construir la central hidroeléctrica del Vóljov⁵⁵, etc.

En esto, y solamente en esto, está nuestra esperanza. Sólo entonces estaremos en condiciones, hablando en sentido figurado, de apearnos de un caballo para montar en otro, es decir, de apearnos del mísero caballo campesino, el caballo del régimen de economías calculado para un país campesino arruinado, para montar en un caballo que el proletariado busca y no puede dejar de buscar para sí: el caballo de la gran industria mecanizada, de la electrificación, de la central hidroeléctrica del Vóljov, etc.

Así ligo yo en mi pensamiento el plan general de nuestra labor, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia a las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. Esa es para mí la justificación de la excepcional solicitud, de la extraordinaria atención que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina, colocándola a una altura excepcional, proporcionándole un organismo dirigente con atribuciones de Comité Central, etc., etc.

Esta justificación consiste en que sólo depurando al máximo nuestra administración, reduciendo al máximo todo lo que no sea absolutamente indispensable en ella, nos mantendremos con toda seguridad. Y, además, estaremos en condiciones de mantenernos a un nivel que se eleva continuamente y avanza sin interrupción hacia la gran industria mecanizada, y no al nivel de un país de pequeños campesinos, no al nivel de sobriedad generalizada.

Esas son las sublimes tareas con que yo sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. Por eso planteo para ella la fusión de la cúspide más prestigiosa del partido con un Comisariado del Pueblo de lo más "corriente".

2 de marzo de 1923.

Notas

- ¹ La octavilla *La Unión de Lucha a los obreros y socialistas de Petersburgo* la escribió Lenin en Siberia. En 1898 fue publicada en el extranjero, en Ginebra, como anexo al folleto de Lenin *Las tareas de los socialdemócratas rusos* y se difundió ilegalmente en Rusia. — 12
- ² *Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera*: organización ilegal fundada por Lenin y otros socialdemócratas en 1895, en Petersburgo, para luchar contra el zarismo. La unión agrupaba todos los círculos obreros marxistas de Petersburgo y dirigía la actividad revolucionaria y el movimiento huelguístico de los obreros petersburgueses. En diciembre de 1895, los socialdemócratas que encabezaban la Unión de Lucha, incluido Lenin, fueron detenidos, encarcelados y luego desterrados a Siberia. — 12
- ³ *Proudhon, Pedro José* (1809-1865): publicista y economista francés, autor de varias obras en las que criticó el capitalismo desde el punto de vista de la pequeña burguesía; fue uno de los fundadores del anarquismo.
Vaillant, Eduardo María (1840-1915): socialista francés; participó en la Comuna de París y figuró entre los organizadores del Partido Socialista Francés.
Weitling, Guillermo (1808-1871): dirigente del movimiento obrero alemán, socialista utopista; sastre de profesión.
Bebel, Augusto (1840-1913): uno de los fundadores y líderes de la socialdemocracia alemana, obrero tornero. — 16
- ⁴ *Kautsky, Carlos* (1854-1938): uno de los líderes de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional; centrista. Durante la guerra mundial de 1914-1918 apoyó a los socialchovinistas. — 18
- ⁵ *Grupo Emancipación del Trabajo*: primer grupo marxista ruso, fundado por J. Plejánov en Ginebra en 1883. Existió hasta el II Congreso del POSDR (1903). — 20

- ⁶ En marzo de 1898 se celebró en Minsk el I Congreso del POSDR, en el que participaron nueve delegados de seis organizaciones socialdemócratas locales. El congreso acordó fusionar las organizaciones locales en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). El Comité Central que eligió el congreso fue detenido poco después por la policía zarista, y la unificación de las organizaciones locales en un partido único no llegó a realizarse en aquel periodo. — 20
- ⁷ “*Credo*”: denominación con que se conoce un documento en el que se exponían las ideas del “economismo”, corriente oportunista surgida entre una parte de los socialdemócratas rusos a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los “economistas” consideraban que la lucha política contra el zarismo correspondía a la burguesía liberal, y que los obreros debían limitarse a la lucha económica por mejores condiciones de trabajo, aumento de salarios y reducción de la jornada laboral. Estaban en contra de que se crease un partido político único de la clase obrera. — 20
- ⁸ “*Rabóchaya Mysl*” (“El Pensamiento Obrero”): periódico, órgano de los “economistas”; se publicó desde 1897 hasta 1902. — 20
- ⁹ *Libertad del Pueblo*: partido revolucionario clandestino fundado en 1879. Se señaló como objetivo derrocar la autocracia y conquistar la libertad política en Rusia, considerando que el medio principal de lucha contra el zarismo era el terror individual. Los adeptos de este partido suponían erróneamente que la autocracia podría ser aniquilada mediante conspiraciones y actos terroristas de un grupo de revolucionarios desligados de las masas. — 21
- ¹⁰ *Bernsteinianismo* (o bernsteiniada): corriente oportunista en el movimiento socialdemócrata alemán e internacional, cuyo iniciador fue el socialdemócrata alemán Bernstein. Su reivindicación principal consistía en revisar y suprimir los postulados fundamentales del marxismo revolucionario sobre la revolución socialista y la dictadura del proletariado. Propugna que la socialdemocracia renunciara a la lucha por el socialismo y se limitase a conseguir algunas reformas en el marco de la sociedad capitalista. — 21
- ¹¹ Cita de los *Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, escritos por Carlos Marx. — 22
- ¹² *Piotr Alexéiev* (1849-1891): revolucionario ruso, obrero tejedor. Detenido en 1875 por el gobierno zarista, pronunció ante los tribunales un discurso revolucionario, terminándolo con las palabras que cita Lenin. — 25
- ¹³ *Martínov, A. S.* (1865-1935): socialdemócrata ruso, uno de los ideólogos del “economismo”.

Al hablar de la *fórmula de Martínov*, Lenin se refiere a la afirmación de éste de que la tarea de la socialdemocracia consiste en “dar un carácter político a la propia lucha económica”. — 26

- ¹⁴ *Liebknecht, Guillermo* (1826-1900): uno de los fundadores y líderes de la socialdemocracia alemana. – 28
- ¹⁵ *Plejánov, Jorge* (1856-1918): destacada personalidad del movimiento obrero ruso e internacional; fundador de la primera organización marxista rusa –el Grupo Emancipación del Trabajo– y autor de una serie de obras de talento dedicadas a la teoría del marxismo. Después del II Congreso del POSDR se hizo menchevique. – 29
- ¹⁶ Estas palabras han sido tomadas del *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels. – 30
- ¹⁷ *B-v*: seudónimo de Sávinkov, B. V. (1879-1925), que fue con posterioridad uno de los líderes del partido eserista. En 1899-1901 se adhirió a los “economistas”. Lenin se refiere a su artículo aparecido en el número 6 de *Rabócheie Dielo* (“La Causa Obrera”) correspondiente a 1900. – 37
- ¹⁸ Se alude al libro de Lenin *¿Qué hacer?* – 44
- ¹⁹ “*Iskra*” (“La Chispa”): primer periódico marxista para toda Rusia. Fue fundado por Lenin en 1900 y desempeñó un papel decisivo en la creación del partido marxista revolucionario de la clase obrera de Rusia. Se publicó en Munich y después en Ginebra, siendo introducido clandestinamente en Rusia.
Poco después del II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* se convirtió en órgano de los mencheviques ((oportunistas de la socialdemocracia de Rusia) y empezó a denominársele “nueva” *Iskra* para diferenciarla de la “vieja” *Iskra*, la leninista. – 45
- ²⁰ Se alude a las discrepancias surgidas en el II Congreso del POSDR al discutirse el artículo primero de los Estatutos del partido, que determinaba a quiénes se podía considerar miembros del mismo. Lenin propuso la siguiente redacción: “Se considerará miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a todo el que acepte su Programa y apoye al partido tanto con recursos materiales como con su participación personal en una de las organizaciones del mismo”. Martov se opuso a la fórmula que obligaba al miembro del partido a pertenecer a una organización y propuso otra, según la cual la militancia no era obligatoria y el miembro del partido debía sólo actuar bajo la dirección de una de sus organizaciones. – 58
- ²¹ El autor del artículo *Qué no hacer* era J. Plejánov, que poco después del II Congreso del POSDR se hizo menchevique. A partir del número 52, en el que se publicó el artículo mencionado, *Iskra* pasó a ser órgano de los mencheviques. – 62
- ²² *Sobakévich*: personaje de la obra de N. Gógol *Las almas muertas*, prototipo del terrateniente obtuso y grosero. – 62
- ²³ *Poshejonie*: pequeña ciudad distrital de la Rusia zarista. Esta palabra se hizo sinónimo de apartado lugar provinciano y atraso extremo después de publicarse la obra satírica de M. Saltykov-Schedrín *En la antigua Poshejonie*. – 64

- ²⁴ *"Vperiod"* ("Adelante"): periódico bolchevique; se publicó en Ginebra desde diciembre de 1904 hasta mayo de 1905, siendo enviado clandestinamente a Rusia. - 67
- ²⁵ Esta carta fue escrita durante la revolución de 1905. El 9 de enero de 1905, los obreros de Petersburgo se dirigieron en procesión pacífica, con sus mujeres y sus hijos, al Palacio de Invierno para entregar al zar una petición, en la que exponían las duras condiciones de vida de los obreros rusos. La procesión pacífica, organizada por el cura Gapón, fue ametrallada por las tropas zaristas. Después del 9 de enero se extendió por toda Rusia una ola de manifestaciones, huelgas y acciones armadas contra el zarismo. Empezó la revolución de 1905-1907. - 67
- ²⁶ *Mencheviques* (de la palabra rusa "menchinstvó", minoría): ala oportunista de la socialdemocracia rusa; se formó después del II Congreso del POSDR (1903), encabezada por Plejánov, Már-tov, Potrésov y otros. - 67
- ²⁷ *Gapón*, G. A. (1870-1906): sacerdote, organizador de la procesión de los obreros petersburgueses al palacio del zar el 9 de enero de 1905. - 67
- ²⁸ Véase acerca del economismo la nota 7. - 69.
- ²⁹ El folleto *Los obreros y los intelectuales en nuestras organizaciones*, firmado con el seudónimo de "Un obrero", fue publicado en 1904 por los mencheviques.
Axelrod, P.B. (1850-1928): líder menchevique. - 69
- ³⁰ *Bábushkin*, Iván Vasilievich (1873-1906): revolucionario ruso, bolchevique. - 71
- ³¹ *Rennenkampf*, P. K. (1854-1918): general zarista, uno de los verdugos del movimiento revolucionario en Rusia. En 1906 mandó una expedición punitiva, que ametralló a obreros y campesinos revolucionarios. - 71
- ³² *Duma*, *Duma de Estado*: institución representativa en la Rusia zarista, convocada a consecuencia de la revolución de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un organismo legislativo; pero, en la práctica, carecía de todo poder efectivo. Las elecciones a la Duma no eran ni directas, ni iguales ni generales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras y de las nacionalidades no rusas que poblaban Rusia estaban fuertemente restringidos, y una grandísima parte de los obreros y los campesinos carecía de ellos.
La I Duma de Estado (abril-julio de 1906) y la II (febrero-junio de 1907) fueron disueltas por el gobierno zarista. En la III Duma de Estado (1907-1912) y en la IV (1912-1917) predominaron los diputados ultrarreaccionarios, partidarios de la autocracia zarista. - 73
- ³³ *Partido Demócrata Constitucionalista*: partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia. Se fundó en octubre de 1905 con elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses. Aunque se dieron la denominación de "Partido de la Libertad del Pueblo", los demócratas-constitucionalis-

tas (o democonstitucionalistas) aspiraban a confabularse con la autocracia para conservar el zarismo como monarquía constitucional. Al triunfar la revolución de febrero de 1917, los democonstitucionalistas ocuparon una posición dominante en el Gobierno Provisional burgués y aplicaron una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los democonstitucionalistas participaron activamente en todos los levantamientos contrarrevolucionarios y en las campañas de los intervencionistas contra la Rusia Soviética. — 73

³⁴ En diciembre de 1905 tuvieron lugar insurrecciones armadas de los obreros de Moscú, Rostov del Don, Krasnoyarsk y otras ciudades. Las insurrecciones armadas de diciembre fueron el punto culminante del auge revolucionario de 1905-1907. — 74

³⁵ *Liquidadores*: corriente oportunista que se extendió entre los socialdemócratas mencheviques después de derrotada la revolución de 1905-1907.

Los adeptos de esta corriente exigían la liquidación del partido revolucionario clandestino de la clase obrera. Exhortaban a los obreros a cesar la lucha revolucionaria contra el zarismo y se proponían convocar un "congreso obrero" sin partido para crear en él un "partido obrero amplio", de orientación oportunista, que, abjurando de las consignas revolucionarias, se dedicase únicamente a la actividad legal que permitiera el gobierno zarista. Lenin y otros bolcheviques desenmascararon infatigablemente a los liquidadores como traidores a la causa de la revolución. El liquidacionismo no tuvo éxito entre las masas obreras. La Conferencia de Praga del POSDR (enero de 1912) expulsó del partido a los liquidadores. — 75

³⁶ *Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de diputados demócratas pequeñoburgueses a la Duma de Estado, constituido en abril de 1906. En su política, los trudoviques vacilaban entre los democonstitucionalistas y los socialdemócratas. — 76

³⁷ En 1914, cuando empezó la guerra imperialista mundial, los diputados bolcheviques a la IV Duma de Estado (A. E. Badáev, M. K. Muránov, G. I. Petrovski, F. N. Samóilov y N. R. Shágov) se negaron a votar los créditos de guerra al gobierno zarista y denunciaron el carácter imperialista, antipopular, de la contienda. Los diputados bolcheviques fueron juzgados y desterrados a Siberia por su actividad revolucionaria contra la guerra. — 76

³⁸ *Vandervelde, Emilio* (1866-1938): uno de los líderes del Partido Obrero Belga y de la II Internacional socialchovinista, apoyó la guerra imperialista y al estallar ésta colaboró en el gobierno burgués de Bélgica. — 76

³⁹ Cuando en el verano de 1914 comenzó la guerra imperialista mundial, los líderes de los partidos socialistas de la mayoría de los países europeos se colocaron al lado de sus gobiernos imperialistas y apoyaron la guerra. Lenin cita los nombres de los dirigentes de los partidos socialistas que traicionaron la causa del socialismo: Südekum y Heine, socialchovinistas ale-

manes; Sembat y Vaillant, socialchovinistas franceses; Bissolati y Mussolini, socialchovinistas italianos; Chjeídze y Plejánov, socialchovinistas rusos. — 78

- ⁴⁰ *Demócratas-constitucionalistas (democonstitucionalistas)*: véase la nota 33.

Breshko-Breshihkóvskaya, E. K. (1844-1934): dirigente cse-rista.

Tsereteli, I. G. (1882-1959): uno de los líderes mencheviques. — 81

- ⁴¹ *"Nóvaya Zhizn"* ("Vida Nueva"): periódico alrededor del cual se agruparon los mencheviques internacionalistas y algunos intelectuales de orientación semimenchevique. Se publicó en Petrogrado desde abril de 1917 hasta julio de 1918. Lenin decía, al definir a los adeptos de *Nóvaya Zhizn*, que en ellos "el espíritu predominante es el escepticismo propio de los intelectuales, que encubre y expresa la carencia de principios". *Nóvaya Zhizn* acogió con hostilidad la Revolución de Octubre. — 86

- ⁴² *Belinski, V. G.* (1811-1848): gran demócrata revolucionario ruso, publicista y filósofo materialista. — 86

- ⁴³ Palabras de Mefistófeles de la obra *Fausto*, de Goethe. — 91

- ⁴⁴ *Comuna de París*: primera experiencia de dictadura del proletariado que conoce la historia. La Comuna de París existió desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871. Separó la Iglesia del Estado, y la escuela, de la Iglesia; sustituyó el ejército permanente con el armamento general del pueblo; implantó la elegibilidad de los jueces y los funcionarios por el pueblo; dispuso que el sueldo de los funcionarios no fuese superior al salario de los obreros; adoptó una serie de medidas para mejorar la situación económica de los obreros y de los pobres de las ciudades, etc. El 21 de mayo de 1871, las tropas del gobierno contrarrevolucionario de Thiers irrumpieron en París y reprimieron cruelmente a los obreros parisienses: mataron a cerca de 30.000 y encarcelaron a 50.000; otros muchos fueron enviados a presidio. — 92

- ⁴⁵ Véase la nota 35 sobre los liquidadores. — 122

- ⁴⁶ *Maquiavelismo*: denominación que se da a la política cuyos adeptos recurren sin escrúpulos a cualquier medio para lograr sus fines. Esta denominación procede del nombre de Maquiavelo, político italiano del siglo XVI, autor, entre otros, del libro *El príncipe*. — 122

- ⁴⁷ Lenin alude a unos versos de Vladímir Mayakovski titulados *Los parlaemalde*. — 133

- ⁴⁸ *Oblómov*: terrateniente, protagonista de la novela homónima del escritor ruso I. Goncharov. — 133

- ⁴⁹ *Comisión de Historia del Partido*: comisión constituida en septiembre de 1920 para reunir y estudiar datos y documentos relacionados con la historia de la Revolución de Octubre y del Partido Comunista de Rusia. — 134

⁵⁰ El Consejo Supremo de los países de la Entente adoptó el 6 de enero de 1922 la decisión de convocar en Génova una conferencia internacional dedicada a los problemas de las relaciones económicas y de la colaboración económica en Europa. Se acordó invitar a ella a representantes de la Rusia Soviética. El Gobierno soviético dio su conformidad a participar en la conferencia. Sin embargo, la convocatoria de ésta fue aplazada repetidas veces por las potencias de la Entente.

La conferencia se celebró del 10 de abril al 19 de mayo de 1922, con participación de representantes de 29 Estados, entre los que figuraban la Rusia Soviética, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, el Japón y Alemania. Asistió como "observador" un representante de los EE.UU. Las potencias imperialistas intentaron aprovechar en la conferencia las dificultades económicas de la Rusia Soviética para imponerle un convenio en condiciones leoninas. Exigieron el pago de todas las deudas del zarismo, incluidas las de antes de la guerra, la devolución de las empresas nacionalizadas a los propietarios extranjeros, etc. La delegación soviética rechazó las insolentes pretensiones de los imperialistas y propuso el desarme general y la anulación de todas las deudas de guerra. La conferencia fue interrumpida a causa de la posición hostil de Francia e Inglaterra respecto a la Rusia Soviética. — 135

⁵¹ La *Carta al congreso* es uno de los últimos trabajos de Lenin. La dictó, ya gravemente enfermo, en los últimos días de diciembre de 1922 y primeros de enero de 1923. — 154

⁵² Lenin se refiere al XII Congreso del Partido Comunista de Rusia, que se pensaba convocar entonces. — 154

⁵³ Se alude a la conducta capituladora de Kámenev y Zinóviev, miembros del Comité Central del partido, en el periodo preparatorio de la Revolución de Octubre de 1917. Unos días antes de empezar la revolución, Kámenev y Zinóviev publicaron en el periódico semimenchevique *Nóvaya Zhizn* una declaración, con la que revelaron al Gobierno Provisional burgués el acuerdo del CC del Partido Bolchevique de preparar la insurrección.

⁵⁴ Véase la presente recopilación, págs. 161-166. — 170

⁵⁵ *Obras de la central hidroeléctrica de Vóljov*: primera gran central hidroeléctrica construida en la Unión Soviética, en el río Vóljov (a 120 km de Leningrado). Las obras comenzaron en 1918, pero adquirieron plena intensidad sólo en 1921, después de terminar la guerra civil. — 182

Índice

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prefacio | 5 |
| La Unión de Lucha a los obreros y socialistas de Petersburgo | 12 |
| <i>Fragmento del artículo</i> Una Tendencia retrograda en la social- democracia rusa | 16 |
| Tareas urgentes de nuestro movimiento | 20 |
| <i>Fragmento del libro</i> ¿Qué hacer? | 26 |
| Carta a P. G. Smidóvich | 44 |
| <i>Fragmento del folleto</i> Carta a un camarada acerca de nuestras tareas de organización | 46 |
| II Congreso del POSDR | 58 |
| Carta a la Redacción de "Iskra" | 62 |
| <i>Fragmento de una Carta</i> a A. Bogdánov y S. Gúsev | 67 |
| Discurso pronunciado en el III Congreso del POSDR acerca de las relaciones entre los obreros y los intelectuales en las organizaciones socialdemócratas | 69 |
| Iván Vasilievich Bábuskin (Necrología) | 71 |
| <i>Fragmento del folleto</i> El socialismo y la guerra | 75 |
| <i>Fragmento del folleto</i> ¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder? | 79 |
| ¿Cómo debe organizarse la emulación? | 84 |
| <i>Fragmento del Borrador</i> del proyecto de Programa | 95 |
| Discurso pronunciado en el I Congreso de toda Rusia de los Consejos de Economía Nacional | 97 |
| Sobre las condiciones de ingreso en los centros de enseñanza superior de la RSFSR | 106 |
| <i>Fragmento de las tesis</i> Sobre las tareas de los sindicatos | 107 |
| <i>Fragmento del Informe</i> pronunciado en el II Congreso de sin- dicatos de toda Rusia | 110 |

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Observación y adición a los proyectos de "Reglamento de la Inspección Obrera y Campesina" | 113 |
| <i>Fragmento del</i> Discurso pronunciado en el III Congreso de toda Rusia de los Consejos de Economía Nacional . . . | 115 |
| <i>Fragmento del</i> Discurso pronunciado en la Conferencia de trabajadores sin partido del distrito de Blagushe-Lefórtovo . | 116 |
| <i>Fragmento del</i> Discurso pronunciado en la reunión del Soviet de Moscú de Diputados obreros y soldados rojos | 117 |
| <i>Fragmento del</i> Mandato del Consejo de Trabajo y Defensa a las instituciones de los Soviets locales | 119 |
| Acerca de la Depuración del partido | 121 |
| <i>Fragmento del</i> Mandato acerca de las cuestiones de la labor económica, aprobado por el IX Congreso de los Soviets de toda Rusia | 124 |
| <i>Fragmento del</i> proyecto de tesis acerca del papel y las tareas de los sindicatos en las condiciones de la Nueva política económica | 126 |
| <i>Fragmento del discurso</i> La situación internacional e interior de la República Soviética | 133 |
| <i>Fragmento del</i> Informe político del Comité Central del PC(b) de Rusia presentado al XI Congreso del partido . . | 137 |
| Acerca de la "doble" subordinación y legalidad | 147 |
| <i>Fragmento del</i> Discurso pronunciado en la IV Sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de la IX Legislatura | 152 |
| Carta al congreso | 154 |
| (Para el apartado relativo al aumento del número de miembros del CC) | 159 |
| Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina | 161 |
| Más vale poco y bueno | 167 |
| Notas | 183 |